



DISCOTECA CRIMINAL

peter debry

DISCOTECA CRIMINAL

PETER DEBRY

DISCOTECA CRIMINAL

Col. SERVICIO SECRETO n.º 702
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 25.759 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: ENERO 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 5656/63

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
517 — La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:
690 — *Gangsters* en Borneo.

En Colección BUFALO:
229 — El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:
77 — Un póker llamado muerte.

En Colección TEXAS:
93 — Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:
28 — Cachorro de *gun-man*.

En Colección PUNTO ROJO:
67 — F. F. ha sido secuestrada.

DISCOTECA CRIMINAL



CAPÍTULO PRIMERO

Claudia Grevil presionó el “claxon” unas diez veces antes de resignarse a bajar del “Simca”. El despacho del surtidor de gasolina estaba cerca, pero llovía torrencialmente, con mayor aparatosidad en aquel solitario cruce de carreteras.

Las tinieblas rodeaban como un mar boscoso aquel islote de luz que era la estación de gasolina a las dos de la madrugada.

Cuando ella entró en el despacho, quitándose los guantes, alisó las húmedas pieles de su chaquetón.

La luz central difuminaba la silueta del hombre, que en una esquina, le volvía la espalda. Se lavaba las manos bajo el chorro del grifo del lavabo, lentamente, con meticulosa pulcritud.

—Buenas noches —saludó ella, impaciente.

Patric Brisac, terminando de cepillarse las uñas, no contestó.

Claudia Grevil dio un taconazo en el suelo, frunciendo las cejas.

—Oiga, no es usted un portento de educación, que digamos...

—Ni pretendo serlo —replicó él, sin volverse, eligiendo una toalla del estante.

Su entonación daba a entender que exponía algo evidente. Ella aguardó unos instantes. Su voz tuvo una leve estridencia:

—¿Le molestaría mucho ocuparse de llenar mi depósito de gasolina?

—¿Su depósito de gasolina? —repitió Brisac, como si la petición le extrañase mucho.

—Sí. ¿Le parece absurdo que le pida a un garajista de servicio que me

venda gasolina?

Patric Brisac, frotándose las manos en la toalla, consintió en volverse. La contempló con expresión soñadora. Era su expresión habitual.

—En el fondo, lo que me pide es lógico —admitió.

—Celebro que estemos de acuerdo —dijo ella áridamente.

Brisac sonrió. El cabello negro, peinado a navaja y la estrecha barba en collar le daban aspecto mefistofélico. No parecía tener la menor prisa en atender a su trabajo.

Claudia Grevil sintió crecer su impaciencia. Fuera, los camiones pesados desfilaban hacia la Puerta d'Auteuil, en dirección al mercado central parisiense.

Necesitaba ponerse en marcha lo antes posible para evitar la larga cola en la ruta resbaladiza por la lluvia.

—¡Por favor! ¿Quiere darse un poco deprisa?

—No creo.

—¿Cómo?

—Que no veo por qué me tengo que dar prisa. Además, no quiero servir gasolina.

—Pero... ¡esto es increíble! —exclamó ella asombradísima—. Su actitud es incalificable.

—No sé lo que es, pero es así.

Patric Brisac alzó los hombros enfundados en grueso jersey anaranjado con solapas azules. Parecía agobiado, como si a él mismo le asombrase tanta mala voluntad.

Furiosa, indagó ella:

—¿Nadie se ha quejado de usted a la dirección?

—No creo. Me extrañaría —y Brisac rio sinceramente regocijado.

Aquel comentario se le antojaba el colmo de lo gracioso.

Minutos antes, se había guardado en los bolsillos de su pantalón tejano el dinero contenido en la caja. Encerrando al dueño, sin sentido, en el cuarto adjunto conteniendo piezas de recambio.

Se dirigió a la percha, riendo aún. Una risa bienhumorada, contagiosa, que provocó en Claudia Grevil una sonrisa instintiva.

Volvió ella a dar un taconazo en el suelo:

—¡Es inaudito que un empleado cuya misión es atender al cliente...! Si nadie se ha quejado de usted, yo voy a hacerlo. ¡Tendrá noticias mías y muy pronto!

—¿De veras?

Brisac daba la sensación de estar sinceramente sorprendido y casi apenado por el malhumor de la visitante inesperada. Estaba colocándose su cazadora de negra piel. Se interrumpió, colgante una manga.

—Pero, ¿es que necesita realmente gasolina?

—Comprenderá que no me he detenido ante su estación a las dos de la

madrugada para disfrutar del encanto de su conversación.

—No, claro.

Titubeante, acabó de ponerse la cazadora, alzando la cremallera. Sobre la mesa del despacho, abrió una cajita y cogiendo un cigarrillo, lo encendió. Por encima de la llamita de su “Flaminaire” estudiaba con interés a la joven.

Tenía unos ojos azules, muy claros, casi transparentes, detalló ella. Ingenuos, dotados de infantilidad, coma si todo le inspirase curiosidad. Tendría unos veintisiete años. Delgado, de anchos hombros, se movía con indolencia Con demasiada calma, pensó ella, exasperada.

—Entonces, ¿se decide a ocuparse de mi coche?

Hizo saltar él su encendedor en la palma de la mano. Exhaló una bocanada de humo y guardándose el encendedor mostró el cigarrillo:

—Prefiero los “Gauloises” a los “Gitanes”, pero la felicidad reside en saber conformarse. Pasemos a estudiar su caso. He pensado que a lo mejor puede recorrer unos tres kilómetros y junto al hipódromo de Auteuil encontrará una estación. Está abierta toda la noche y allí le harán caso.

—¿Bromea usted? —silabeó ella, chispeantes los negros ojos.

—No, no. ¿Por qué? ¿Dije alguna necedad?

—¡Me resulta usted... más que insolente...! ¡Me dan ganas de telefonear inmediatamente a la dirección!

Claudia Grevil estaba furiosa y a la vez inquieta. Percibía algo extraño, fuera de lo corriente, en aquel plácido individuo.

—No se acalore, señora. Llame al dueño, si quiere. A mí me da igual.

Brisac señaló con un vago ademán el teléfono y el colgante listín.

—Allí encontrará el número. El dueño se llama Brunet, Jean. Pero me sorprendería si le contestase —y riendo nuevamente, añadió—: No está en condiciones de atender quejas. Será mejor que apunte el número y espere a media mañana, para telefonearle.

Claudia Grevil empezó a llorar nerviosamente, escondiendo el rostro entre las manos. Acumulaba mucho nerviosismo desde las nueve de la noche.

Brisac la contempló con aire preocupado. Se aproximó, palmoteándole amistosamente en un hombro.

—Vamos, vamos... No quiero que llore por gasolina de más o de menos. Llora usted como una niña extraviada. Vamos, cálmese.

Ella había sacado un pañuelo del bolso y se daba toquecitos en los ojos, sorbiendo por la nariz. Brisac se quitó la cazadora, suspendiéndola en la percha, de donde recogió una blusa azul que llevaba el escudo “Esso” y la revistió reposadamente.

—Voy a ocuparme de su coche, señora.

Las mangas le venían cortas. Saliendo, se colocó unas manoplas de motorista. Caminaba con la indolencia de un perezoso vaquero, pensó ella,

viéndole subir al “Simca”.

Brisac embragó, manejando con precisión para llevar el coche ante el surtidor más próximo a la puerta del despacho, protegido por la visera de cemento.

Bajando, estudió un instante las manivelas y marcadores de la columna. Por fin encajó el tubo en el depósito. De vez en cuando miraba hacia la oscura carretera.

Cuando el depósito estuvo lleno, pasó una esponja por el parabrisas estrellado de barro rojizo y echó agua al radiador.

En la fría noche, el motor humeaba. Brisac dio la vuelta al coche, golpeando las ruedas con la puntera de su bota tobillera, de anca de potro.

Regresó ante el capó levantado. El motor seguía exhalando humo.

—Se ve que le dio un buen trote a su cacharro, señora.

Sí, le había dado un buen trote a su cacharro, repitió ella mentalmente.

Huyendo del domicilio conyugal, desertando por vez primera, harta ya de sentirse humillada por los chismes y murmuraciones que suscitaba la conducta de Paul.

Había abandonado París, dispuesta a irse a cualquier sitio tranquilo, donde poder reflexionar a solas, con calma.

Y de pronto, se había sentido avergonzada de su cobardía. Tenía que luchar. No para reconquistar el cariño de Paul, sino por Nanette. Y había dado media vuelta.

La luz de aviso de reserva en el cuadrante se encendió a unos seis kilómetros de la Ported Auteuil.

—¿Se dirige a París o a la provincia? —preguntaba el empleado.

—Regreso a París —contestó ella maquinalmente.

—Entonces, no tiene por qué apresurarse. No encontrará ningún bar abierto. Un bar decente, claro.

Enarcó ella las cejas. Intrigada por el raro estilo de aquel empleado excéntrico que vestía como uno de tantos estudiantes de prolongada asistencia a cursos diversos.

—No voy a ningún bar, sino a casa.

—Ah, entonces, es distinto, claro.

Brisac, tras limpiar cuidadosamente la sonda con un trapo, comprobó el nivel del aceite.

—Casi un litro —comentó, entrando en el despacho.

Recogió un bidón y fue a verter aceite. Claudia Grevil, ya calmada, pensó imparcialmente que también los modestos trabajadores tenían derecho a ser excéntricos y vestir como quisieran.

Además, la hora de cierre era posiblemente las dos de la madrugada. Y ella le había obligado a un trabajo suplementario. Tenía que ser justa y procurar comprender que no era ella la única en tener problemas.

También los demás afrontaban pequeños o grandes dramas familiares. A

lo mejor, el sueldo no le daba para sustentar a esposa y prole... Aunque era imposible que aquel hombre estuviera casado. No podía explicárselo, pero le parecía un ser totalmente aparte de lo corriente.

—Seguramente le he retrasado y su esposa se impacientará.

—No creo —y abrió la portezuela para hacer funcionar el alumbrado—. Permanezco soltero, mientras la providencia no decida otra cosa.

El reflejo de los faros convertía en inquietante aquel rostro de salientes pómulos, tez morena y fino bigote uniéndose a la barba en collar. Era inquietante, porque estaba privado de la luz clara y azul de los ingenuos ojos, que ahora ella no podía ver.

—Tiene un código que falla, señora. La bombilla debió freírse y he de cambiársela. Puesto a la obra, se hace a fondo, o no se empieza, ¿verdad?

Desmontaba el cerco encristalado del faro. Quitó la bombilla.

Claudia Grevil, al amparo del alero entre el surtidor y el dintel del despacho, señaló, sobresaltada, hacia te puerta del fondo.

—¿Qué es este ruido?

Era muy audible un tamborileo de puños sobre la puerta cerrada.

—Un zorro grandullón y malintencionado. Se inquieta encerrado y quiere salir.

—Parecen puñetazos.

—Si se descuida uno, atiza con las patas delanteras. Voy a por la bombilla.

Patric Brisac fue registrando cajones y estanterías hasta encontrar lo que buscaba. Con la bombilla nueva en la mano, contempló la puerta cerrada, desde cuyo interior unos puños golpeaban reciamente.

Se aproximó, aplicando un puntapié en la parte inferior de la puerta. El ruido cesó y Brisac aconsejó afablemente:

—No armes alboroto.

La lluvia destellada en cortina exterior, al reflejo de la luz de la estación de gasolina. Cambió Brisac la bombilla.

Claudia Grevil suspiró resignada. Los camiones ya no desfilaban. Estarían formando larga cola en el estrecho paso bajo el puente del tren, en Auteuil.

—Tendré que facilitarle una bombilla de recambio, ya que la ley del tráfico así lo exige. ¿O tiene una?

—No. Creo que no.

—¿No es suyo el coche?

—Sí. Es decir... No lo empleo mucho.

—Claro. Su marido lo emplea más, ¿verdad?

Miraba él las finas manos, con la alianza de platino. Ella se enguantó, sin contestar. Encogiendo los hombros, Brisac regresó de nuevo al despacho.

Tras la puerta cerrada, Jean Brunet, ensangrentado el rostro, se

apretaba el estómago con muecas doloridas. Agachado, miraba por la cerradura.

Brisac volvió junto al coche, con la otra bombilla, que dejó en la caja guantera del cuadrante.

—¿Qué? ¿Está mordido? —inquirió amablemente.

—Perdón… No entiendo.

—Le pregunto si su marido se ocupa más de la ajena que de la propia.

Alzó ella el semblante con altivez. Un rostro sensualmente agradable, se dijo Brisac. De grandes ojos negros, linda nariz breve, labios gordezuelos y óvalo delicado.

—No es indiscreción, ya que como comprenderá se trata de un asunto muy suyo, señora. Pero es necesaria soportar pequeñeces y tener paciencia para ejercer debidamente la profesión conyugal.

—Un soltero no es quién para poder juzgar.

—Es el mejor crítico y consejero, dada su imparcialidad. ¿Qué edad tiene su marido?

—Cuarenta y cinco —replicó ella maquinalmente.

Chasqueó Brisac la lengua, pensativo.

—Algo maduro, ¿no? Porque usted apenas cumplió los veinticinco. Si además es casquivano, hay que ir pensando en cantarle las cuarenta, pero con talento. Con firme cordialidad. El hecho de que sea rico, no es suficiente excusa para tolerar abusos.

No era un cínico indiscreto, pensó ella, dominada inconscientemente por la clara luz ingenua de la mirada del extraño barbudo. Hablaba como haciendo banales comentarios.

Pero se sintió nuevamente irritada por aquel estilo confidencial. Abrió el bolso y sacó la billetera:

—¿Cuánto le debo?

—¿Por qué?

—Pues… ¡por la gasolina, el aceite, las bombillas y su trabajo!

—Es gratuito.

—Pero… no sea… ¡no sea así! Tiene que cobrar.

—Quisiera regalarle una flor y como no hay claveles a mano…

—¡Guárdese sus flores! ¡Cóbrese!

—Doy pocos claveles y cuando los ofrezco, lo hago de todo corazón. Y no hay tarifa.

Colocó ella tres billetes de diez francos en el bolsillo de la blusa. Subiendo al "Simca", hizo restallar la puerta, al cerrarla. A punto de embragar, experimentó cierto remordimiento.

En el dintel, Brisac sonreía con expresión soñadora. Bajando el cristal a su derecha, asomó ella la cabeza:

—Le agradezco sus molestias.

—No las hubo, aparte la sorpresa. Pero sigo pensando que veinte años

de diferencia son muchos. A la larga se notan.

—¡Adiós! —exclamó ella, irritada.

Alzando el cristal, pisó el embrague. Había inquietud en sus negros ojos.

—¿Y mis llaves?

—¿Cuáles llaves?

—Las de contacto.

—No se perdieron.

Mostraba Brisac el llavero, pero sin tenderlo. Y de pronto, ella sintió miedo. Su voz se hizo implorante:

—Haga el favor de darme las llaves...

—Estimo más urgente, en su caso, consultar a alguien imparcial, como yo, por ejemplo. Patric Brisac, veintisiete años, libre de prejuicios y enteramente a su disposición.

Vino a acodarse a la portezuela, inclinándose. La miraba sonriente, luminosas las claras pupilas y destellantes los blancos dientes de agudos incisivos.

—¡Déjeme marchar!

—No ha de tenerme miedo. Yo le daré sus llaves, pero no es con precipitaciones cómo resolverá su caso. No es asunto mío, claro. Cuando se fue de París, ya que me dijo que regresaba, obedeció a un impulso repentino, seguramente. ¿Su marido no atiende a buenos razonamientos?

—¡Ya está bien! ¡Deme las llaves!

—Cordialidad, cordialidad. Tiene que meditar en que ahora debe dar explicaciones lógicas a su esposo. Irse y volver así, de pronto, puede él interpretarlo mal. Si va a un pueblo cualquiera y telefonea, es conato de abandono y es peligroso. Pero volver de pronto, a hora avanzada de la madrugada, es aún peor. Podría él creer en alguna aventurilla, de la que usted es incapaz, pero solo lo sabemos usted y yo. Usted es sencilla y honesta. ¿Cómo se llama? El apellido no me interesa. Solamente su nombre de pila.

La luz ingenua y cariñosa la desconcertaba. Murmuró:

—Claudia.

—Un nombre sencillo y honesto.

—Por favor, he de irme. Tengo prisa.

—Seguro. Yo también tengo prisa. Seguramente más que usted.

Y con regocijo infantil. Al fondo del despacho, la puerta cerrada repercutió ruidosamente. Brisac tendió la diestra señalando la medalla portarretratos que ella llevaba colgante del cuello.

—Es de buen gusto este medallón.

Ella alzó el cuello de su chaquetón, apretándolo bajo su mentón en gesto defensivo.

—No tenga miedo, Claudia. No soy un ladrón. Y es posible que la medalla contenga el retrato de una criatura, ¿verdad?

Ella contemplaba la noche exterior, transparentada por el parabrisas. Sus ojos brillaban febrilmente, atormentados.

—Devuélvame mis llaves.

—Muchas mujeres con problemas sentimentales me consultan. Confían en mi imparcialidad. Los problemas entre esposa y marido se complican más, si de por medio hay una criatura. Ya es una cuestión de conciencia. Un crío nunca tiene culpa de las torpezas de sus padres. Es de estricta justicia evitar que las pague.

Patric Brisac dejó caer el llavero en el asiento. Ella lo asió con rapidez y puso el contacto. Brisac retrocedió, agitando dos dedos en el aire.

Claudia Grevil embaló nerviosamente, en seco, con brusquedad. Cuando llegó al extremo de la pistas, ante la negra calzada reluciente, las luces de la estación gasolinera se apagaron.

Aminoro la velocidad, desorientada de pronto. Al encontrar nuevamente la recta, el "Simca" se perdió en la noche.

Solamente cuando divisó las primeras casas de París dejó de pensar en el extraño barbudo, de cándidos ojos iluminados como los de un profeta o un demente.

Pensó en su propio problema. Y decidió ir a un hotel. Volver así de pronto, tarde en la noche, sería peor.

Por la mañana, desayunando en el bar del hotel, decidió que esperaría hasta las ocho y media, cuando ya Paul estuviera en su despacho de los "Studio-Magnus—. Films".

* * *

Alguien había dejado olvidado su periódico en la banqueta. Lo colocó en la mesa, al lado de su taza, leyendo distraídamente los titulares. Respingó de pronto:

> "ÚLTIMA HORA.
>
> "SERIE NEGRA PARA LOS GARAJISTAS.
>
> "Esta noche, a la una cuarenta y cinco horas, la estación "Esso", de la Nacional 18, a tres kilómetros de la Porte d'Auteuil, fue visitada por el atracador especialista en estaciones de gasolina.
>
> "Casualmente estaba de servicio el propio concesionario, Jean Brunet.
>
> "Un camionero que pasaba a las dos y cincuenta, vio luz en el despacho y halló a Jean Brunet en el suelo, sin conocimiento. En el hospital de Auteuil, donde fue transportado el señor Brunet, cuyo estado se calificó de pronóstico reservado, declaró que su agresor era un motorista que le golpeó apenas salía a atenderle. No ha podido por consiguiente aportar el menor dato que permita a la policía identificar al atracador, salvo que llevaba una cazadora de piel

negra. Prenda desgraciadamente muy usual entre la juventud de la “nueva ola”.

“El botín del atraco se eleva a ochocientos francos. Con este son ocho los atracos consecutivos e impunes en dos semanas”.

Claudia Grevil estremeciéndose, sentía los acelerados latidos de su corazón. Llamó al camarero, pidiendo un coñac. Tras beberlo, a lentos sorbitos, le volvieron los colores.

Fue a la cabina telefónica para llamar al piso. Maquinalmente, abrió el listín por la pestaña “BRA-BRU”.

Aquel consejero de ojos penetrantes y bondadosos era un atracador, que indudablemente la había dada nombres falsos.

Su índice se detuvo en la columna “BRI”. Leyó asombrada:

“BRISAC. Patric, 153, rue Saint-Jaques. ODE-6767”.

Nuevamente experimentó irritación al solo recuerdo del desconcertante atracador que declaraba tranquilamente su identidad, mientras mantenía encerrado al garajista que acababa de desvalijar.

Era pues cinismo criminal la sensación de aplomo y tranquilidad que emanaba Patric Brisac.

Marcando los números de su piso, pensó que oiría la voz gruñona de Gauby, la criada normanda, que le reprocharía: “No haga tonterías, señora. Tiene que pensar en Nanette…”

Lo mismo que había dicho Brisac, el atracador de diáfana mirada adivinadora y voz persuasiva.

En su oído una voz masculina preguntaba:

—… ¿Quién llama?

Una voz desconocida. Seca e imperiosa.

—… Perdón. He debido equivocarme al marcar.

—… ¿Qué número pedía?

—… El RIV-1682.

—… Este es. Segundo piso, 191, Boulevard Raspail, domicilio Grevil.

—… Pero, entonces, ¿quién es usted?

El auricular transmitió un carraspeo. Después, el desconocido interlocutor, con entonación exageradamente paciente, aclaró:

—… Por oficio y obligación, las preguntas corren siempre de mi cargo. ¿Desea comunicar con alguien?

—… Soy Claudia Grevil, y no comprendo por qué me contesta un desconocido. Deseo hablar con Gaby.

—… Buenos días, señora Grevil. La invito a personarse en su domicilio. Soy el inspector Charles Duflair, de la Brigada Criminal. Le ruego no me haga esperar demasiado, señora Grevil.

CAPÍTULO II

El inspector Charles Duflair, rechoncho y de mediana estatura, paseaba por el salón, hundidas las manos en los bolsillos del pantalón. Abierta la gabardina que dejaba ver un traje necesitado de plancha y quitamanchas. El nudo de la corbata desaparecía a un lado del cuello de la camisa, de un blanco dudoso.

Bajo hirsutas cejas, los pardos ojillos eran escrutadores. El semblante brutal, de labios delgados, larga nariz y salientes maxilares, condensaba la taimada astucia heredada de su normanda ascendencia. Los grises cabellos moteaban de caspa el cuello de la gabardina Echado atrás el sombrero impermeable, vio salir a los dos camilleros, transportando el cuerpo recubierto por una sábana.

Un policía aguardaba junto a la puerta que acababa de abrir. Gruñó Duflair:

—Vaya a los “Studio Magnus-Films” y proceda al interrogatorio rutinario. Costumbres, enemigos, amigos, chanchullos extraconyugales del finado... Deje en mi despacho su informe.

El policía salió. El equipo de técnicos abandonando la alcoba, se limitó a pasar de largo, en silencio, al irse.

Celestin Godillot, subinspector adjunto, salió de otra habitación y vino a detenerse ante su superior. Interrogante la mirada, masticando aburridamente, como un rumiante malhumorado.

—¿Y bien? —preguntó el inspector.

—La criada, Gabrielle Dorzas, no quería irse con la niña, mientras no tuviera noticias de la dueña de la casa. Tuve que citarle el correspondiente artículo sobre la penalidad en que incurre aquel o aquellos...

—Abreviemos, Celestin.

—La buena mujer le explicó a la niña que sus padres estaban ausentes, y que ella debía hoy ir al colegio antes de hora. La buena mujer, finalmente, consintió en irse con la niña. Le hice constar que se dirigiera luego, inmediatamente y sin demora alguna, a su despacho de usted, para firmar debidamente la declaración, ante... Están abriendo la puerta de entrada —aseguró Celestin Godillot.

—Vaya a mí despacho y que la buena mujer sea retenida la prevención, hasta nuevo aviso.

Claudia Grevil se cruzó en el dintel con el subinspector. Se dirigió ella rápidamente al fondo, pero el inspector interceptaba el paso, indagando:

—¿Puedo saber a quién busca?

—Yo le telefoneé hace unos instantes. Soy Claudia Grevil. Quiero ver a

mí hija —y angustiada, suplicaba con la mirada.

Duflair, quitándose el sombrero, lo empleó para señalar un sillón.

—Siéntese, señora. Su hija salió más temprano que de costumbre hacia el colegio, acompañada de Gabrielle Dorzas.

—Abajo, una ambulancia... gente agrupada y usted... aquí...

Atragantándose, cruzaba y descruzaba ella las manos.

—Procure serenarse y permítame proceder a una breve exposición de los hechos que justifican la ambulancia y mi presencia aquí. Su criada Gabrielle, pasadas las siete y media, telefoneó a comisaría, comunicando que al disponerse a despertar al señor Grevil, no obtuvo respuesta y, entrando, se vio obligada a avisar al servicio médico de urgencia, donde le indicaron la conveniencia de notificar el suceso a la comisaría más cercana. Yo soy el inspector de servicio.

Los pardos ojillos escrutaban malignamente.

Retorció ella las manos en su regazo, murmurando débilmente:

—¿Mi marido... sufrió un ataque?

—¿Sufría ataques?

—No, no... Por favor, dígame... ¿Qué le ocurrió a Paul? ¿No se suicidó?

—El forense lo determinará. Por el instante, usted debe contestar a mis preguntas con la mayor claridad posible ¿A qué hora vio por última vez a Paul Grevil?

Claudia Grevil se pasó la mano por la frente, turbios los ojos, mareada.

Charles Duflair miró hacia el mueble-bar. Tenía sed y el frasco de “Curvoisier” atraía su garganta. Incitó:

—¿Desea un reconfortante, señora?

—No, no... Dígame, por favor, que le sucedió a Paul.

El inspector estaba abriendo la estantería de licores. Los dos portantes formaron lateralmente dos sólidas prolongaciones-mostrador. Eligió una copa panzuda de estrecha boca y corto tallo. Escanció, aspirando con deleite el aroma.

Trajo la copa en cuyo fondo el “Curvoisier” ofrecía su ambarina densidad.

Claudia Grevil denegó, crispadas las facciones.

Duflair movió la copa entre sus dos palmas, entibiando el añejo.

—Sin prisas y sin pausas, es mi lema, señora. Recapacite y cuando se halle dispuesta a responderme, hágalo sin mayor pausa.

—Vi por última vez a Paul, anoche a las nueve.

—Anoche a las nueve. ¿Su marido salió reclamado por sus ocupaciones?

—No.

—Tengo entendido que debido a su cargo de gerente de producción de la compañía cinematográfica “Magnus Films”, varias noches por semana supervisaba el progreso de la superproducción en curso.

—No sé si anoche salió.

Los delgados labios de Duflair esbozaron una sonrisa. De basta ironía campesina. Su ancho rostro brutal, forzó la aparente perplejidad.

—Me admitirá que su respuesta no me facilita la tarea.

—Yo fui la que salí anoche.

—¿Ocupaciones? ¿Visitas perentorias?

—Decidí dar un paseo. La niña ya estaba acostada.

—Voy comprendiendo. Posiblemente, usted y su marido formarían lo que se califica de matrimonio a la moderna. Excúseme si soy anticuado y poco ágil para adaptarme al progreso atómico de nuestras costumbres capitalinas. Posiblemente, esta lentitud de adaptación es la causa de mi tardío ascenso. Por lo general, mi esposa sale conmigo o no sale.

—Tuve una discusión con Paul —murmuró ella, cerrados los ojos.

Duflair olisqueó el coñac. Bebió un sorbo y asintió. Estaba ya entibiado. Lo paladeó haciendo viajar el líquido por el paladar.

Claudia Grevil lloraba silenciosamente. Muy lívido el semblante.

Duflair deglutió el aromático coñac y siguió moviendo las anchas palmas en torno al panzudo recipiente.

Como en anteriores ocasiones, reiteró mentalmente que el llanto era la reacción natural en toda viuda. Tanto si colaboró o no en la adquisición de su nuevo estado legal.

—Tuvo una discusión con su marido. No es grave, ya que todos los matrimonios tenemos nuestras discusiones. Es corriente. Lo que ya no es tan corriente es que uno de los cónyuges amanezca asesinado.

Claudia Grevil dejó de darse toques en los ojos con el pañuelo. Se envaró. Casi parecía aliviada, repentinamente. Dijo con lentitud:

—Temía que Paul se hubiera suicidado y siempre me habría remordido la conciencia. Siempre me hubiese creído culpable.

Duflair asentía con lentas cabezadas y tenue sonrisa sarcástica. El líquido ambarino oscilaba suavemente en la copa entre sus manos. De cortos dedos y cuadradas yemas, con pulgares en espátula.

—Su conciencia puede tranquilarse fácilmente, señora, ya que no creo que el forense me desacredite. La posición en que fue hallado Paul Grevil hace imposible la tesis de un suicidio, insostenible hasta para el mejor de nuestros abogados defensores, y lamentablemente París abunda en excelentes letrados criminalistas. ¿De veras no quiere tomar un reconfortante que aminore su hipersensibilidad?

Empezó ella a experimentar una oscura antipatía hacia aquel calmoso sujeto. Una calma inquisidora, escéptica, tan distinta de la indolencia juvenil y agradable de Patric Brisac...

Se reprochó su odiosa comparación. Era irrazonable olvidar que el hombre que tenía delante era un representante de la Ley. El otro, un atracador carente de escrúpulos.

—La muerte de su esposo, como he podido apreciar, la afecta

profundamente. Deseo, por lo tanto, que no conteste sin medicar. Conteste sin prisas ni pausas, teniendo presente que todo cuanto me diga deberá luego repetirlo y firmarlo. Será parte esencial de la indagatoria previa al expediente por asesinato cometido por persona o personas desconocidas... hasta ahora... en la persona de Paul Grevil. Como es natural, usted adoraba a su esposo.

—No.

—Perdón. Exageré la nota. Quise decir que usted amaba a su esposo.

—No.

—En fin, como esposa, su deber era tenerle estima.

—Olvidó él este deber mucho antes que yo.

—Sus lacónicas negativas son muy hábiles o son algo imprudentes.

—Usted, por la autoridad que representa, desea sinceridad, ¿no es así?

—Toda la posible en las relaciones humanas. ¿Tenía motivos de queja que le indujeron a sentir rencor hacia Paul Grevil?

—Desde que fundó la “Magnus-Films”, cambió radicalmente y no hizo el menor caso a mis súplicas. Era visto frecuentemente... con otras mujeres.

—Naturalmente, por su cargo, frecuentaba estrellitas y partiquinas. En mi juventud las llamábamos cómicas o actrices de segunda. Hoy son “starlets” desde que el gallo francés, en vez de emitir su “cocoricó”, pide Coca-Cola. ¿Alguna estrellita en particular motivó su rencor hacia el finado Paul Grevil?

—Preferiría no contestar a esta pregunta.

—Por ahora, no le obligo a ello. A las nueve abandonó este domicilio. ¿Sobre qué versó la discusión?

—Amenacé a Paul con separarme de él, yéndome a vivir a otro lugar con mi hija, si persistía en no respetarme.

—La hija pasa a vivir con el cónyuge irreprochable, cuando ambos están en vida. No es el caso que nos ocupa. Su marido, ¿consideró fundamentada su amenaza?

—No. Me dijo que mis celos eran injustificados. Y afirmó que si abandonaba esta casa, presentaría... hoy una demanda judicial por abandono de domicilio.

—No obstante, usted se marchó. ¿A dónde fue?

—Salí sin destino fijo. Pensaba primero ir a Le Havre, donde tengo una amiga da infancia. Después, decidí regresar.

—¿Qué tren tomó?

—Me fui en el “Simca” de Paul.

—¿A qué hora llegó a Le Havre?

—Di media vuelta en Vercors.

—Cuando me telefoneó eran las ocho y media de la mañana. No recurriremos a un mapa “Michelin” ni a cómputo de velocidades medias, para comprobar que desde aquí a Vercors, ida y vuelta, sobran con unas

seis horas.

—Dormí en el hotel, aquí en París.

—¿En cuál?

—El “Dieppe”, de la calle Saint-Lazare.

—Su hora de llegada constará en el registro hotelero, aunque posiblemente la recuerda usted.

—Aproximadamente, las tres y cuarto de la madrugada.

—Vamos a recomponer su itinerario. Sale de París a las nueve, dispuesta a ir a Le Havre. En Vercors dio media vuelta. Posiblemente, tantas horas conduciendo la fatigarían e hizo alguna parada.

—Hacia la medianoche me detuve en una hostería de Grenelle, porque deseaba tomar algo caliente.

—¿Bebería sin duda un café con leche?

—En efecto.

—¿Sola o acompañada?

—Siempre estuve sola, señor. Desde las nueve hasta... ahora.

—Abreviaré su malestar, en todo lo posible. Ha titubeado de modo tan evidente, que otro, menos veterano y más ágil que yo, cerebralmente, podría pensar que encubre y oculta algo. No haga caso de la generalizada teoría de que es fácil mentirle a la policía, señora. Todo, fatalmente, llega a saberse.

—Este es mi mayor deseo.

—Lo comparto. Le expondré dos datos desfavorables: el sistema empleado para matar a Paul Grevil y la torpe señal dejada, para inducir a la deducción de que la entrada de la persona o personas que mataron fue clandestina. La ventana dando a la escalerilla de incendios y al patio interior tenía un cristal roto. Pero los cristales se hallaban en el balcón, no en el interior del pasillo. ¿No comprende el error?

—No.

—Si la entrada hubiese sido clandestina, o sea, desde fuera, los pedazos de cristal hubiesen estado en el pasillo. La persona que quiso demostrar que venía de fuera, y no poseía llave, cometió una torpeza debida a la falta de práctica. Seamos indulgentes, ya que no todo el mundo lee novelas policíacas. ¿No le gustan señora?

—Me excusará, si debido a las circunstancias, no me hallo en condiciones de apreciar en lo que vale su ingenioso humorismo, señor.

Charles Duflair asintió. En su mente, el otro yo dijo:

“Te lo mereciste, viejo. Ahora, como polizonte, ya te resulta antipática y eminentemente sospechosa”. “Esta jovencita es de cuidado. Charles. No es extravagante ni adopta posturas de sabihonda. Por esto mismo es de cuidado”.

—No vea en mí un señor, ya que nunca pude aspirar a serlo. Ni un decrépito chismoso, sino un inspector de Policía, poco dotado, en esta

época en que todo es “súper”. El otro dato poco favorable es el arma que causó la muerte a Paul Grevil. Arma femenina.

—Creo comprender que al aludir a datos poco favorables, se refiere a mí, inspector.

—Es una vieja costumbre del oficio. Consideramos como principalmente sospechosa a la persona a la cual beneficia el delito. Aludiré a ello luego. El arma hallada en el cuerpo del delito era de acero. Unas tijeras plegables, No llevaban huellas, porque, dada la frescura de la noche, era lógico el empleo de guantes, aún para una persona no amante de lecturas policíacas.

Miraba Duflair los guantes que ella había dejado sobre el bolso, en la mesita junto al sillón. Agregó:

—Paul Grevil dormía boca abajo. Las tijeras sobresalían entre sus omoplatos.

Cerró ella los ojos.

—Ahora, señora Grevil, tendrá que hacer memoria y declararme con precisión dónde se hallaba usted a las dos de la madrugada.

—¿A las... a las dos de la madrugada?

—Sí. ¿Es tan difícil recordar un lapso de tiempo de esta misma noche?

Bajó ella la cabeza, con triste sonrisa. Era absurdo citar a un atracador como testigo. Patric Brisac sería seguramente el nombre de un conocido del atracador. Pretenderían que ella intentaba encubrirse, tras leer la Prensa, con una coartada inverosímil.

—A las dos de la madrugada estaba en la carretera, a unos tres kilómetros de la Porte d’Auteuil.

“La sonrisa ha sido delatora, Charles. Ella no contaba con el imponderable de la hora exacta”.

“Fue más bien una mueca de desesperación, viejo. No la desesperación del delincuente descubierto. Esta jovencita, si fuese tan aviesa como supones, te presentaría una coartada soberbia”.

“Es la inexperiencia. No hay una sola novela de policías tontos y criminales listos en todo el piso. La jovencita inauguró esta madrugada su carrera delictiva, la pobre”.

—Rodaba por la carretera y su “Simca”, desafortunadamente, no tiene calidad de testimonio, señora Grevil. Insistí en la hora exacta, porque el forense no tuvo que manifestarme lo habitual: “Entre las ocho y las cuatro. En la autopsia, cronometraré con mayor precisión...” Porque junto a la mesita de noche había un despertador. También plegable, en su estuche soporte. Marca “Blessing”. ¿Lo recuerda?

Asintió ella en silencio.

—Por suerte para nosotros, los imponderables nos ayudan. Y el despertador ha sido un buen imponderable, que no figuró en los cálculos de la persona que mató a Grevil. Posiblemente, en sus estertores, su marido quiso asirse a algo. Rodeó con la mano el despertador. El brazo

cayó muerto y el despertador chocó contra el suelo. Quedó parado exactamente a las dos y dos minutos. Hora nocturna, no de la tarde. Según declaró Gabrielle Dorzas, era costumbre meticulosa en Paul Grevil darle cuerda a todos los relojes de este piso, antes de acostarse. Y anoche lo hizo.

Se mordía ella el labio inferior. Mencionar un atracador que no se presentaría a confirmar su presencia a las dos de la madrugada en la solitaria estación de gasolina, era inútil.

Aquel antipático y sucio viejo, que estaba vaciando la copa de coñac, haría gala de su humorismo: "No lee novelas policíacas, señora Grevil, pero se abalanzó sobre la Prensa y el atraco hacia las dos de la madrugada, le pareció de perlas".

—Ayudémonos un poco, señora Grevil. Póngase en mi lugar y hechas las salvedades del sexo, pulcritud y distinción, aparte edad y experiencia, reconozca varios puntos, de aplastante lógica. ¿Tiene usted fortuna propia?

—No. Era mecanógrafa cuando conocí a Paul. Soy huérfana y no dispongo de bienes de fortuna.

—Los bienes de Paul Grevil pasarán, pues, a su propiedad.

—Lo que insinúa es sórdido, inspector.

—Todo crimen es, por lo general, el resultado de sórdidos cálculos. Pero, le hago una concesión, señora Grevil. No quiero considerarla sórdida. Según Gabrielle, normanda como yo, usted quiere con locura a Nanette. Una preciosa muñeca de cinco años.

—¿No podemos dejar aparte a mí hija, inspector?

—En absoluto. Puede ser su atenuante, señora. Un letrado defensor, obtendrá un gran éxito, alegando la tortura de la madre joven y honesta, que no podía ya soportar por más tiempo la idea de permanecer en el domicilio conyugal, ante el escandaloso comportamiento de Paul Grevil. Pero a la vez, si abandonaba el hogar, perdía la custodia de la hija, como declaró anoche Paul Grevil. Ante esta gota que colmaba el vaso, la joven señora Grevil sale a pasear y la noche le inspira un arrebato pasional. El jurado llorará y la absolverán, señora. Abreviemos. ¿Reconoce haber suprimido el obstáculo que para su felicidad de madre suponía Paul Grevil?

—Yo no maté a Paul.

—Pero, ¿reconoce tener motivos que me inducen a acusarla?

—Sí.

—¿Admite que tuvo la oportunidad de llevar a cabo el asesinato?

—Nunca tuve la intención de matar a Paul. Y no lo maté.

Suspiró Duflair, presentando las manos abiertas.

—Estas negativas no tienen fuerza probatoria ninguna. Usted no debe considerar mi función como la de un acusador, sino como la de un funcionario que ha de llevar al culpable ante la justicia. Por ahora, los indicios la acusan plenamente. Móvil, oportunidad y beneficio.

Asentía ella, húmedos los ojos.

—Veamos, señora, si logro convencerla de que el más inepto de los investigadores, y el fiscal menos dotado, harán resaltar los siguientes datos desfavorables: simulación de entrada clandestina, habilidad al no presentar una coartada de su empleo del tiempo entre nueve de la noche y tres de la madrugada… porque usted entró con su llave, en un último intento de razonar con Paul Grevil. Él le volvió la espalda, despreciativo. Usted, enloquecida, clavó sus tijeras… No hubo premeditación. Luego, torpemente, quiso simular la entrada clandestina. Reconózcalo.

—No puedo reconocer lo que es incierto, señor.

—No insisto más. Le ruego me acompañe a efectuar su declaración por escrito y el comisario decidirá si queda usted detenida.

CAPÍTULO III

Patric Brisac, colocada la bandeja sobre la cinta rodante, elegía su almuerzo. A las tres de la tarde era escasa la gente que acudía al "Self Service" de la Sorbona. A la hora normal, entre doce y dos, las apreturas se prolongaban en largas colas bajando del primer piso del restaurante sin camareros hasta la misma acera.

Eligió la "Salade Hippocrate". Un picadillo de ajo, cebolla, puerro, apio, perejil, berro y aceitunas negras, macerado en aceite de soja con limón. Por bebida, jugo de tomates, zanahorias, naranja y remolacha. Postre: requesón y yoghourt con miel.

Pasó con su bandeja y el *ticket* del importe a una de las mesitas. No había más que otro comensal. Una rubia de rostro casi microscópico bajo el alto peinado y las colgantes guedejas.

Su torso de adolescente mal nutrida se encubría en grueso jersey blanco surcado de relámpagos multicolores. Una falda verde parecía prolongarse en las medias verdes de lana. Calzaba zapatillas de ciclista.

Lea únicamente las páginas dedicadas al cine y música de los periódicos y revistas que había sacado de su cartera de estudiante. A su lado, sentado correctamente en una silla, un caniche negro, de lustroso hocico, llevaba un largo momento meneando el rabo y emitiendo quejiditos, fijos los inteligentes botones de sus pupilas en el recién llegado.

Patric Brisac, mientras se instalaba en la mesita vecina, dedico al caniche un saludo amistoso:

—*Gua, bup, guau,* "Roquet".

"Roquet" ladró satisfecho y en tono afectuoso. Su dueña examinó críticamente al que masticaba concienzudamente sus vegetales crudos.

—Me obligas a ser poco original, Pat, pero no me cansaré de repetirte que eres un verdadero fenómeno. Solamente tú puedes comportarte como un retrasado mental, sin parecer un perturbado. Y no vuelvas a tratar de persuadirme que "Roquet" te comprende.

Saboreó Brisac el jugo tornasolado y le dedicó un guiño al perro de aguas, que pestañeó, cabeceando. Silabeó Brisac:

—*Grruu ñang, guau burg bup.*

El caniche, ladeado el hocico, escuchaba atentamente. Replicó:

—*Grraa ñong, niii bú, bu.*

Jeanine Gervais, como siempre, examinaba con inquietud, alternativamente, a ambos conversadores. El diálogo duró unos minutos, y por fin, el perro, saltando de la silla, vino a introducir el hocico en el bolsillo de la negra cazadora.

Extrajo un largo objeto blanco y flexible. Regresó a sentarse y masticó complacido, contemplando con devoción al bípedo de translúcida mirada.

—¿Qué bazofia es esta, Pat? —quiso saber Jeanine—. Cada día le traes novedades. Y lo peor es que le entusiasman.

—Es pasta de malvavisco amasada con carne y galleta. En forma de hueso para excitarle los jugos gástricos. Los canes tienen también derecho a masticar chicle en evitación de que adquieran complejo de inferioridad. ¿Progresa tu báscula?

—Sigo al pie de la letra tu receta y ya gané doscientos veinte gramos. Pero mi viejo dice que un litro de leche cortada y media docena de plátanos en ayunas es una burrada. Y hablando de burradas, ¿te acuerdas de Paul Gervais?

—¿Le conozco?

—Te hablé de él, hombre. Era el gerente de la "Magnus", donde mi viejo es el cámara favorito de Leda Frisson. ¿No recuerdas ya? Iban a darme un papel de paje en "Harpías Ilustres", dirigida por Legars, y me rapiñó el puesto la loca de Annie, que le hizo cucamonas al vejestorio de Peysson. Bueno, pues, esta noche asesinaron a Paul.

Brisac mezcló la miel con el yoghourt.

—Es apasionante, Pat —y Jeanine Gervais rebuscó entre el montón de papel impreso, hasta encontrar el "Paris-Presse", edición del mediodía.

Leyó con entonación melodramática los titulares:

> "PAUL GREVIL, GERENTE DEL
> "MAGNUS FILMS, ASESINADO"
>
> *Detención preventiva de su esposa. El inspector Charles Duflair mantiene una rigurosa reserva. La inculpada, ¿dónde estaba a la hora exacta, del crimen? ¿Qué hacía Claudia Grevil a las dos de la madrugada?*

Parsimoniosamente, Brisac terminó de rebañar el fondo del tarro. Levantándose, afirmó:

—Me agrada la concisión de la Prensa truculenta en sus titulares.

—Llévame al cine, Pat. Hoy echan *Viridiana,* en el "Marignan". De Buñuel y es de escándalo. Figúrate que una monjita se dispone a redimir a una turba de mendigos y, naturalmente, fracasa.

—Una pena. Convendría que Buñuel fuese menos depresivo. Redimir descarriados no está al alcance de una santa, sino de un pecador redimido. Si vengo a cenar, iremos al "Marignan".

"Roquet" despidió con lamentos quejumbrosos a su mejor amigo, el único que sabía comprender sus complejos.

En la comisaría de Montparnasse, un gendarme señaló las escaleras:

—Segundo piso, tercera puerta.

El inspector Charles Duflair resolvía un crucigrama. Era su hora de

reposo mental. Escuchó el anuncio de Celestin Godillot:

—Un espécimen nueva ola, solicita declarar a propósito del expediente Grevil.

La definición del cuatro vertical decía: “Desequilibrio neurótico del 90 % humanidad”. Once letras.

Duflair hizo una señal que en la puerta repitió el subinspector. Doblar repetidamente los dedos, palma arriba.

Patric Brisac, entrando, se acercó a la mesa. Duflair le miró mi instante y volvió a ensimismarse en el encasillado.

Súbitamente, alzó la cabeza, para escrutar con detalle aquel semblante de ojos luminosos. Brisac, colocándose a un lado de la mesa, se inclinó sobre el crucigrama.

Cerró los párpados para memorizar. Su rostro adquirió una impresionante dureza. Y dijo:

—Cuatro vertical es Oligofrenia. Encaja la “g” con la cuatro horizontal: Haugrol. Poderoso desinfectante dérmico.



—Me cae usted simpático, inspector.

Duflair tanteó los recuadros con el lápiz:

—Siéntese, joven. ¿Es estudiante de Medicina?

—Diletante. Cursé dos años, pero me mudé a los estudios prácticos de Sicopatía en sus varias ramas: moral inhibidora básicamente fundamental, como cimientos para el ataque químico creado por el organismo en defensa contra la melancolía. ¿Cómo está usted, inspector?

—Bien, gracias... —y Duflair frunció las hirsutas cejas.

Se excusó mentalmente por su cortesía. Aquel joven nueva ola, era, por lo menos, correcto. Aunque estos eran los más peligrosos. Afables aparentemente. Si bien no abundaban los de mirada clara e inocente.

—¿A qué se debe su visita, señor...?

—Patric Brisac. Me acuesto siempre hacia las cuatro y por esto me levanto pasado el mediodía. No pude leer la noticia del suceso antes de las tres y pico.

—¿Qué suceso?

—La detención preventiva de Claudia.

—Ah... ¿Conoce a la señora Grevil?

—Sí.

Duflair consultó una libreta con índice alfabético. Comentó:

—No figura usted en la lista de amistades, relaciones o conocidos de Paul Grevil y la encartada.

—Si ella no me mencionó, será tal vez por delicadeza. El motivo de mi visita obedece a que deseo la dejen liberada de toda prevención, tanto carcelaria como recelosa.

—¿Ah, sí? Posiblemente será usted un acérrimo partidario de la generalizada teoría de que los funcionarios investigadores somos excesivamente recelosos, y detenemos a las personas que resultan eminentemente sospechosas.

—Soy un convencido de que cada profesión es ejercida con el máximo posible de buena voluntad. Reconozcamos, sin embargo, que la infalibilidad es siempre aleatoria, claro. Existen imponderables que escapan a la mejor voluntad, inspector.

Los ojillos pardos rezumaron sarcasmo.

—A mis cincuenta y tres años y treinta de oficio, me he anquilosado en una costumbre. Si una persona sospechosa no puede explicar sus actividades a la hora misma en que se comete un asesinato que la beneficia en todos sentidos, suelo detenerla preventivamente, mientras la indagatoria sigue su curso. Somos así de injustos.

—Procuran ser justos y es de admirar la mística dedicación que supone demostrar que el bien recompensa y el extravío perjudica.

Charles Duflair trataba de discernir la burla. Pero la mirada de curiosa ingenuidad le intrigaba. Era desmentida por el atuendo “Teddy Boy”,

“Blouson Noir”, “Gamberro”, según los veteranos moralistas de distinta nacionalidad. Diez años antes, eran apodados “existencialistas”.

—A juzgar por su aspecto, señor Brisac, usted pertenece a la generación de jóvenes rebeldes o coléricos.

—Generación desorientada que busca una esperanza idealista en este materialismo actual del “confort” a cualquier precio. Visto así por comodidad, ya que me lavo la ropa y no tengo la obligación de asistir a una oficina. No por desdén hacia los empleos burocráticos muy respetables, sino por contentarme con los ingresos de varias tareas liberales, que no exigen camisa blanca, corbata y traje gregario, atavío poco adecuado para desplazarse en motocicleta.

“Lo peor con este tipo, es que habla raro y no produce la impresión de tomar el pelo. Si creyese en el hipnotismo, diría que este tipo emana fluido magnético. Pero es un gamberro motorizado, Charles”.

“Por cuatro muchachos alborotadores y groseros que hayas interrogado, no debes clasificarlos a todos por un igual. Cuando eras joven, vestías con la extravagancia de moda por entonces en boga, y bailabas grotescos charlestones, viejo. La gente madura te parecía sentenciosa e insoportable”.

—Abreviemos, señor Brisac. ¿Qué desea declarar?

—Claudia estaba conmigo a las dos de la madrugada.

—¿Ah, sí? Empieza usted a resultarme interesante de verdad. Procederemos como es de rigor. ¡Celestin!

El adjunto acudid desde el despacho antesala. Fue al sillín de la máquina de escribir, cogiendo folios del gavetero. Alisó un papel carbón entre dos hojas. Movía las mandíbulas, rumiando. Al posar los dedos en el teclado, dijo:

—Generales de la Ley.

—Brisac, Patric. Nacido en Saint-Malo, provincia de Bretaña, el 13 de octubre de 1935.

La máquina tecleaba. Los ojillos del inspector parecían dos barrenos intentando taladrar la personalidad del que, contemplándole fijamente, seguía declarando:

—Estado: huérfano de guerra.

La máquina ametralló. Celestin Godillot, imprecando entre dientes, cogió la goma de borrar, sacando los folios del rodillo. Corrigiendo, dijo en tono adusto:

—Ante el Reglamento, ser huérfano de guerra no es un estado. Se es soltero, casado o viudo. No se puede ser otra cosa. Y le conmino a declarar sin burlarse de la autoridad, so pena especificada de incurrir en falta penada con multa o encarcelamiento. ¡Le prevengo que no toleraremos otro chiste, joven!

Charles Duflair permitía a su adjunto desahogarse. Quería sopesar la

reacción del declarante.

—Cordialidad, cordialidad —aconsejó Brisac, afablemente—. Reconozco mi inexperiencia en declaraciones de esta índole, pero tengo el pleno convencimiento de que no incurrí en chiste alguno. Nunca me hizo la menor gracia ser huérfano de guerra, se lo aseguro. Pregunte y evitaremos nuevos errores.

—¿Soltero, casado o viudo? —masculló Godillot, furioso y desconcertado.

—Soltero.

—¿Domiciliado?

—153, Saint-Jacques, ático, segunda puerta.

Intervino Duflair:

—Tome nota taquigráfica, Celestin. El declarante se presenta voluntariamente, sin ser requerido y expone que esta madrugada, a las dos, se hallaba en compañía de Claudia Grevil.

El lápiz, afilado por sus dos puntas, escribía sobre la hoja de un bloc.

Agregó Duflair:

—Preguntado que exponga por qué fue concertada la cita, contesta...

—Que no hubo cita.

—No hubo cita, pero se reunieron a las dos de la madrugada.

—Fue un encuentro casual. El Destino colocó a Claudia ante mí.

—¿Precisamente a las dos de la madrugada?

—Pongamos unos minutos más. Tal vez las dos y cuatro o cinco minutos. No había motivo que exigiese confrontar nuestros relojes.

—Luce usted un soberbio cronógrafo de piloto aéreo.

—Un “Rolex”.

—¿Furor de vivir cada fracción de segundo?

—Necesidad de equiparse en función de un mundo transformado, más intenso, más rápido, de mayor competición tanto en deportes y ocios, como en estudios. Es un marcador de tiempo asociado a nuestras aspiraciones más profundas. Hemos renunciado con hondo pesar al sólido “Roskof” de nuestros predecesores, cuyas horas estaban impregnadas de la verdadera dulzura de vivir, al abrigo del desconcierto y la trepidación.

Acodado en la butaca, Charles Duflair hacía rodar entre sus dedos el lápiz, sosteniéndolo ante sus labios. Celestin Godillot, esperaba, lápiz en alto, rumiando con bovina estolidez.

El inspector sentía un principio de acaloramiento. Dijo con entonación exageradamente paciente:

—Preguntado desde qué fecha conoce a Claudia Grevil, contesta...

—Desde las dos y algunos minutos de esta madrugada.

Duflair apartó un poco más el nudo de la corbata, y desabrochó el botón del cuello.

—Preguntado especifique el sitio exacto en que tuvo lugar el encuentro

casual, contesta...

—La estación de gasolina "Esso", de la Nacional 18, kilómetro 3.

—Preguntado si hubo testigos de la entrevista casual, contesta...

Ninguno visible.

—¿Estaba cerrada la estación?

—Prácticamente, a efectos de servicio, estaba cerrada.

—Lo cual equivale entonces a decir que nadie presenció dicha entrevista. Escuche, joven... Si busca propaganda, o vino por una apuesta o se sintió quijotesco, le advierto que corre el riesgo de que no sepamos apreciar su sentido del humor. Las declaraciones sin fundamento, incurren en penalidad de tres a quince días de prisión preventiva, si no existe mala intención, y quiero creer que este es su caso. Hasta ahora, cuanto ha dicho no tiene fuerza alguna de prueba aclaratoria ante la Ley. Con benevolencia me limitaré a considerarlo un juvenil intento de proteger inútilmente a su amante.

Patric Brisac, acodado también en su butaca, apoyó la barba en sus puños. Chasqueó la lengua, antes de comentar, apenado:

—No le puedo inculpar ni hacer responsable de su deformación profesional, inspector. Usted no pretende ofender a Claudia, sino esclarecer un caso de asesinato y es lógico que pulse todas las cuerdas del arpa: infidelidad, interés, venganza, resentimiento... Como hombre de experiencia en el intrincado laberinto de los temperamentos humanos, posee sobradamente el instinto que le permite rápidamente acertar la personalidad recóndita. Le bastó observar por unos instantes a Claudia para comprender que es una mujer honesta. Abundan más de lo que se cree. Ella amó a su esposo, dejó de quererle, y encauzó todo su afán de afecto hacia su hija. No tiene amante ninguno. Doy fe.

Duflair se rascó el mentón con el lápiz. Hizo un ademán de apaciguamiento destinado a su adjunto, cuyo rostro adquiría un tinte congestionado.

—Sus disertaciones demuestran su confianza en el género humano, señor Brisac. Pero en este despacho no intentamos elaborar expedientes de canonización. Acumulamos testimonios que tengan validez legal. Usted afirma que a las dos de la madrugada se hallaba con Claudia Grevil. Ella no hizo la menor mención a esta entrevista, aunque titubeó en determinado instante, al ser preguntada sobre el empleo de su tiempo a dicha hora.

—Un titubeo razonable. Ella ignoraba la presencia de un segundo testigo, invisible. Solicito la declaración complementaria, como segundo testigo; de Jean Brunet.

—¿Quién es?

—El confesionario de la "Esso" que antes cité. No se hallaba presente corpóreamente, pero podrá atestiguar que a la hora en cuestión, yo estaba

atendiendo los depósitos de gasolina y aceite del “Simca” de Claudia. Y podrá atestiguar que del *stock* faltan dos bombillas código, que se hallan en el “Simca”.

—No sé por qué, barrunto que se está complicando la existencia, señor Brisac. Por de pronto, emplea un argumento capcioso. El hecho de que manipulase en el “Simca” de los Grevil, no demuestra necesariamente que Claudia Grevil estuviera en el “Simca”.

—Por esta razón me veo obligado a exponer que conozco lo suficiente a Brunet para poder afirmar que miraba por la cerradura.

—¿Por qué cerradura y por qué motivo?

—No es que yo acuse a Brunet de chismoso ni femenil propensión a curiosear. Su actitud era la lógica, dada su situación. Tuve que encerrarlo en un cuarto anexo al despacho de la estación. Hacia las dos menos cuarto de esta madrugada, fui a visitar a Jean Brunet. No se avino a razonamientos y tuve que repeler su agresión con la que pretendía impedir que yo me apoderase del contenido de la caja.

La punta afilada del lápiz de Godillot se rompió. Los pómulos de Duflair adquirieron un súbito matiz vinoso que descendió hacia sus mejillas. El lápiz entre sus dedos se arqueó.

Sus ojillos examinaban con malevolencia al declarante, que añadía:

—Una vez quedó Brunet encerrado, pude coger la recaudación cuyo monto exacto era de setecientos noventa y ocho francos.

—La agresión del garajista, ¿la repelió a culatazos?

—Simplemente con los puños y los pies. Así fue cómo él pretendió acoger mi petición. Armó mucho alboroto, y para apaciguarle me vi obligado a quitarle el sentido combativo, con mengua de los otros sentidos, claro. Lo encerré, y cuando me disponía a marcharme, le abrí. Es tozudo y de nuevo se abalanzó agresivamente. No es mal hombre, pero por un franco es capaz de pegarse con el propio autor de sus días. Tuve nuevamente que dejarle “k. o.”, en evitación de mutuos puntos de sutura.

—¿Lleva armas?

—No. Nunca. Soy objetor de conciencia.

—¡Celestin! Coloque las esposas a este caballerete y que lo desciendan a las celdas preventivas. No pretenda protestar ni oponerse, Brisac. No somos indefensos garajistas atracados.

—Deformación profesional —comentó Brisac, apenado.

Tendió las muñecas, añadiendo:

—Lo esencial es que el testimonio de Brunet será el irrefutable complemento a mí declaración.

—¡Aguarde, Celestin! Vaya a localizar inmediatamente al llamado Brunet, Jean, concesionario “Esso”, y ordene al “Radio-car”, del correspondiente Distrito que traigan al citado Brunet.

El adjunto se colgó las esposas del cinto, con un suspiro de

contrariedad. Duflair apuntó con el lápiz hacia el voluntario declarante:

—Sigo sin lograr analizarle, Brisac. A ratos me parece usted dueño de un descaro abrumador y a otros, poseedor de una inocente sensatez impropia de un robusto y culto bachiller. ¿Por qué califica de deformación profesional esposar a un atracador?

—Atracador es el apelativo del que se apodera del dinero ajeno, empleando amenaza o violencia, contra persona o personas desconocidas.

—Usted confesó haber golpeado a Brunet, quitándole el dinero de la recaudación. Escuche, amigo mío, abreviemos, y procure exponerme con la mayor claridad posible su caso personal. ¿Conocía a Brunet?

—Claro que le conozco.

—¿Casualmente y porque el Destino le colocó ante usted?

—No, no. Le trato desde hace un par de años, pero no asiduamente. Fui a visitarle en la hora propicia, del único día en que trabaja un turno, ya que es la fecha de permiso del empleado de noche. Fui a la hora del cierre, ya que supuse que la caja contendría dinero suficiente.

—El adjetivo de desconcertante palidece al aplicárselo, Brisac. Lo que acaba de confesar significa la agravante de premeditación.

—En efecto. Aunque supone más bien mi paciente espera para poder percibir el saldo a mí favor del importe de los servicios que presté a Brunet.

—¿En su calidad de practicante de la Sicopatía?

—En cierto modo, sí. La teoría de los colores armónicos con la personalidad, la aplico al decorado mural de habitaciones. Excúseme si parezco pedante, pero es necesario aludir a Lüscher, discípulo de Jung, en la asociación de ideas, simplista, que obliga al examinado a revelar su íntimo y verdadero carácter. Lüscher, también discípulo de Rorschach, en la interpretación que los pacientes hacen de manchas distintas, negras o coloreadas, creó una original ciencia, basada en la predilección o aversión de los colores. Usted lleva una corbata gris, porque quiere difuminarse, quiere evitar el diferenciarse. Las mujeres encinta prefieren el color violeta.

Duflair aplicó sobre la mesa un golpe seco con el lápiz. Lo quebró. No podía apartar la mirada de las pupilas diáfanas.

—Le pido excusas, inspector, por haberme extendido en mi predilecto tema. Es mi deformación profesional, contenida en el “slogan”: “Designe los colores y matices que prefiere y los que detesta, y conocerá sus cualidades y debilidades. Descubrirá su verdadera personalidad”.

—No quisiera parecerle un retrasado mental ni un impaciente, señor Brisac. Me hablaba usted de sus servicios a Brunet.

—Seleccioné los colores adecuados a hacerle más optimista su concepto de la existencia, pintando las habitaciones del nuevo piso al que se trasladó. Como honorarios, convinimos dos mil quinientos francos,

pretextando que era más que suficiente. Le di tiempo para meditar y abonarme el saldo a mí favor. Pero su persistencia en negarse, me obligó a darle una última oportunidad esta madrugada, en la estación. No solamente se negó, sino que pretendió agredirme, debido a su creencia de ser un forzudo. Rebasó el límite de mi paciencia. Y espero que para el cobro de los doscientos dos francos que me sigue adeudando, no me obligará a recurrir a procedimientos de judo y pugilismo que, en su aplicación práctica, repugnan a mí conciencia y credo. Todo debe resolverse por la discusión racional.

—En mis tiempos, ante un caso de esta índole, recurríamos al Juzgado.

—Donde litigan dos racionales, no es necesario recurrir al arbitraje de un tercero. Significa molestias, desplazamientos y pérdidas de tiempo para deudor y acreedor, con la subsiguiente merma monetaria de costas y papel de juzgado.

—Posiblemente su concepto del cobro a deudor moroso, es más práctico que el recurso normal.

—¿Verdad que sí? Se evitan querellas ante terceros.

Celestin Godillot entrando, colocó ante el inspector una ficha. Leyó Duflair y dijo:

—Comunique a la comisaría de Auteuil que retengan al ciudadano Brunet a su salida del hospital. Cargo: falsa declaración. Lo presento yo. Ahora, por la centralilla obtenga de Brunet la siguiente declaración, exigiéndole juramento: que describa a la mujer que se hallaba en la estación en compañía de Brisac, esta madrugada. Que especifique la hora aproximada, con la máxima exactitud posible. Nada más. Espero.

El adjunto salió. Duflair, mirando el barbudo collar de su visitante, agregó:

—El procedimiento empleado para percibir sus honorarios, no es ortodoxo. ¿Lo admite?

—No faltaba más... Lo admito sin reservas, aunque exponiendo mi atenuante. Brunet, al calificarme de bohemio, carente de matrícula comercial y de establecimiento registrado a efectos de contribución, argumento con sofismas pretendiendo encubrir su codicia barata. Soslayar el pago de millones es alta finanza, pero no remunerar su trabajo en el precio ajustado de antemano, es informalidad. Paso por alto, su intento de frustrada agresión. No pienso presentar denuncia.

—Su magnanimidad es admirable. Él le correspondió, ya que tampoco efectuó la denuncia pertinente. ¿Por qué no lo hizo? —indagó Duflair, pretendiendo dar a su semblante una expresión de inocencia.

—Doctores tiene la iglesia —sonrió Brisac—. Usted es el técnico, yo el aficionado.

—Su amena cachaza me compensa de la habitual hostilidad de mi clientela. Sus estudios de la mente humana, le capacitan posiblemente para

deducir, conociendo al sujeto. A título de intercambio de aficiones, dígame: ¿por qué Brunet no le denunció?

—Por espíritu de tendero de vía estrecha. Sisar veinte gramos por kilo no es delito, sino costumbre tolerada. Las Compañías aseguradoras de estaciones de gasolina, cubren también el riesgo de atracos.

—Exacto. Brunet quiso rembolsarse de un dinero que no es suyo, puesto que lo adeudaba.

—Pero fue honrado. Pudo declarar que le habían atracado tres mil francos. Se limitó a contabilizar la pérdida. Es preferible siempre contemplar el lado favorable de cada sujeto clínico. Todos somos esclavos de nuestras manías y ambientes.

—Abreviemos, porque su moral es peligrosa. No por incorrecta, sino por extrañamente sensata, y no puedo correr el riesgo de contagiarme. Los siete atracos anteriores a garajistas, siguen sin la debida moraleja de atrapar al delincuente. Sin ánimos de recelar de su honradez, ¿eran acreedores suyos los otros siete garajistas?

Rio Brisac, regocijado:

—Aprecio su bienhumorado temple, inspector. Escaso en funcionarios que confunden la rectitud con la severa adustez. Dedico una hora al día al estudio teórico de los sucesos propalados por la Prensa. Trato de deducir, colocándome en la personalidad del perjudicado y del adversario. Los siete atracos a que alude, me parecen obra de una misma organización, por el método empleado. La "Q.A.S.". Muchos de sus miembros fueron paracaidistas en Argel. Los garajistas coincidieron en que al salir de su despacho, oyendo una llamada, perdieron el sentido al caerles encima un peso contundente. Coloque a un paracaidista sobre un tejado. Añada el golpe recibido por el garajista. Vertical, sobre la coronilla. "Harataka" de judo. El atracador, al salir el garajista, le salta encima desde el tejado, y a la vez que cabalga, golpea con el canto de la mano. Si el cabalgado ofrece resistencia, recibe un "hiarato" en la nuez.

—Interesantísima y gráfica sil disertación. Casi me parece verle aplicar el salto del tejado y sus complementos.

—Si tiene la bondad de darme la relación de fechas y horarios de estos siete atracos, le anotaré al margen el testimonio de mi actividad en dichos lapsos de tiempo.

—Todos los ejercicios de paracaidismo a escasa altura, tuvieron lugar entre once de la noche y dos de la madrugada.

—Salvo casos excepcionales, acostumbro a pasar estas horas en mi consultorio.

—Ah... porque tiene usted un consultorio... ¿Dónde?

—En mi domicilio. Allí estoy a su entera disposición, previa cita, si lo prefiere o de las veintidós a las cuatro.

—Regresemos al expediente Grevil. La muerte de Paul Grevil deja a su

viuda heredera del cincuenta y uno por ciento de las acciones de la productora cinematográfica “Magnus”, y le concede, sin discusión, la custodia de su hija de cinco años. Si realmente el testimonio de Brunet demuestra que usted y ella se hallaban en la estación entre una y media y dos y media, entonces… consideraré exenta de toda culpabilidad a Claudia Grevil.

Patric Brisac, del bolsillo superior de su cazadora, extrajo varios tarjetones. Colocó uno sobre la carpeta del inspector.

Duflair miró el cartón granulado dividido en cinco franjas: negra, blanca y tres gamas grises. En el centro de cada franja había un número, del cero al cuatro.

—¿Qué clase de juego es este, Brisac?

—Al decir que consideraba exenta de toda culpabilidad a Claudia, usted alteró profesionalmente la verdad, ya que en su pensamiento alienta la duda. Permítame demostrarle sus cualidades y debilidades. Indíqueme en esta graduación, los dos colores que prefiere y cuál es el que encuentra menos simpático.

Charles Duflair alzó los hombros. Impaciente y algo exasperado. Pero quería seguir sondeando. Aquel sujeto escapaba a su entendimiento. Examinando las franjas del tarjetón, gruñó:

—Cero y tres. No me agrada el cuatro.

—Este primer “test” demuestra que su preferencia cero tres revela un carácter prudente, de taimada socarronería, que se dirige a su meta con rodeos. Su repulsión cuatro le impele a no abandonarse a la influencia atractiva y sentimental para poder permanecer fríamente objetivo y evitarse desengaños. Espíritu sólidamente práctico, cartesiano. Bajo la sombra de un árbol, lo sacude antes de declararlo autor de la sombra.

Pensativo, Duflair contempló el nuevo tarjetón que Brisac colocaba sobre el primero. Una cruz sonrosada dividía el granulado en cuatro rectángulos. Azul y verde los de la izquierda; amarillo y rojo los de la derecha.

—¿Prefiere las gamas diestras o siniestras? —preguntó Brisac.

—Amarillo y rojo.

—Enhorabuena por su sinceridad. Hay quienes se engañan a sí mismos, eligiendo lo contrario de su verdadero deseo óptico. Su elección sincera completa la segunda fase de su personalidad. Introvertida, tendente a la contemplación pausada de las facetas de un mismo prisma, imparcial y persistente en la duda y sospecha, para enjuiciar sopesando reposadamente. Me cae usted simpático, inspector.

—Gracias —y Duflair pegó un manotazo en su carpeta—. Recoja su muestrario de pinturas, joven. Soy yo el que estoy en este consultorio para determinar a su debido tiempo el mayor o menor grado de sinceridad y sus gamas, en mis interrogados. ¿Por qué se ha expuesto a un expediente por

maltrato de obra en la persona de un acreedor?

—Claudia ha de cuidar de su hija y no puede hacerlo si sigue detenida, ¿verdad?

—Su declaración la ratificará dentro de unos instantes, por escrito y firmándola. Será empleada contra usted, si ulteriores indagaciones revelan la menor falsedad o complicidad. Abreviemos: usted no conoció a Claudia Grevil hasta hoy, jueves, dieciséis, a las dos de la madrugada. Explíqueme, sin divagaciones, por favor, cómo sucedió.

—Brunet afirmó al oír mi petición, que iba a romperme la cara. Me quité la cazadora para disponer de mayor libertad de movimientos. Fracasado el intento de Brunet, le encerré, ya que persistía en armar alboroto. Viendo que tenía sangre en las manos…

—¿Quién?

—Yo. La sangre era de las narices y labios de Brunet. Creo que también de la ceja derecha. Me lavaba las manos, cuando un coche se detuvo a unos veinte metros del despacho, ante uno de los surtidores. Tocaban el "claxon" con impaciencia, pero no era asunto mío, claro. Entró una mujer, exigiendo gasolina. Me negué, ya que no estaba allí para servir gasolina. Le aconsejé fuese a otra estación. Ella empezó a llorar. Un desequilibrio emocional, acumulando excitación nerviosa, le produjo una mayor alteración ante mis respuestas muy naturales y lógicas.

—Me pongo en el sitio de ella y la comprendo. Siga.

—Una mujer buena, cuando llora de verdad, pierde el artificio de los años y vuelve a ser una criatura desamparada, una niña perdida en el bosque de la humana complicación. Decidí ayudarla. Eché gasolina, comprobé el aceite y los códigos. Le pregunté su nombre. Únicamente su nombre. Los apellidos son anodinos. En el estado emocional que la atosigaba, estaba indefensa y respondió con sinceridad. Supe que regresaba a París y que había estado conduciendo varias horas seguidas. Consumió casi un litro de aceite y el motor necesitaba beber copiosamente. El barro de las ruedas y del parabrisas, demostraba que había llegado a la encrucijada de Vercors, en cuya explanada de distribución rutera se forma una capa roja, de matiz único en carreteras. La plazoleta central de Vercors y sus bifurcaciones, se sombrean con buganvillas, hibiscus y acacias. Las cortezas y el polen, cubren el asfalto con un polvillo denso que la lluvia y el relente amasan en gama roja, estriada, como un clavel jaspeado. Si me excedo en verborrea, excúseme. El caso lo merece. Vamos a devolver a una cría de cinco años, la alegría de su compañera de juegos y confidente.

Duflair iba tomando algunas notas. Prefería no dejarse influenciar por la extraña luminosidad de los ojos infantiles… o alucinados.

—De vez en cuando, Claudia acariciaba un portarretratos. Su problema sentimental era evidente. Abandonar a un marido, culpable o no, suponía perder el puro afecto que solo nos dan los perros y los niños. Pero un perro

por más aprecio que se le tenga, no se lleva retratado y en medallón. Le aconsejé a Claudia que no hiciera pagar a una criatura las torpezas ajenas. Y que no regresase directamente a su domicilio, sino que fuese a un hotel. Así demostraría seguir debatiéndose en un problema de conciencia, y evitaría una agria discusión nocturna. A la luz del sol, las cosas se ven menos pesimistas. Deploro que en ausencia de Claudia, Paul abandonase el domicilio conyugal en forma tan violenta, pero lo indiscutible es que no hay mal que por bien no venga. Ya ha quedado resuelto el problema de conciencia de Claudia.

—En otro, esto sonaría a cinismo brutal. En usted... todavía ignoro el calificativo apropiado. Lo cierto es que no pretenderá usted demostrarme que posee el don de la clarividencia.

—Don que le atribuían a Le Goffic.

—¿Quién era?

—Pertenece a mí prehistoria.

—No importa. Seguimos esperando el informe de mi adjunto.

—Yo tenía seis años, cuando mis padres murieron aplastados bajo el techo de nuestra casa. Una bomba lanzada desde un avión. Yo me hallaba en la loma de los Druidas, jugando con los perros del pastor Le Goffic. Este me recogió y adoptó. Era un hombre bueno. Donde todos veían maldad, él buscaba un atisbo de alma. La policía de Saint-Malo acudía a consultarle con frecuencia. Le Goffic era un pastor que vivía aislado en una deliciosa choza en el bosque al oeste de Saint-Malo. Un bosque lleno de trasgos, gnomos y brujas, según los más viejos de la localidad.

Patric Brisac miraba al techo, más alucinada que nunca la expresión.

—La policía, tanto francesa como alemana, le exponía casos difíciles a Le Goffic. Se iban asombrados, y en el pueblo le tildaban de brujo benefactor, dotado de poderes estrambóticos. Nosotros, los bretones, somos muy supersticiosos, dicen los demás franceses. Hasta mis dieciocho años viví con Le Goffic y él me enseñó cuanto sabía. Y un día me dijo: “Patric, vas a ir a París. Quiero que seas bachiller y después estudiarás aquellas ciencias que mejor te sienten al cuerpo. Allá donde oigas malos comentarios, haz uso de la cordialidad, pero sin hacerte miel, o serías devorado por los moscardones capitalinos. Defiende al calumniado desconocido. Proclama que nadie es por completo malvado ni por completo bueno. En recompensa te oirás calificar de botarate y andando el tiempo, te reputarán loco. Buen síntoma, Patric. Será la señal de que vas logrando tu propósito y que mis enseñanzas, humildes y eternas, dan su fruto. La mayor parte de los humanos se sienten molestos ante un ser sencillo y sano. Para defenderse de esta sensación, la llaman loco”.

Charles Duflair, entornados los párpados, escuchaba absorto.

—Cada verano, pasaba mis vacaciones con Le Goffic. Murió hace tres años, una suave mañana tibia. Sus perros y yo le velamos dos días con sus

noches, Estuve horas y horas abrazado a Le Goffic, sentados en el jergón que desprendía olor de hierba buena y tomillo, No sé si es cierto que los santos bretones nunca mueren, porque siempre perdura la benéfica influencia de sus almas en quienes les amaron. Solo sé que los perros no aullaron a muerte y yo no lloré. Y a lo lejos sonaba una música que ningún compositor en la tierra puede crear. Podía ser la brisa entre las ramas. Podían ser otras almas acogiendo con su melodiosa sinfonía el alma de Le Goffic. Cada verano regreso a la choza y converso con Le Goffic y sus perros.

En el silencio que siguió, Charles Duflair sacudió los hombros, como si quisiera descargarse del peso de un extraño sortilegio. Lo logró, y regresando a su normal sensatez, dialogó mentalmente:

"Este bretón es manicomiable, Charles".

"Dame muchos locos como este, y nos quedamos cesantes, viejo, por falta de trabajo".

"No te dejes hechizar por este comediante, Charles. No te deslumbres con su mirada de franciscano… Hermano perro, hermano lobo… Con los párpados echados sobre sus focos de brujo afectuoso, tiene las faces del criminal hábil y excéntrico. Déjale suelto y vigilado. Pudo combinar con ella, y con Brunet la mejor de las coartadas".

—Bien, señor Brisac. Tomaré sus declaraciones por escrito, adjuntándolas a las de Brunet y, lógicamente, la señora Grevil quedará inmediatamente en libertad. Posiblemente tendrá usted que responder ante un juez por sus métodos de cobranza a domicilio del deudor.

Media hora después, Patric Brisac abandonaba la comisaría de Montparnasse y se instaló en el "Roxy", para deleitarse con las aventuras caninas de "Los 101 Dálmatas".

CAPÍTULO IV

Claudia Grevil entró en el despacho del inspector Duflair, que le señaló la butaca.

—Se han presentado dos novedades que, conjuntamente, la exculpan de una participación directa en la muerte de Paul Grevil. El comisario ha firmado la anulación de su detención preventiva, en parte, gracias al testimonio irrefutable de Patric Brisac.

Los pardos ojillos acechaban. Claudia Grevil, asombrada, irguió la cabeza y desapareció la inquieta expresión que hasta entonces alentaba en su semblante.

—Pero, ¡es imposible que él viniese a declarar en mi favor! A menos que... esto es, lo apresaron y tuvo que reconocerse autor del atraco citado por la Prensa.

—¿Por qué no declaró usted que a la hora crucial se hallaba en la estación “Esso” de la Nacional 18?

—Consideré absurdo citar el testimonio de un atracador. Y menos, a las nueve de la mañana, leído ya en la Prensa que la estación había sido objeto de un atraco. Usted no solamente no me hubiera creído, sino que hubiese pensado que me había yo buscado una coartada muy necia.

—La Prensa no citó la identidad del joven Brisac.

—Fue él quien me dijo cómo se llamaba.

—¿Mientras desvalijaba a Jean Brunet?

—No sabía yo nada de todo esto. No vi a nadie más que a Brisac y le supuse un empleado. Es cierto que oí un ruido como de puñetazos en una puerta, pero Brisac me dijo que era un zorro grandullón y malintencionado, que se impacientaba encerrado.

—¿Y le pareció muy normal que un empleado garajista tuviera por compañero nocturno a un zorro?

—Francamente, en aquellos instantes no estaba en condiciones de poder discernir si Brisac era un excéntrico deseoso de asombrar, o un hombre original. Me produjo inquietud, pero también una incomprensible confianza, cuando ya lejos me calmé y recordaba su mirada tan distinta a las corrientes... No me sé explicar.

—Brisac se presentó espontáneamente.

—¡No! ¡Es imposible!

—Por segunda vez, mis declaraciones referentes a Brisac, le suenan a embuste mío. No se lo recrimino, dado que nada en Brisac resulta incongruente mientras no consienta él en explicarlo razonablemente. Con una lógica poco usual, pero convincente.

—Yo leí que hubo un atraco a la una cuarenta y cinco esta madrugada, allí, donde yo fui a repostar mi coche.

—El comportamiento poco ortodoxo de Brisac obedeció a su concepto muy particular del cobro de una deuda. La segunda novedad que la favorece, es la confesión de Gabrielle Dorzas, reconociéndose autora de la muerte de Paul Grevil.

Acongojada y nuevamente inquieta, murmuró ella:

—Gaby es una buena mujer, incapaz de ninguna mala acción, y mucho menos de un asesinato.

—Ella le tiene mucho afecto, y quiso evitar que Paul Grevil llevase a cabo su amenaza de privarla de su hija. Esto es lo que ella ha confesado voluntariamente.

—Ella se acusa para protegerme. La pobre teme que yo sea la que... la que mató a Paul.

—La verdad siempre aparece del fondo de cualquier pozo, por hondo que sea. La indagatoria sigue su curso. Y ahora, explíqueme el motivo por el cual siente usted inquietud. ¿Qué es lo que teme? Su actitud no es la propia de una inculpada que recobra inesperadamente la libertad.

—Desde ayer, todo cuanto me sucede me confunde, y... no estoy inquieta, sino abrumada por el desconcierto.

—Tengo que felicitarla porque es usted una de las escasas mujeres que maravillan, por una cualidad rara. No sabe mentir. Cualidad perjudicial en el caso que nos ocupa. Pero siendo mi lema no apresurarme en la tarea constante, no quiero atosigarla. No obstante, conviene que le exponga una perogrullada. Aquello que usted pueda saber y que facilite la aclaración de este caso, está obligada a decírmelo.

—No sé nada que pueda serle útil, inspector.

—No insisto más, señora. No puede abandonar la ciudad, sin comunicármelo con la debida anticipación. Buenas tardes.

—Le ruego me indique si puedo encomendar a un abogado el depósito de una fianza para poner en libertad a Gaby.

—El trámite es siempre reglamentario, en su inicio, pero es el juez quien decide, en primera instancia, sí procede o no. Y en un caso como el que nos ocupa, de confesión y reconocimiento de culpabilidad criminosa, no existe la posibilidad de fianza. Salvo si usted aporta un dato fidedigno que demuestre la absoluta inocencia de Gabrielle Dorzas. Entonces, yo mismo puedo solicitar su libertad, sin fianza alguna.

Levantándose, Claudia Grevil alzó los hombros con infinita lasitud.

—Buenas tardes, inspector.

A las seis de la tarde, Claudia Grevil abandonaba el Kindergarten, dejando a su hija interna.

En el piso, fue recorriendo las habitaciones con lentitud. Y cuando se encerró en el dormitorio infantil, buscaba aislarse.

Pero resonaba constantemente en sus oídos la voz de Paul Grevil:

"Si yo fuese víctima de un accidente sospechoso, na acudas nunca a la policía, si alguien te revela algo que te aclare mi muerte. No acudas a la policía, Claudia, si no quieres que el escándalo se cebe en tu adorada retoña".

Cuatro noches antes, él había regresado, vacilante el paso. Su aliento emanaba intenso olor a alcohol. Y con maligna sonrisa añadió:

"¿Tú crees que los numerosos accidentes del tráfico son siempre involuntarios? Los hay que son asesinatos encubiertos".

Se iba desvistiendo torpemente, ante las dos camas gemelas.

"Si agudizas el ingenio en el caso de quedarte viuda, hallarás una agenda que vale su peso en millones por cada gramo. Pero no te ilusiones demasiado, querida. Considero muy difícil que me puedan suprimir. Por esta causa, no te indico ahora ni lo haré mientras disponga de uso de razón dónde escondí dicha agenda reveladora. Contiene el motivo por el cual, varios conocidos nuestros me odian y anhelan mi muerte. Y a la vez están atados por el temor de que mi desaparición les sea más perjudicial todavía..."

Paul Grevil se había dirigido al cuarto de baño. Oyó ella el ruido de las náuseas. Después, revistiéndose con esfuerzo el pijama, siguió él en su monólogo:

"Ellos son inteligentes, pero yo lo soy mucho más que ellos. No pueden eliminarme... Y si lo lograsen, me consuela la idea de que no tardarías mucho en seguirme al otro barrio... No ibas a ser una viudita risa, sino unos días... Si ellos me suprimen, tendrán que suprimirte también, querida".

Reapareció para, en pijama, tenderse pesadamente junto a ella.

Ella, levantándose, no disimulaba su expresión de asco. Rio él, entre dientes, antes de canturrear tartajosamente:

"Erase una esposa ultrajada que se negaba a las caricias de su maridito. Érase una mocosa majadera y provinciana que quería un marido exclusivamente para su uso personal... Estúpida gazmoña... Ahora anhelas ser una viuda adinerada, pero tus principios morales te impiden actuar... Piénsalo bien y te conviene saber que yo, vivo, soy precisamente tu mejor salvaguardia. Como para los otros. Yo, vivo, y todos felices. Yo, muerto, y rezad todos. Reza tú, con gran devoción. Por tus próximos funerales, si asistes a mí entierro".

Desde la otra cama, Claudia le vio amodorrarse. Pensó entonces que eran divagaciones de borracho, exhibiendo una muestra del humor negro muy del agrado de los jóvenes accionistas de la sociedad "Magnus-Films": el director de cine Michel Legars y el galán de moda Gil Belmont.

Pero ahora, a solas en el piso, ella tenía el presentimiento de que Paul no había divagado. "Recuerda siempre que los niños y los borrachos, son

los únicos seres humanos que dicen verdades como templos, aunque sean crueles y peligrosas", había mascullado él, segundos antes de sumirse en la modorra del alcoholizado.

Y ahora, ella oía tres frases repetirse con machacona insistencia:

"No acudas a la policía... No serás mi viuda por muchos días... Si agudizas el ingenio hallarás una agenda reveladora..."

Respingó al oír el timbrazo. Fue serenándose a medida que se aproximaba a la puerta.

Un botones, de uniforme azul, ostentando el escudo "Mag-Films-Sí. A.", entregó un sobre.

A solas, examinó ella en la cuartilla, el membrete con el marchamo de la Productora fundada por Paul Grevil: una lámpara de Aladino, exhalando humo que hacía oscilantes las letras gris plomo: "Magnus Films".

> "Señora viuda de Grevil:
>
> "Hoy jueves, a las veintidós horas, se reunirá el Consejo de Administración. La desaparición de nuestro gerente, delega en usted sus atribuciones. Con nuestras condolencias, suplicamos se digne asistir a la reunión que tendrá lugar en la sede social de los Estudios".

No había firma al pie. Seis recuadros oblongos, estampillados:

> "Vivían Tissiers, *Secretaria,*
> Michel Legars, *Director artístico,*
> Louis Peysson, *Tesorero,*
> Edwige Rodin, *Publicidad,*
> Gil Belmont,
> Romain Gervais".

⋆ ⋆ ⋆

Una carretera privada, derivando de la Nacional Este, a dos kilómetros de la Porte d'Orleans, pasaba por entre prados y solares, hasta llegar al extenso espacio cercado.

Un letrero luminoso anunciaba en la monumental arcada, el acceso a los "Studios Magnus Films, S. A.". Desde la caseta lateral, un guardián elevaba la barrera mecánica al identificar a los que iban llegando. El "403" de Louis Peysson. El "Dauphine" de Vivian Tissiers. El "Dyna" de Romain Gervais. El "Cadillac" de Edwige Rodin, conducido por Gil Belmont. Y el "Simca", de Gerencia, conducido por la viuda Grevil.

Una serie de hangares en compactas hileras tenía en su centro un edificio de dos plantas. En la inferior, se hallaba la recepción, oficinas y restaurante-snack.

En el piso alto, los despachos de los directivos comunicando con la gran sala donde se reunía dos veces por semana el Consejo.

En esta sala, habitualmente sede de discusiones amenizadas con consumo de toda clase de bebidas, los reunidos en aquella noche del jueves, procuraban adoptar un aspecto de circunstancias.

Impuesto superficialmente por la ausencia definitiva del principal accionista y gerente, Paul Grevil.

Vivian Tissiers había efectuado brevemente las presentaciones. Contemplaba disimuladamente a Claudia Grevil.

Al otro lado de la mesa, Gil Belmont susurraba al oído de Edwige Rodin:

—Un velatorio sin fiambre es soso como una cena fría sin caviar.

La veterana actriz fingía absorberse en la lectura de "Fashions".

En una esquina, Romain Gervais anotaba críticas al margen de fotografías de decorados.

Louis Peyson paseaba lentamente, inclinada la cabeza. Su blanca barba y la pulida calvicie le conferían un aspecto venerable.

Deteniéndose de pronto, comentó secamente:

—Me desagrada la falta de puntualidad. Legars nos convocó para las diez en punto. Debería tener más cortesía y no hacernos esperar.

—No se acalore, patriarca —recomendó Belmont. Su rostro achatado, expresaba íntima diversión—. Michel es un concienzudo fabricante del "clímax". ¿No ha oído el rugido del "Porsche"? Está al llegar.

Claudia Grevil conocía de oídas a los allí reunidos. Paul había trazado de todos ellos, lo que calificaba de "croquis crueles".

Escribiéndolos al dorso de fotografías.

"Vivían Tissiers, rica viuda heredera de las acciones Tissiers. Es austera y anacrónica. Representa en la Sociedad la sensatez y el sentido práctico. Peligrosa como todas las aguas mansas cuando se desbordan. Fea y mustia, por falta de atención masculina".

La puerta se abrió y Michel Legars, el director de cine, entró en silencio. Se dirigió rectamente a la cabecera de la larga mesa.

Llevaba anchas gafas solares. Recubría su cráneo afeitado con un gorro de astrakán. Una larga chaqueta de ante, un fular de seda negra, un pantalón azul de pana, una camisa dorada y unas botas de piel de lagarto, completaban su atavío.

Tras su fotografía había escrito Grevil:

"Se imagina un Yuy Brinner, en el papel de cínico hastiado, porque divorciado tres veces, convirtió a sus esposas en escandalosas estrellas. Inteligente en grado superlativo, es un director original, para minorías. Le inspiro un gran rencor, porque le convencí para dirigir "Harpías Ilustres", comercialmente, con concesiones" a la masa".

Michel Legars, sin descubrirse, inclinó la cabeza hacia Claudia Grevil:

—Mis condolencias, señora. No son sinceras, aunque tardías. Prescindo

de los convencionalismos en atención al rabioso deseo de ser sinceros de vez en cuando. Esta noche, hemos de procurar hablar con impacto de realistas. La vacante gerencial no ha de entorpecer la excelente marcha de nuestra asociación. Por el contrario, puede significar la liberación de un pesado fardo.

—Bravo, bravo —y Gil Belmont simuló aplaudir con las yemas de los dedos.

—Rebuznarás a tú debido tiempo, Gil. Ahora soy yo el que estoy en uso de la palabra. La señora Grevil ha pasado a ser la dueña provisional del treinta y cinco por ciento de las acciones "Magnus". Tan pronto el notario le haga cesión legal de lo testado por Paul, tiene voz y voto. Me informó y supe que es usted la heredera. Mis plácemes, señora. Ha sido usted señalada por la varita codiciable de las diosas más apreciadas: independencia y fortuna.

Claudia se había impuesto una disciplina. No demostrar asombro ni irritación. Y contestar escuetamente, cuando tuviese que hacerlo. Prefirió guardar silencio.

—Te sugiero una respetuosa adopción de la cortesía elemental, Michel —intervino Louis Peysson—. No es galante abrumar a la señora Grevil con tus intemperancias.

"Louis Peysson, académico, honorable tartufo, paladín de la virtud ajena, no mataría a su peor enemigo, salvo si encontrarse un ejecutor sordomudo y analfabeto. Lo contrataría, antes de asistir al entierro con llorosa unción".

Gil Belmont dilató la ancha boca en mueca burlona:

—Aquí no estamos en el aerópago de los seniles laureados, Peysson. Si Michel nos ha convocado es con un propósito bien definido. Estamos rodando sin cámara, una escena peliaguda. El finado Paul nos resultaba plúmbeo y gravoso. Es conveniente que su viuda lo sepa. La inmensa mayoría de los aquí reunidos, experimentamos un gran alivio cuando leímos que la viuda de Paul había sido detenida. Nuestra decepción nos está bien merecida por confiar en la inteligencia de la policía, echando en olvido que una aspirante a enviudar sabría forjarse la mejor de las coartadas. He dicho.

"Gil Belmont es el ideal "twist". Peo, con cara de mono triste y modales groseros, está en la etapa de crecimiento cerebral. Se las da de hombre rudo. Es un infeliz sentimental, dominado por Edwige".

Michel Legars, ante el silencio de Claudia, alzó los hombros, mirando a Belmont con la indulgencia de un superior ante las extravagancias de un discípulo travieso y mal educado.

—Piemos de ser parcos en nuestros enjuiciamientos, Gil. Tengamos en cuenta que Claudia se mantenía apartada de nuestra Sociedad, por buen gusto o por cortedad intelectual. Mi paquete de acciones, supera al de cada

uno de vosotros, salvo el heredado por Claudia. Esta superioridad financiera me faculta para llevar la voz cantante. ¿Quién se opone? El de siempre, no falla.

Romain Gervais mantenía en alto la mano. Dijo cansinamente:

—Me opongo, como siempre, porque no falla mi pupila.

Los párpados abotargados y las comisuras caídas de sus delgados labios, le daban aire de aburrido perpetuo. Se mesó la larga melena gris, añadiendo:

—Con toda vuestra supuesta agresividad, estáis dando muchos rodeos, muchachitos.

"Romain Gervais, cámara solicitadísimo, artista fracasado y resentido, reventando de amargura y soberbia, es excepcional en la toma de planos escalofriantes. Odia a la Humanidad y su placer favorito consiste en llevar siempre la contraria".

Gervais agregaba:

—Me fastidian tantos circunloquios. Concretamente, hemos venido para aclarar un solo punto. Claudia tiene que resolver un dilema: o, vende sus acciones al mejor postor, o se inicia en la imposible gerencia de un negocio cuya complejidad ignora por completo. Desconocemos el timbre de su voz, Claudia. Respete mis canas y hágame el honor de su respuesta al dilema.

—No puedo tomar una decisión sin estar debidamente asesorada.

—¿Por quién? —inquirió Gervais, secamente.

Claudia permanecía en silencio. Gil Belmont rio con aspereza:

—Yo, en su lugar, Claudia, vendería mis acciones con tal de no alternar con gente poco recomendable en honestidad, como los aquí presentes, excluyendo quizá a Vivian, por aquello de... "Ah, sí la juventud supiera y la vejez pudiera"...

—Excuse al mozuelo, Vivían. Necesita su ración diaria de papillas —y sonriente, Edwige Rodin aplicó un suave toque sobre los labios de Belmont con dos dedos—. Es poco halagador para mí lo que acabas de manifestar, cariño.

"Edwige Rodin, el Monstruo Sagrado, la Gran Dama del teatro francés. Empaque y majestuosidad. Puestos en hilera, sus amantes cubrirían la línea del Ecuador. Aviesa, malintencionada y ruin, es temible cuando odia, Odia con frecuencia. Domina a Belmont, a pesar de triplicarle en edad".

La exageración era evidente. Los no confesados cincuenta y cuatro años de la actriz duplicaban los del galán.

Maquillada sabiamente y sometida a regímenes costosos de rejuvenecimiento, la actriz empleaba un tono amable y superior:

—Tengo que admirarla, Claudia, si su actuación está destinada a crear nerviosismo en los impresionables.

—No pretendo actuar, señora, porque es un arte desconocido para mí. Yo ignoro el motivo del nerviosismo al que alude usted y no he venido con

ninguna táctica preconcebida, como no sea la de hablar lo menos posible. ¿Por qué ha de existir ningún nerviosismo?

—Paul ha sido asesinado, ¿o no lo recuerda ya? —especificó Legars—. La memoria de las viudas suela ser cortísima, pero tanto... Un poco de decoro, Claudia.

—Chunga fina la tuya, mancebo —aprobó Belmont—. Lo paso en grande, pero no dilates más el ataque directo, Michel.

—Descartada Claudia, se da el caso de que cualquiera de nosotros, descartando también a Vivían, puede ser eminentemente sospechoso de haber pasaportado a Paul, que en paz descansa sin habernos dejado en paz. La voz popular pregona nuestras constantes reyertas con Paul. Dejaban un poso de rencores. Y esta realidad nos lleva a otra: hubiésemos celebrado de todo corazón que Claudia fuese entregada, debidamente convicta, a la benevolencia de un tribunal.

—No haga caso —intervino Edwige Rodin—. Michel y Gil rivalizan en exhibir su categoría de filósofos embrionarios para los cuales nada es respetable. Ni siquiera el íntimo dolor pudoroso de una joven que estuvo a punto de ser víctima de un error judicial de no haber tenido la precaución de disponer de una firme coartada:

—Dime quién se beneficia y te diré quién es el autor —aseguró Belmont —. La monda es que, además de Claudia, también nos beneficiamos nosotros.

—Tu rebuzno es sesudo, Gil —comentó Legars—. Pero has de eliminar por el momento a Claudia en tu lista. Ella tiene el título de Bachillerato. Y si fuiste a la escuela, Gil, has de recordar la fábula de la gallina de los huevos de oro.

—Paul no era ave de corral. Pertenecía al género porcino, híbrido de raposo. ¿Fue o no a la escuela?

—Puerco, gallo o zorro, lo definible es que Paul halló un filón de oro. ¿Destruyó la mina? ¿Su ejecutor se llevó consigo la mina?

—Encuentro sumamente execrable este pugilato de supuesto ingenio que carece de solidez razonada —sentenció Louis Peysson—. Nos hallamos reunidos para resolver el porvenir de nuestra sociedad al quedar vacante la gerencia. Esta cuestión es la única en que debemos fijar nuestra atención y dejen sus epigramas para mejor lugar y ocasión. ¿No es cierto, Vivian?

Vivian Tissiers intervino por vez primera:

—Propongo que el acta que redactaré, haga constar simplemente que la señora Grevil nos comunicará su decisión en el plazo de una semana a partir de la fecha. Si dispone de asesoramiento y desea hacer uso del derecho que le concede la mayoría de acciones, ocupará la gerencia. Si desea evitarse muchos quebraderos de cabeza, pondrá a la venta sus acciones, al mejor postor de nosotros seis. Quien no esté conforme, que alce la mano.

Romain Gervais alzó la mano. Dijo:

—Pondré mi firma al acta, si agrega unas líneas, Vivían, haciendo constar que toda negociación sobre el futuro de esta sociedad, ha de quedar supeditada a un reconocimiento por escrito de Claudia Grevil. Ella declarará estar dispuesta a inutilizar ante los interesados y perjudicados, la discoteca criminal.

Tendió el índice, señalando a los que iba mencionando:

—Tú, Michel, y tú, Gil, sabéis perfectamente a lo que me refiero. Vivian, no. Peysson y Edwige siguen fingiendo ignorancia. ¿He de aclararle de qué se trata, Claudia?

—Es lógico que lo haga, si quiere que me entere —replicó ella, con leve temblor en la voz.

—¿Por qué no? Soy partidario de resolver de una vez por todas, este turbio asunto que...

—¡Son prematuras tus confidencias, Romain! —atajó Legars—. Cabe en lo posible, que realmente ignore Claudia a lo que te refieres. Cabe en lo posible, que sea de verdad, ajena a la muerte de Paul. En este caso, uno de nosotros posee ahora la discoteca privadísima de Paul. Claudia dispone de siete días para decidir lo que mejor le convenga. Y para ella, queda levantada esta sesión.

Poniéndose en pie, dijo Claudia:

—Para mí, cuanto sucede, es imprevisto. Necesitaré asesorarme. Buenas noches.

Su partida creó un largo silencio. Por fin, especificó Legars:

—El asesinato de Paul ha sido una solemne imbecilidad, si como supongo, es obra de uno de nosotros. Soy imparcial, ya que me incluyo, aunque sé que no suprimí a Paul. Eliminaremos a Vivian, porque no podía ser víctima de las indiscreciones que Romain, con su afición a lo macabro, ha intitulado discoteca criminal. Yo deseo fervientemente que sea Claudia la autora de la liquidación de Paul. Si no es ella, entonces la situación no ha variado. Uno de nosotros posee ahora la discoteca.

—O la encontró la jauría del cazador Duflair —sugirió Belmont.

—No. Si así fuera, ya nos habría visitado por segunda vez el inspector. Medita en la coartada de Claudia, Gil.

—Meditemos, hermanos —dijo Belmont levantándose—. Ahueco. ¿Nos vamos, dueña mía?

—Buenas noches a todos —deseó la actriz—. Que cada cual duerma de acuerdo con la elasticidad de su conciencia.

Vivian Tissiers, tras salir la pareja, comentó:

—¿Me quedo, Michel?

—Beso su mano, señora. Y hágame caso. Tómese mi receta.

—Imbécil —silabeó ella, abandonando la sala.

Rio Legars, satisfecho:

—En la menopausia femenina solo hay tónico curativo: fósforo masculino.

Louis Peysson miraba furibundo a Legars:

—¡No debiste hablar como lo has hecho! Claudia Grevil se ha ido con la impresión de que somos capaces de… actos incalificables. Y repetiré hasta la saciedad que no tengo la menor idea de lo que puede ser su discoteca criminal, Gervais.

Romain Gervais yendo hacia la puerta, replicó:

—Mía no; desgraciadamente. Paul era el propietario. Ahora, ¿quién es el usufructuario? Hasta luego, Michel.

Esperó Legars unos instantes y declaró:

—Su hipocresía es ya una máscara inservible, Peysson. Muerto Paul, subsiste la vivencia de su discoteca especial. Hallarla nos incumbe a nosotros exclusivamente.

Barbotó el académico, indignado:

—Si conceptuaste a Vivian ajena a todo, ¿por qué me consideras a mí sabedor de todo este turbio asunto incomprensible?

—Examínese la conciencia. Por una vez no le hará daño. Tome su vasito de leche con extracto de glándulas de marfil y añada una buena dosis de soporífero, si quiere dormir tranquilo. Buenas noches, venerable patriarca.

⋆ ⋆ ⋆

Claudia Grevil vio pasar el "Cadillac" conducido por Edwige Rodin y el "Dauphine" de Vivian Tissiers.

Su "Simca" fallaba, avanzando a ratos, deteniéndose a otros. Distaba doscientos metros de la cerca de los estudios, cuando el motor no obedeció ya a ninguna orden. Y se apagaron las luces del cuadrante y los faros. La oscuridad era completa en aquel paraje sombreado por los álamos en doble hilera. Alzando el capó, enfocó con su linterna el motor. Su ciencia mecánica era rudimentaria, pero halló pronto la avería.

Dos cables desconectados.

Nerviosamente buscó los correspondientes engarces de los sueltos remates.

Los minutos transcurrían y se acentuaba su naciente temor.

Aquella avería pudo ser accidental o provocada…

Conectados los cables, subió, maniobrando. El motor seguía paralizado. Bajando, decidió esperar el paso de otro coche. Había cinco aparcados, cuando ella abandonó los Estudios.

Agitó la mano al divisar los faros aproximándose. Oyó el ruido del frenazo. Los faros se apagaron.

Claudia Grevil dirigió el haz de su linterna hacia el hombre que descendía del coche parado.

Lanzó ella un grito agudo, de indominable terror.

El foco luminoso iluminaba el rostro de Paul Grevil.

Ojos en blanco, lívidas las gruesas facciones y dilatada la boca en horrenda mueca, Paul Grevil mostraba en la palma de la diestra unas tijeras.

La zurda avanzó rozando el cuello de Claudia Grevil. Una zurda helada y a la vez viscosa.

La linterna cayó al suelo, formando una aureola luminosa que enmarcaba el lento desplome de la desvanecida.

CAPÍTULO V

Charles Duflair se detuvo en la acera flanqueada por edificios con pátina de siglos, en el distrito universitario. Miró a lo alto del 153 de la calle Saint-Jacques.

Un alero pizarroso con dos gárgolas, sobre dos ventanas. Una, iluminada tenuemente.

El ático estaba dividido en dos apartamentos. El primero al desembocar la escalera, tenía un letrero:

YVES KERDUEL
Decorador

Otro letrero a un lado, especificaba: “Ausente”.

En la segunda sección del rellano, la puerta ostentaba una esfera de concéntricos anillos de colores. El central era blanco con letras azules:

PATRIO BRISAC
BRETON

Duflair pulsó el timbre y la puerta se abrió lentamente. En la minúscula antesala, se oía una tenue música, como el susurro blando del mar desflecándose en la playa.

Contempló Duflair el mural izquierdo: una concha de arena soleada, entre verdes pinos y la franja blanquiazul del mar.

Empujó con el tacón, y la puerta al cerrarse hizo cesar la música de órgano. Del techo colgaba una lámpara octogonal. Cada cristal era de distinto color. En su interior el gas ardía débilmente. El mural de la derecha reproducía una choza florida, con una pajarera.

Un pastor tocaba el caramillo sentado en tapiz de hierbas, entre perros y corderos.

La cortina azul frente a Duflair se abrid, y Patric Brisac, revistiendo una blusa de campesino bretón, pantalón pardo de pana y sandalias, invitó:

—Adelante y bienvenido, inspector. Le esperaba.

—Ah... Me esperaba. ¿Precisamente a las once de esta noche del viernes?

—A cualquier hora de cualquier noche.

Duflair detallaba la estancia en la que acababa de entrar. En una esquina, junto a la única ventana, había una mesita con una máquina de escribir. Ante ella, la pared estaba tapizada de reproducciones de los

girasoles de Van Gogh, las rosas de Renoir, los nenúfares de Dufy, las nebulosas de Gris, los tropicales frutos carnosos de Gauguin...

A la izquierda de la mesita, formando con ella una "T", otra mesa, grande, rebosaba de ficheros, cartulinas de colores, papeles, libros. Y tres pisapapeles: una calavera de marfil sobre un libro, un velero de bronce y un pollito de plumón amarillo sobre un resorte en espiral vertical.

Las paredes tenían paneles de variados colores. A la derecha, un diván-cama, en cuya cabecera, a cada lado, las estanterías contenían libros y discos. Un "Teppaz" ensartaba en su varilla central varios discos.

En el centro del techo, una lámpara giratoria desparramaba pinceladas multicolores en haz horizontal, como un faro.

—La puerta izquierda conduce a mí dormitorio. La otra a los sanitarios —aclaró Brisac.

No había ninguna silla. Salvo entre las dos mesas. Una seta metálica.

—Mis consultantes se relajan empleando el consabido sistema psiquiátrico. Tiéndase y confíe en mí.

Duflair se dispuso a gruñir una negativa, pero añadía Brisac:

—Usted no es un joven inquieto y rebelde, inconforme con el Destino. Su respetable madurez merece un asiento.

Brisac estiró en la pared multicolor lo que parecía un cajón. Era una banqueta acolchada. Duflair se sentó receloso, hasta comprobar la solidez y dijo:

—Repuesto ya de la contemplación de su domicilio, puntualizo que mi visita es amistosa, de simple curiosidad. Posee una biblioteca bien surtida. ¿Alguna, obra policíaca?

Sentado en la esquina de la amplia mesa, Brisac asintió:

—Los clásicos Allan Poe, Conan Doyle y los atormentados modernos: Simenon, Irish y Hadley Chase.

—Los que odian el delito y compadecen al delincuente. ¿No le gustó la moraleja de "Crimen y Castigo"?

—Dostoievski es excesivamente pesimista.

—Si no recuerdo mal, la lucha amistosa entre el polizonte y el estudiante, supuso el triunfo final del sabueso —afirmó Duflair, entornados los párpados.

—La tempestad bajo un cráneo juvenil produjo el triunfo del remordimiento sobre la vanidad petulante de la inexperiencia.

—¿Música clásica? —y tendió Duflair la barbilla hacia el tocadiscos.

—Para la disconformidad risueña, Trenet, Brassens y Aznavour. Y melodías calmantes.

—¿Existen?

—"El alma de los poetas", "Intermezzo", "La Strada", "Casablanca"... Sin despreciar la Pastoral y Debussy. Mi carrillón de entrada es su "Catedral Sumergida".

Tocó Duflair el panel a su lado. Dos filas de colores numerados.

—¿Otro de sus "test"?

—Escoja su preferido y el repelente.

—El tostado me cae bien. El gris, no.

—Tipología 7/3. Tenaz, lógico y positivo. Lento en dar por cierto lo evidente. Teme confiarse. Añadiré, de mi cosecha, que le resulto un fenómeno con grillos en la azotea —y tocándose la frente, rio Brisac regocijado.

Con un principio de irritación, rebatió Duflair:

—Estos supuestos aciertos de mi carácter, son trucos ingeniosos, Brisac. Usted es un buen observador y nada más. Déjese ya de colores y cuentos. Acabaría por convencerme y no vengo para conocerme a mí mismo, sino a tratar de conocerle a usted.

Brisac fue a sacar los discos de la varilla, ensartando dos microsurcos. Al descender la aguja, explicó:

—Oiremos, en sordina, "Apache" y "Sinfonía del Nuevo Mundo". El primero simboliza el cazador al acecho. Usted. La segunda es la sonoridad del estallido de la luz.

Duflair, resignado, escuchó los murmullos de "Apache", en su inicio. Dijo:

—Lo incomprensible es que no haya visitado a Claudia Grevil.

—¿Por qué había de hacerlo? Ella tiene la insustituible compañía de su hija.

—Ayer por la tarde, al quedar libre, ella internó a su chiquilla en el Kindergarten. Anoche abandonó el piso y no ha reaparecido en todo el día de hoy.

—Iría en busca de un sitio menos evocador de pequeñas miserias.

—No figura en ningún registro ni ha salido de Francia por los conductos normales. Como si se escondiese... Anoche, a las diez, estuvo reunida con los accionistas de la "Magnus". Gente muy conocida: el director Legars, el académico Peysson, la viuda Tissiers, el fotógrafo Gervais, la actriz Edwige Rodin y su "gigoló" Gil Belmont.

—Gil no es un "gigoló".

—¿Le conoce?

—Él y Michel me visitaron para proponerme la confección de un kaleidoscopio sonoro.

—¿Esto con qué se come?

—Círculos de colores en anillos evanescentes que, con la adecuada música de fondo, producen el "clímax" ambiental requerido. Lo deseaban para una secuencia representando la angustia mental de una mujer asediada por vampiros. Mi "kalson" lo rechazó Romain Gervais, el *cameraman*, alegando que no era suficientemente tétrico. ¿Qué entiende por "gigoló", inspector?

—Lo que todo el mundo normal… Un joven que finge compartir el ardor otoñal de una mujer madura.

—Peysson es un varón maduro que gusta de la fruta ácida que son las muchachitas. Gil es un muchacho que aprecia la sazonada madurez, maternal a instantes, de una mujer que fue bonita y que retuvo encanto.

—Examinado desde este punto de vista, tal vez… Abreviemos. ¿Desde cuándo no ve a Claudia?

—Desde las dos y pico de la madrugada del jueves.

—Posiblemente habrá dedicado momentos a construir una teoría sobre la personalidad "X" del caso Grevil.

—Por aquí tengo la tipología del asesino…

Esparció Brisac algunos cartones, hasta elegir uno.

El disco cesó en sus evoluciones, y el siguiente cayó en el platillo. Resonaron los instrumentos de viento de la orquesta Ray Braniff. Mitigados. Mostrando el cartón dividido en un tablero de diversos colores numerados, especificó Brisac:

—La personalidad "X" en la incógnita del caso Grevil, es introvertida, y responde a la tipificación cero-cuatro, siete-dos. Una mujer.

Los pardos ojillos del inspector se redujeron a rendijas brillantes.

—No puedo emitir mis dudas, sobre su rara ciencia, que le permite fichar a larga distancia y por control remoto, a una "X" que sigue siendo desconocida en mi comisaría. Ilustre mi ignorancia en los métodos deductivos de la nueva ola. Conste que no tengo prejuicios contra la juventud. Si es simpática, es lógico que arrolle y eche a la cuneta a los vejestorios anquilosados. Con cortesía, como usted. ¿Le preguntó a la mujer que mató a Grevil qué colores le eran más apetitosos?

—En la detección criminal, la nueva ola y la antigua escuela, emplean los mismos puntos de arranque, con distinta metodología. Las olas se reproducen cada treinta años. Su padre le decía a usted: "Chaval, en mis tiempos no éramos así, como tú". Tenía razón y usted también.

—¿Regresemos a nuestros corderos? Grevil y sus tijeras.

—En el círculo de relaciones del cadáver y eliminada la hipótesis de un vulgar robo con irrupción imprudente de la víctima, se comprueban las coartadas y se analizan los sistemas, huellas y oportunidades. Poco a poco, se esboza una figura, delatada por la herida mortal, el escenario, la hora, el informe forense, el arma…

—El arma no. Los estranguladores emplean medias de seda, y en mi último caso, la autora empleó una pipa y un calcetín. Plomo dentro del calcetín y una pipa rota como huella.

—La mujer que mató a Grevil sabía dónde estabais las tijeras propiedad de Claudia y sabía que Claudia estaba ausente.

—La criada, Gabrielle, sigue detenida.

—¿Móviles?

—Plausibles, ya que quería mucho a Claudia y no ignoraba que Grevil, amante oficial de la “starlett” Denise Foret, mortificaba constantemente a Claudia, con la amenaza de privarla de su hija, apenas se rebelase.

—La contradicción resalta y usted la expone solapadamente. Si el móvil en Gaby era su afecto por Claudia, no habría dejado señales que acusasen a Claudia.

—Empieza a imponerme algo parecido a respeto, Patrie. Emparedado entre colorines, musiquillas y faros, tiene la corrección de emplear conmigo un lenguaje de hombre maduro.

—Enseñanza de Le Goffic. Ladro con los perros, hablo infantilmente con Claudia, me chungueo con Gil y Michel, y con usted, me amoldo a su estilo. Es el mimetismo favorable a las confidencias. ¿Puedo llamarle Charles, inspector? Es señal de afecto.

—Llámeme como quiera. Si usted se hubiese dedicado a la carrera política, casi lograría derribar a mí tocayo, el general. ¿Por qué es una mujer la que hincó las tijeras en Grevil?

—Mi sistema no es ortodoxo. Me forjo una idea del temperamento del actor “X” por los indicios clásicos que rodean al muerto. Y en vez de dibujar un rostro, pinto los colores adecuados a su comportamiento antes y después de entrevistarse con el difunto. Que estaba muy vivo, claro, al entrar la mujer que le asesinó. Y ambos se conocían bastante.

—Claudia tiene coartada, ratificada por usted y Brunet. Denise Foret, la amante, dio una explicación, comprobada, de su empleo del tiempo a las dos de la madrugada del jueves. ¿Por qué Grevil estaba despierto?

—Ningún durmiente coge el despertador en sueños.

La herida seccionó ligamentos musculares que le impedían a Grevil tender el brazo derecho. Como estudiante de Medicina tengo libre acceso a la Morgue, en el turno correspondiente. Examiné el dictamen forense, igual que usted, Charles.

—Bien, bien... No jugaré más a lo normando. Tenemos fama de cazurros, dicen los bretones. Grevil estaba despierto. Recibió el tijeretazo al volverse en la cama, para mirar de cerca la hora y posiblemente querer decirle a la visita que se fuese, dada la hora. Tenía, pues, el convencimiento de que su visita no era capaz de agredirle. Hasta aquí, hemos llegado al mismo resultado. ¿Por qué, según sus colores, la visita era femenina?

—Por su actuación. Entró abriendo la puerta. Poseía una llave, duplicada o no, pero su entrada no sorprende a Grevil. No razono, sino que elucubro, Charles. Me concentro colocándome en la piel de “X”. He ido a discutir con Grevil, y no logro convencerle. Él me indica que desista y me vaya. Ella venía dispuesta a matar, puesto que había cogido unas tijeras pertenecientes a Claudia. Muerto Grevil, rompe un cristal desde dentro, que es lo que hubiera hecho Claudia. Un cúmulo de facetas que designan

una mente femenina, tortuosa. Le repele herir de frente. Es calculadora. No es pasional, sino frígida. Decepcionada en sus aspiraciones sentimentales, se aferra a la confortable seguridad material y social. Desea ser considerada respetable. Y procediendo yo a la inversa, reconstruyo a base de las numeraciones correspondientes a cada faceta de carácter, la personalidad de la mujer que asesinó.

—¿Qué colores prefiere?

—El gris oscuro, el marrón, el *beige.* Execra los optimistas: amarillo, azul y rojo claro. Los cortinajes en su casa serán de granate oscuro o marfileños. Su ropa interior blanca o de falsos matices de pudibunda: salmón preferentemente.

—Me dolería demostrarle que el asesino se afeita a diario.

Rio Brisac, acariciándose el collar piloso.

—Entonces, me salvo. Ninguna ciencia es infalible y todas tantean en busca del imposible absoluto.

Levantándose, afirmó Duflair:

—Si yo poseyese sus dones y su conjunto de gamas de colores, sentiría avidez por realizar “tests” en las mujeres que giran numerosas en torno a Grevil. No como detective aficionado, bien entendido, sino en comprobación de un método verdaderamente... desconocido hasta hoy. Tengo curiosidad por saber una cosa. Si hace averiguaciones y descubre algo, ¿me lo dirá o lo callará?

—Según la condición y circunstancias de la persona que decidió terminar con la existencia de Paul Grevil, le rogaré pase a visitarle o me abstendré de todo consejo.

—Esto es lo que me temía. Bien, lamentaría verle pasar una temporada entre rejas. Nosotros, a la abstención, la llamamos encubrimiento.

—Deformación profesional. No puedo encubrir a la mujer que no me molesto en buscar.

—Buenas noches, Patric.

Apenas cerró la puerta, Brisac, regresando a la sala, fue a abrir la de su dormitorio. Y adosado al dintel izquierdo, dijo:

—Mándame al cuerno primero, pero luego explícame por qué quisiste esconderte como una virtuosa doncella velando por su pública honra.

Gil Belmont se desperezó, tendido sobre la cama.

—Tu colchón es duro y huele a establo, mago Pat.

—Tomillo, romero y lavanda para desinfectarme... ¿Desde cuándo la llegada de un polizonte te inspira vehementes deseos de esconderte bajo la primera cama que tienes a tu alcance?

—Vives en el Limbo y te envidio. Yo no quise que Duflair me encontrase contigo, porque eres un grandísimo sospechoso, ya que le proporcionaste una estupenda coartada a Claudia. Y, por añadidura, como yo proclamé mis deseos de rebanarle la nuez a Grevil, también le caigo raro a Duflair.

—Pero tendrías una coartada a prueba de megatones.

—Edwige, Michel y Gervais estaban conmigo a la hora en que el malvado recibió su castigo de manos del “Hada Generosa”.

—¿Y qué diantres hacíais los cuatro juntos a las dos de la madrugada?

—No seas indiscreto, ¡caray! Lo malo es que te aprecio, porque en la azotea tienes un nido de gorriones, en vez de carcoma como los demás mortales. Edwige y Gervais discutían agriamente como siempre, para no perder la costumbre. Michel y yo, elegíamos las tomas que no necesitaban retoque. Edwige clamaba al cielo, acusando a Gervais de que enfocaba su Agripina de las “Harpías Ilustres” desde los ángulos prohibidos. Ya sabes.

Saltando en pie ágilmente, Belmont trazó una línea en torno a sus maxilares y junto a los ojos.

—La trágica papada y la temible pata de gallo, obsesión de las damas de edad indecible. Bueno, yo ahueco. Te ha visto ya demasiado por hoy.

—Un momento. ¿Cómo sabes que Grevil murió a manos femeninas?

—Tengo orejas, ¿no? Y me aburría aquí dentro. Quise enterarme de lo que divagabais tú y el “Sherlock Holmes” de pacotilla.

—Última pregunta. ¿Hace tiempo que no te han aplastado unos milímetros más tu nariz griega?

Gil Belmont simuló el braceo de un púgil boxeando su propia sombra, y a la vez pasó al estudio.

—Tan fausto suceso tuvo lugar hace siete noches, en que pellizqué a Brigitte Nichos, en la escena en que la patricia Marcia le brinda amor al gallardo Vittorio, que soy yo. Me dio un codazo, que no tenía nada de romano, en plena nariz. ¿No sabes que Brigitte se pone bizca cuando arrea? Salve, Patricius, me largo.

Pero Brisac demostró mayor agilidad. Llegó primero a la puerta, interceptándole el paso a Belmont, que bajó la cabeza, ceñudo.

—Desempeñas con gran naturalidad al tenerlo dispuesto a embestir, Gil. No impide que te des cuenta que metiste el remo conmigo.

—¿Ya no se puede bromear, bretón?

—Lo que insinuabas cuando llegó Duflair quedó en el aire. Solidifícalo.

—Por razones que sería prolijo enumerar, a Michel y a mí nos interesaba salir de dudas acerca de si Claudia se compró una buena coartada, montando contigo y Brunet, la secuencia del falso atraco. Dando así carta blanca a Claudia para visitar subrepticiamente su nidito conyugal, rajando en canal al molesto Grevil.

Cerró Brisac los párpados, crispando los maxilares. Belmont añadió presuroso:

—¡Mea culpa, mea culpa, fray Patric! Michel y ya somos dos malévolos cretinos. Confieso mi maldad y te pido misericordia por haber dudado de tu honorabilidad. Dame tu absolución y un beso en la testuz, Pat.

—La pega contigo es que, con tanto interpretar papeles de rufián,

adquieres una deformación personal. Es peligroso, Gil. Eres influenciable, y como ya no se estila demostrar que se es buena persona, te las das de lo que no eres. Deberías procurar vivir de acuerdo con tu ficha: dos-cero, cinco-siete, tres-seis.

—Es la monda. No acertaste ni un solo número de mi teléfono. ¿Sin rencor, brujo alelado? ¿Compinches? —y tendía Belmont la diestra.

Rio Brisac, estrechando la mano ofrecida:

—Compinches, lirio rudo.

Hacia las dos de la madrugada, susurró el mar envolviendo el templo sumergido con su organista.

Al cerrarse la puerta, cesó la sinfonía. La cortina azul ondeó y Claudia Grevil hizo una entrada espectacular.

Algo tambaleante el paso, desgreñado el negro cabello y desgarrado el escote de su vestido estampado, vino a inmovilizarse bajo la lámpara giratoria.

Colocada una mano en la cadera y la otra, en alto, sosteniendo un cigarrillo, exhibía una enigmática sonrisa y un brillo febril en los ojos intensamente dilatados.

Anunció con volubilidad:

—Acabo de matar a Vivian Tissiers.

CAPÍTULO VI

Patric Brisac cerró el texto de Rorschach en cuyos márgenes escribía anotaciones. Levantándose, se aproximó a la visitante, que exhalaba un, penetrante olor a *whisky*.

—Apestas a jugo de centeno escocés, Claudia.

—Grandes cantidades de “Vat 69”. Y tal como me ves, no te lo puedes figurar, pero lo que me pasa es horripilante.

—Se califica de intoxicación etílica, pero para mayor comprensión mutua, digamos que estás borrachita perdida, Claudia.

—¿Tanto se me nota? —y rio ella agudamente.

Sus ojos destellaban en vidriosa fijeza de hipnotizada. Alisándose el ancho desgarrón, afirmó solemnemente:

—En mi atroz solitud, la depresión me agobia. He decidido aventar mis inhibiciones y soltar las cadenas del convencionalismo.

—De momento, te soltaste el pelo. Un sujeta-greñas no te vendría mal. Una cinta. ¿Qué más síntomas percibes, Claudia?

—He venido porque necesitaba verte antes de morir. Por el camino, tuve que vencer la atracción del Sena. No sé por qué, decidí que antes de tomar una decisión definitiva, tenía que verte. ¡Abajo los complejos vergonzosos! Quiero seducirte, barbudo misterioso. Tus ojos poseen un sortilegio y no sé por qué, pero la verdad es que me siento fogosa.

Avanzó ella dos pasos, como una sonámbula. Su cuerpo se adhirió torpemente al de Brisac, que le quitó el cigarrillo de los dedos. Musitó ella, alzando el rostro:

—Bésame.

—Tu transformación es graciosa. La violeta bañada en pimienta. Anda, ven a sentarte.

La enlazó por el breve talle, con las dos manos. Levantándola, la llevó hacia el sofá. Ella intentaba aplicar su boca en los labios masculinos. Sonriente, Brisac la encajó sentada, y apoyó sus manos en los hombros, para impedir, el segundo intento besucón.

—Quieta, chucha.

—¿Chucha? Yo soy Claudia, Claudina, Dina, Dinette... Bueno, si te empeñas, soy tu Chucha.

Brisac, olfateando el humo del cigarrillo fue a apagarlo en un platillo en cuya agua se bañaba el tallo de un clavel.

—¿Desde cuándo tomas marihuana, Claudia?

Cruzadas las piernas, trataba ella de adoptar una postura provocativa. Vio de pronto el “Teppaz” abierto y dijo:

—Discoteca criminal, eso es. ¿Dónde escondiste las grabaciones, Claudia? Venga a preguntar lo mismo el vampiro, mientras Paul esperaba. Todo empezó anoche.

Brisac pasó la palma ante las pupilas. Ella no pestañeó, Rígidos los párpados y fija en los labios una sonrisa trémula.

—¿Por qué me coges la muñeca, barbitas?

—Te tomo el pulso, para dármelas de médico infalible. Deja tranquila mi barba o me meto yo con tus greñas. Cuéntame tus sensacionales y nuevas emociones.

—Todo tan idiota, tan grotesco, y tan espeluznante, que nadie me creerá. Por esto vine a verte, porque a ti nada te asombra. Todo empezó anoche, al salir yo de los “Estudios Magnus”.

—Son las dos y cuarto, de la madrugada del sábado, muchacha. ¿Cuándo fuiste a los Estudios?

—El jueves a las diez para conocer en persona, en carne y hueso, a los socios de Paul. Unos tipos de película. Me asestaban ojeadas rencorosas y se divertían demostrándome que eran mentalidades extraordinarias, salvo el venerable calvo y la tiesa Vivian. También es mala suerte que me diera por matarla a la pobre. No se había metido conmigo. ¿Qué haces, hombre?

Brisac aplicaba la llamita de su encendedor al alcohol de un estuche metálico. Agitó, juntas, dos ampollas.

—Rezumas *whisky* y marihuana por todos tus poros, Claudia.

—Llámame Chucha, que me gusta más. Con tal de olvidar al vampiro transijo con ser tu Chucha. No sé por qué, pero te tengo cariño. Será imposible, pero es así. Estoy enamorada de tus ojazos. Me dan una tranquilidad bárbara. Lo menos que puedes hacer es explicarme qué manejos te traes.

—Mezclo dos productos químicos de ataque a la melancolía posterior, excesos voluntarios o forzados. El líquido perla es “Distovagal” y quita las pesadillas. El ambarino responde al bello nombre de “Ansiowas” y elimina la inquietud. Dormirás apaciblemente.

—Ojalá… Y si despierto, vuelve a convertirme en durmiente. Soy un caso imperdonable. Pude ir a matar a Michel a Gil, o a la jamona, pero no… Me dio por clavarle las tijeras a Vivian. No hay derecho.

Se aproximaba Brisac sosteniendo en alto la jeringa. Frotó con el húmedo algodón la cara externa del brazo izquierdo.

—¿Dónde está Vivian?

Hincó la aguja.

—¡Huy, caramba! No pinches, hombre. Yo pinchaste. Somos sádicos o masoquistas, decía Paul. Me tocó ser la que paga el pato. Vivian se quedó allá en la torre. ¿Qué me estás repartiendo por las venas, hombre?

Pulsaba Brisac lentamente el émbolo inyectando los dos antitóxicos calmantes.

—Antiespasmódico y estabilizador. Sigues sin enterarte ni falta que te hace. ¿Cuál es la dirección de Vivian?

—Si me llamas Chucha te llamo Pat.

Taponó Brisac con el algodón.

—¿Cuál es la dirección de Vivian? Dímela pronto, Chucha.

—Diecinueve, calle Víctor Hugo; diecinueve, calle Víctor Hugo… Cinturón verde, al Este, barrio Bouganvilles. Repite, Claudia, repite, menina… —canturreó ella.

De pronto cesó la rigidez de párpados y cerró ella los ojos, sintiéndose fatigada. Deliciosamente cansada.

Se tendió de costado, murmurando:

—Paul, tiene en su ataúd, cuchicheaba con el vampiro que olía a macho cabrío y fumaba, fumaba, echándome humo a la cara. Y Paul, muy quieto, me clavaba, los blancos ojos asquerosos. Cuchicheaban. Y el vampiro vino a silbar en mi oreja: "Diecinueve, Víctor Hugo, Bouganvilles". No sé cómo, pero fui allá y maté a Vivían. La primera noche, me pareció poco habladora de por sí. Se quedó ahora muy quieta. Daba pena. Salí escapada, Llegando al Pont Saint-Michel, el Sena me atraía con bisbiseos cariñosos. Era la mejor solución, puesta que no sé nadar. Pero el "Simca" vino directo a tu zaguán, Patric. Dame la mano, Patric.

Tanteaba ella sobre el cobertor. Brisac la enlazó por debajo los hombros y piernas. La transportó al dormitorio, tendiéndola en la piel lanuda que recubría el colchón entre cuyos muelles elásticos, se prensaban hierbas aromáticas.

La respiración de Claudia Grevil fue normalizándose y el sueño distendió sus facciones.

⋆ ⋆ ⋆

La zona residencial distaba apenas un kilómetro al este del cinturón urbano. La plaza central irradiaba en calles de doble arboleda tupida. "La quietud de la campiña a las puertas de París", pregonaba un cartel. Ahorquillando su "Harley 66", Patric Brisac contempló el plano luminoso. Caminaba, aspiraba la fragancia de las flores trepadoras que tapizaban los muros a cada lado de la calle Víctor Hugo.

Aquel arrabal poseía una provinciana quietud nocturna. Las torres y chalets, tenían en común, el césped y el garaje: "Espacio verde y aislamiento al alcance de su vehículo", prometía la propaganda.

La verja del número 19 estaba abierta. Y también la puerta corrediza del garaje. En su interior, resultaba más plomizo el gris oscuro del "Dauphine".

A un lado, en el interior del garaje, tres peldaños dabas acceso a un corto pasillo comunicante con la torre. Sin luz alguna. Pero al desembocar en el corredor central, divisó Brisac un resplandor rojizo, al fondo.

Una pantalla granate, esquinada, hacía más denso el granate oscuro de los cortinajes.

Se detuvo en el umbral de la sala. Una mesa despacho, estanterías, una biblioteca. Un tresillo de terciopelo gris.

En un sillón, Vivian Tissiers se sentaba en postura de total desmadejamiento. Con un abandono que nunca tuvo en vida.

Calzaba chinelas *beige* y un batín acolchado, color salmón. Apoyada la nuca en el respaldo, como una, durmiente agotada. Pero sus ojos abiertos, ostentaban urna inexpresividad absoluta.

La solapa izquierda del batín, apartada hacia el hombro, mostraba la blanca tirilla de la combinación. Eli blanco encaje cubriendo a medias el flácido seno, se amazacotaba en manchas parduzcas, de sangre coagulándose.

Entre ellas, sobresalían dos aros metálicos, ovalados. Pertenecían a unas tijeras hincadas en el corazón de la viuda Tissiers.

Se inclinó Brisac para examinar el trozo de tela que estrujaba la crispada diestra muerta. Un tejido estampado, de bordes irregulares y deshilachados. Un retal que formó parte del vestido de Claudia.

No había latido alguno en la carótida de Vivian Tissiers, pero la piel poseía aún cierta tibieza.

Recorriendo las habitaciones, comprobó Brisac que demostraban un concienzudo registro y una absoluta despreocupación por el provocado desorden. Colocándose las manoplas de motorista, se aproximó al teléfono. Lo descolgó, dándole impulso.

El aparato fue oscilando con lento movimiento pendular, mientras Brisac abandonaba el último domicilio de la viuda Tissiers.

El campanario de Sainte-Genevieve desgranaba los toques horarios señalando las cuatro de la madrugada, cuando Brisac, tendido en el sofá, situó la aguja del despertador en las once.

Los dos sedantes le producirían a Claudia un sueño reparador de unas diez horas.

Al mediodía del sábado, Claudia Grevil se removió voluptuosamente, con la sensación de haber dormido años, renaciendo a la vida con agradable euforia de plenitud saludable.

De pronto, se sentó, parpadeando asombrada. Mirando la manta esponjosa que cubría a medias su arrugado vestido.

—Excuse la señora el servicio. ¡No, no! Si te pones a chillar y armar alboroto, te arreo un par de castañas. Sigue siendo el antibiótico infalible para las rabietas y arrechuchos histéricos.

Boquiabierta, contemplaba ella al que colocaba a un lado de la cama, una mesita, señalando lo que estaba encima:

—Termos de café-crema, taza adecuada, galletas y confitura de fresa. El sobre contiene dos comprimidos de “Ecuanil”. Tienes mucho que contarme

y no sabes por dónde empezar. Empezarás por lo natural. A tu derecha, el cuarto de aseo. A tu izquierda, el desayuno. Buenos días, Claudia.

—¡Pero... yo...!

La claridad azul influía afectuosamente en los negros ojos.

—Buenos... días, Patric.

—Luce un espléndido sol y estamos a sábado dieciocho, exactamente las doce y ocho minutos. Cuando hayas coordinado tu aseo, tu estómago y el revoltijo de tus recuerdos, acudiré.

Con expresión de sonámbula pasmada, Claudia Grevil vio salir al barbudo calmoso. Era inexplicable aquel don apaciguador. Como un hechizo.

Pasando al cuarto de baño, estaba convencida de que observada por aquella claridad azul, podría contar lo más increíble.

A los pocos minutos, terminando de desayunar, la apremiaba un intenso deseo de hablar. Se sujetó el desgarrado escote, tirando hacia arriba.

Sentada al borde de la cama, miró, intrigada, al que entrando se aproximó tendiendo un imperdible. Lo cogió ella, murmurando:

—No sé qué decir ni cómo, para que suene coherente. Lo peor es que siempre te causo complicaciones.

Atrajo Brisac un taburete, sentándose ante ella.

—Charla sin esforzarte por buscarle sentido a lo que expliques.

—Me temo que me comporté como una estúpida, cuando llegué. Venía mareada, ¿sabes? Claro que tú te diste cuenta. Pero así, a las dos de la madrugada, venir de pronto a visitarte...

—¿Cómo recuerdas tan exactamente la hora?

—Exactamente, no. Pero al bajar del coche, oí el carillón de Sainte-Genevieve marcando cuartos de hora, y estaba la esfera luminosa del Panteón. Eso es. Las dos menos cuarto.

—El jueves, cuando nos vimos, lucías un lindo reloj “Omega”.

Mirándose la muñeca desnuda, asintió ella:

—Pues lo debí perder...

—Sin prisas ni pausas, recompondremos el caso que nos ocupa, aunque sea de modo poco ortodoxo, mi joven señora Grevil.

Sonrió ella. Brisac había entornado los párpados y su voz había sonado áspera. Imitaba la taimada expresión del inspector Duflair.

—Es... incomprensible. Debería estar horrorizada, y no puedo...

—Lo último que se supo de tus andanzas, es que antes de las once de la noche del jueves, abandonaste los “Estudios Magnus”. Vete haciendo memoria y adelante con tu relato.

—Me creerás una trastornada o una embustera con mucha imaginación.

—Es precisamente lo que desea alguien. Conmigo tienes la ventaja de que soy un detective de la nueva ola, y no un sensato policía escamado. Esta madrugada, al llegar, dijiste que todo empezó al salir de los

"Estudios".

—Pues, sí. El "Simca"... ¡Dejé el coche abajo, Patric! La policía lo encontrará y te... van a molestar.

—Transporté tu coche al aparcamiento de la Plaza Luxemburgo. Saliste de los Estudios y...

—El coche se averió y no pude repararlo. Estoy ahora segura de que desconectaron alguna pieza. Aguardé a que viniera algún coche. Unos faros se apagaron y bajé un hombre. El que bajó era... era Paul.

Acechó ella, temerosa, en espera de la risa burlona. Seriamente, rectificó Brisac:

—Bajó un individuo que te pareció ser Paul.

—¡Era él! Te juro... Bueno, todo es horriblemente grotesco desde el principio al final. Como una pesadilla con esperpentos, pero estaba despierta. Paul me enseñó unas tijeras y avanzó la mano tocándome el cuello. El escalofrío lo siento aún...

—Dime la calle en que vistes a Paul.

—Era la carretera particular que conduce a los Estudios.

—Los ojos de Paul serían mortecinos, claro.

—Blancos, totalmente blancos.

—Hablaría con voz sepulcral.

—No dijo ni una sola palabra. Tenía siempre la boca abierta, como un muerto al que no le han sujetado la mandíbula inferior. Y así estuvo todo el tiempo... en pie, en el ataúd.

Se cubrió ella el rostro con las manos, añadiendo sofocadamente:

—Puedes reírte, si quieres. Patric.

—Lo que quiero es que relates por el orden cronológico. Apareció Paul y recibiste un susto mayúsculo... ¿Gritaste o echaste a correr?

—Me desmayé.

—Gomo era tu deber. Cuando recobraste el sentido fuiste viendo...

Apartó ella las manos del semblante.

—Un cuarto casi a oscuras. En una esquina, un candelabro de tres bujías de cera amarilla. El cuarto era pequeño y caluroso. En la otra esquina vi a Paul. Dentro de un ataúd en pie contra la pared, cruzadas las manos sobre el pecho. Sentí un aliento tibio en mi mejilla. A mi lado, había alguien. Vi un punto rojo trazando un semiarco, arriba y abajo y abajo y arriba. Miré, y a mí lado estaba...

Tragó ella saliva, antes de añadir:

—Un vampiro...

—Que te echaba su fétido aliento.

—Me soplaba el humo de un cigarrillo. El punto rojo era el extremo encendido. Y fumaba como un principiante. Sin tragar el humo. Me lo soplaba al rostro.

—¿Por qué no intentaste un galope veloz, muchacha?

—No podía. Una cuerda me rodeaba brazos y piernas, sujetándome contra la pared. Además... volví a desmayarme. Y después, otra vez el vampiro a mí lado, soplando humo.

—Haría muecas feas, claro.

—Mucho peor, Patric. No movía ni un músculo facial. Una piel verdosa, que daba asco.

—¿Un tipo altísimo?

—Todo se veía borroso y no puedo decirte qué estatura exacta podía tener. A ratos, me parecía descomunal, y, en cambio, otras veces se empequeñecía, desaparecía, difuminándose... o sería que yo no estaba en condiciones de ver muy bien.

—Los vampiros suelen tener el cráneo puntiagudo.

—Este tenía unos cabellos lacios como panocha amarilla.

—¿Ojos de brasa?

—Eran opacos. Sin color, pero no blancos. Dos puntos pequeños, opacos.

—La cara sería de miedo.

—¡Oh, sí! Muy larga, inmóvil, con una nariz afilada y transparente. La boca era delgadísima, de color azulado, y los dientes... Bueno, dientes no tenía. Colmillos. Solamente dos, uno a cada extremo de la boca. Daba asco verlo.

—Te daría fiebre estar allí atada en un cuarto pequeño y caluroso.

—Lo que sí estoy segura es de que me pasé mucho tiempo entre desmayos y gritos, hasta que me encontré rarísima. Tenía mucha sed y me habían soltado un brazo. En la mano sostenía un frasco y bebía sin parar, mientras el vampiro, muy quieto a mí lado, me soplaba humo.

—Y delante tuyo, casi encima tuyo, el ataúd con Paul hablándote.

—No dijo una sola palabra. Estaba a una distancia de unos cuatro pasos. Tieso, con la boca horriblemente abierta.

—Oirías alguna música tristona.

—A ratos, silbidos agudos que decrecían y volvían a perforar. Yo procuro explicártelo lo mejor que puedo, porque necesito que me creas, Patric.

—Yo creí en ti desde un principio. El vampiro fumador vestiría una larga capa negra.

—¿Cómo lo puedes adivinar?

—Es el mejor sistema para disimular la verdadera corpulencia y estatura. Y en todas las leyendas, un vampiro que sea respetuoso con las normas de su gremio, lleva capa y se encasquilla colmillos. ¿Qué efecto te producía el humo?

—Espantoso. A ratos me daba por reír a carcajadas, figúrate.

—La marihuana es hilarante con tristes intermitencias. ¿Cómo vestía Paul?

—Traja negro, camisa blanca y corbata de lazo.

—¿Te inspira confianza el inspector Duflair?

Sonrió ella débilmente:

—Yo soy la que no le inspiro confianza. Pero no te quedará más remedio que llevarme a su despacho. Te... encerrarán, si tardo en ir.

—Me referí al inspector, porque antes de ponerte en libertad, debió encargar que cumplieras con la rutina de identificación del cadáver.

—Sí. Bajó a una sala y allí estaba Paul.

—Cuando la policía da por muerto a un muerto, nunca resucita.

—La catalepsia...

—Toda posible catalepsia quedó cortada por las tijeras, Claudia.

—¿Y si el vampiro lo sacó de su tumba?... Ya no sé ni lo que me digo. Pero lo pensé todo el tiempo.

—Tu vampiro, modelo sesenta y tres, soplando marihuana y surtiéndote de *whisky*, hablaría con voz temblorosa y chirriante.

—Aproximaba los colmillos a mí oído y su voz era silbante. Casi siempre venía a decir lo mismo: “¿Dónde escondiste las grabaciones, Claudia? Paul no podrá reposar eternamente, hasta no llevarse consigo la discoteca criminal”. Regresaba al ataúd, y cuchicheaba. Después aplicaba el perfil sobre la boca abierta.

—¿Y así, horas y horas?

—No puedo saber cuánto tiempo duró, porque sentía unas tremendas flojeras en que no me daba cuenta de nada y me entraban sacudidas que eran horribles, porque me despertaba. No veía al vampiro. Solamente a Paul, allí, inmóvil, en la caja... Lo que estoy muy segura, Patric, es que si no me volví loca entonces, ya es imposible.

—El remedio era sencillo. Bastaba con que le dijeses al vampiro dónde tenías los discos que te pedía.

—Pero, ¡si no lo sé! Yo chillaba repitiéndole que no sabía nada de grabaciones ni criminales. Lo único que podía decirle es lo que Paul me reveló hace unas noches, volviendo más bebido que de costumbre. Dijo que si yo me quedaba viuda, sería por poco tiempo, y que procurase agudizar el ingenio para encontrar una agenda reveladora. Pero ni he encontrado la agenda, ni sé nada de nada. También le expliqué al vampiro que Paul afirmó que si yo iba a la policía al descubrir la agenda, el escándalo recaería en Nanette... Si no fuera por Nanette, yo, esta madrugada, me habría arrojado al Sena. Sí, como una modistilla... antes que lo digas.

—No sabes nadar y eres sensata. No le ibas a hacer esta canallada a la cría. Es muy bonito eso de arreglar los problemas, hinchándose con sucias aguas de río. Que lo haga una muchacha soltera, sin nadie en quien confiar, conformes todavía. Pero, además de tu cría, cuentas con mi ayuda. Y no dudes que pronto le meto yo mano a tu vampiro fumador.

—Bueno, ahora, con la luz del sol y contigo, ya me siento distinta. Ya sé que el vampiro era un hombre disfrazado.

—¿Cuándo quedaste libre?

—No lo sé con exactitud. Una de las veces, el vampiro entró...

—¿Por una puerta o volando?

—Debía ser una cortina negra sobre un cuarto a oscuras. El caso es que se acercó, como siempre. No de frente, sino por un lado. Y me repitió como una cantinela que fuese al diecinueve de la calle Víctor Hugo, en el arrabal Este, barrio Bouganvilles. Y era repugnante oírle: “Repite, monina, repite”. Ya no recuerdo nada más de aquel cuartucho con el candelabro y el ataúd.

—Vamos entonces a lo primero que recuerdas.

—Otra sala, amplia y fresca. Con una mesa despacha. Vivian Tissiers, sentada en un sillón, con unas tijeras clavadas en el pecho. Yo estaba a su lado, sentada en la alfombra. Me puse en pie y salí corriendo, entrando en un garaje. Allí encontré el “Simca” y conduje a toda marcha, sin rumbo, hasta que de pronto pensé en ti. Y me entró una sensación de tranquilidad, de demasiada tranquilidad, porque era descaro.

Bajando la cabeza, y después de una pausa, añadió:

—Lo recuerdo perfectamente, porque subiendo las escaleras, me dije que podría morir... pero antes necesitaba que me besases. Llamé al timbre y la puerta se abrió, con una música dulce. En el bolsillo del vestido tenía unos cigarrillos. Encendí uno... y estaba decidida a... conquistarte. No sé por qué.

—Marihuana y *whisky* en combinado demoledor, Claudia.

—Dijiste que estaba borracha y me llamaste Chucha.

—Como a las perritas cariñosas que cuando pierde la vergüenza, le saltan a uno encima, pidiendo caricias. No son consentidas pequinesas, sino chuchas abandonadas, sin dueño, ansiosas de afecto. ¿Te molestó que te llamase así?

—Pues verás... Si fuese otro el que me llamase así, le daría un tortazo. Pero contigo, desde un principio, no sé lo que me pasó... Escucha, Patric, pareces no dar la menor importancia a la atrocidad que supone que yo pudiera matar a Vivian Tissiers. Porque trastornada Como estaba, yo pude... ¿verdad?

—A Vivian la mató tu vampiro, muchacha. Ni sabías dónde vivía ella. Te llevó allá, logrando lo que se proponía. A la hora en que moría Vivian, ¿qué hacías tú?

—Yo que sé... —musitó ella acongojada.

—Exactamente lo que tu vampiro quiso. No que te detuvieran junto al cuerpo de Vivian, sino que no pudieras explicar razonablemente tus pasos. Su primera intención no era matar a Vivian, sino obtener unas grabaciones cuyo paradero ignoras. Después, por un conducto que ya sabré, debió enterarse de la posibilidad de que fuese Vivian la que mató a Paul, y

necesitaba saber si era ella la que tenía las grabaciones. Algo que dijo Vivian, significó su muerte. ¿Qué coartada tienes? Paul en un ataúd, y un vampiro fumando.

—Yo no sé qué hacer. Lo normal es que me presente al inspector Duflair y le cuente... Yo preferiría quedarme aquí, pero te comprometo.

—Soy soltero, mientras la providencia no hubiese determinado otra cosa.

—Eso dijiste cuando nos conocimos, pero... distinto; “Mientras la providencia no determine otra cosa”.

—Ya determinó. Y ahora, para evitar la posibilidad de que vengan a buscarte aquí, te mudas.

—¿Y dónde voy, dónde?

—Pared de por medio conmigo. Seremos vecinos. El bretón de al lado, se ausentó hasta fines de mes. Siempre me deja la llave de su leonera.

—¿Y si alguien llama?

—Que lea el letrero. El único que abrirá y cerrará tu puerta, soy yo.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Ir a por las provisiones. Sabes cocinar, claro.

—Claro —sonrió ella. Por un instante—. Si la policía averigua que me escondiste, te complico la existencia, Patric.

—Al punto en que estamos, la complicación es absoluta. Ya estás iluminando mi solitud que ni era atroz ni depresiva. Estos adjetivos los enjaretaste esta madrugada en tu segunda aparición.

—Ya no estoy sola ni deprimida. Me hubiera gustado tanto conocerte antes...

—Eres viuda y dueña de tu persona.

—¿Con Duflair buscándome?

—Sigues siendo libre. Entre Duflair y yo agarraremos al vampiro.

Asintió ella, convencida de pronto. Preguntó:

—¿Comeremos juntos?

—A las tres en punto.

—Ven antes. Tengo que cocinar... Es incomprensible... Si tú estás seguro que no maté a la pobre Vivian, es que es así. Me agradaría que supieses que yo solamente quise a Paul, hasta que me obligó a aborrecerle. No le devolví la misma moneda, en desquite, como otras esposas. La verdad es que lo pensé, pero ningún hombre me atraía. Y además, estaba Nanette de por medio. Pero si te llego a conocer antes, no sé...

—Tú y yo nos vamos a querer mucho, Chucha. Tan seguro como que pronto vas a salir de paseo tranquilamente conmigo. Cambiaré mi moto por un “Citró” hoy mismo. Iremos recto a buscar a Nanette. No te preocupes, porque los críos, los perros y yo, nos entendemos al primer vistazo.

Crispó ella, el rostro, sonriendo, mientras lloraba silenciosamente.

La alzó él en brazos.

—Tus labios tienen ahora aroma de novia. Bésame.

Besó ella en total entrega de alma y cuerpo. Liberada de toda inquietud.

CAPÍTULO VII

Charles Duflair apartó el lápiz del crucigrama para señalar la butaca.

—Hola, Patric. En mi hora de reposo, este maldito pasatiempo me refresca la sesera. ¿Palabra de nueve letras, condición esencial de la verdadera amistad?

—Confianza. La “efe” encaja con la horizontal 5: Ciega cualidad que lamentablemente escasea: Fe.

—Ante su rapidez mental, me domina un complejo de tortuga. ¿Demostró buen apetito su protegida?

—De acuerdo con su conciencia. La serenidad del aislamiento influye favorablemente en el tratamiento de recuperación.

—Cuando esta mañana, a las once, solicitó usted mi presencia en su consultorio, acogí con agrado su oferta, porque son pocos los que se deciden a colaborar espontáneamente con nosotros. Reconozco que nada me asombra procedente de usted, Patric. No obstante, no comparto su confianza tan radical en la inocencia de Claudia.

—Ella, creyéndose a solas conmigo, habló sin recelos ni temor a suspicacias burlonas, muy lógicas. Mi punto de vista no será ortodoxo, pero sigo teniendo fe en mi instinto.

—He escuchado varias veces el diálogo. Su grabadora es excelente, Patric. Naturalmente, decidí irme con la cinta grabada, cuando usted declaró que… “Tú y yo nos vamos a querer mucho, Chucha”. Supuse que equivalía a una petición de mano al nuevo estilo.

—Por dentro no hay variantes. Reventamos de romanticismo, pero el vais sucedió al *minuet*, y el twist al rock.

—¿Cómo estaba tan seguro de que ella no saldría del dormitorio? ¿La tiene hipnotizada?

—Sufre de claustrofobia invertida. Tras el cuarto oscuro decorado con vampiro y féretro, mi dormitorio se le antojaba un pedazo de arco iris.

—Si ella sabe que yo escuché sus confidencias, perderá algo de su confianza en usted, Patric.

—No será necesario que lo sepa, Charles. Usted y yo, ponemos nuestra mejor voluntad en solventar de una vez por todas cualquier duda. Como no soy la versión bretona de Raskolnikof, el estudiante de “Crimen y Castigo”, deseé que usted me eliminase de su lista de incógnitas.

—Por más que me esfuerzo, no puedo creerme toda esta sarta de incongruencias. Queda por demostrar que ella no mató a la viuda Tissiers. Queda por demostrar que usted y Claudia no estaban ya enamorados hace tiempo. Queda por demostrar que usted no monté todo este tinglado con

ingeniosa premeditación.

—La duda que corroe al pesimista es elemento obligatorio en su profesión, Charles. Sopesemos un dato: pude llevarme el abrigo de Claudia y el pedazo de su vestido, quitándolo de la mano de Vivian, esta madrugada, cuando inspeccionó la torre y descolgué el teléfono, como dato especial que no ha publicado la Prensa y que le conté por la mañana en mí, Estudio. Demostrando que estuve allí.

Charles Duflair repiqueteaba con el lápiz sobre su mentón, entornados los párpados:

—El colega Lepic se hizo cargo del caso Tissiers. Colaboramos, naturalmente. Cabe la posibilidad de que Claudia esté enferma. Ya sabe... La doble vida. La pacífica que súbitamente es invadida por el ansia de clavar tijeras y luego delira, viendo vampiros, ataúdes y monsergas. Recupera el estado normal y olvida que mató. Usted, apenado, la protege. La pesadilla es elocuente. El difunto marido aparece. Dentro unos días aparecerá la viuda Tissiers y su Claudia, nos contará una fantasía tártara, mientras en otro rincón de París se dejó unas tijeras embutidas en otra víctima de su locura.

—Su teoría es respetable como elucubración. No la admito, por la aplastante razón de que a la exacta hora del fallecimiento de Paul Grevil, yo estaba con Claudia.

Sonrió Duflair, asintiendo. Una sonrisa incrédula. Tendió el lápiz hacia Brisac:

—Su ciencia de las tipologías por los colores, me tiene amoscado. Posiblemente, sabía usted que la viuda Tissiers decoró su sala con cortinajes rojo oscuro y se arropaba en un batín salmón, cubriendo ropa interior blanca.

—No, no. Esta madrugada visité por vez primera a Vivian.

—Bien... Poseemos un dato cierto, Patric. Indicio de chantaje por parte de Grevil contra persona o personas desconocidas. Usted sugirió la posibilidad de que Vivian Tissiers pudo matar a Grevil. Sí, como deseo, y soy sincero, usted es ajeno a todo delito en ambos casos, me confortará comprobarlo. He accedido, a compartir su método poco ortodoxo de proteger a Claudia, ya que cabe la posibilidad de que su mayor agilidad mental me facilite datos. Cómo ve, estoy dispuesto a correr riesgos.

Rio Brisac regocijado. Gruñó Duflair:

—¿Dónde está el chiste?

—A su modo, se cubre de riesgos con un agente en cada posible salida de Claudia a la calle. Como debe ser, para evitar que las próximas tijeras las luzca ella. Este es mi punto de vista, claro.

—No habrá tenido tiempo de construir la tipología cromática del varón o hembra que tijereteó el miocardio de la viuda Tissiers.

—Esta vez me voy a dejar llevar por un olor y una palabra. Pero usted

reducirá el círculo de “X”, apenas lea la agenda.

—Era Claudia la que tenía que leer la agenda, agudizando el ingenio.

—Lo tiene embotado desde el jueves. Pero la suplimos con gran ventaja. Esta mañana convine con usted que pasaría a intercambiar opiniones a las cuatro. Almorzando con Claudia, expuso ella la posibilidad de que el vampiro se le presentó primero como Paul, dejando luego un pelele en el ataúd. Y expuso su seguridad de que el autor del decorado macabro y la muerte de Vivian, ha de encontrarse exclusivamente entre los socios de Grevil en la “Magnus”.

—Tendrá Claudia sus razones y fundamentos.

—En la reunión del jueves noche, los socios aludieron a la discoteca criminal y se comportaron nerviosamente.

—Todos ellos conocen la técnica de crear un “clímax” terrorífico y emplear perfectos disfraces.

—Dada la abundancia de películas de “suspense” y horror, esta técnica se ha divulgado enormemente. Está al alcance de cualquiera de los que puedan figurar en la agenda de Paul Grevil. Cuando usted quiera, hojeamos la agenda.

Charles Duflair se rascó el oído con la gomita del lápiz. Resopló, antes de manifestar:

—Los trucos de prestidigitación y magia deductiva suelen correr a cargo mío, en los casos normales. Pero siendo evidente que el caso que actualmente nos ocupa roza los linderos de una excentricidad superior a mis dotes, no hiere mi honrilla el hecho de que sea usted el que saque los conejitos del sombrero de copa. Pero, por favor, no se saque la agenda de la manga. Sería un truco peligroso para la continuidad de nuestra amistosa colaboración.

—Una agenda reveladora que podía suponer la muerte del chantajista, no iba a llevarla Paul encima. No es magia ni agilidad deductiva, sino simple análisis de las manías. Paul siempre daba cuerda, personalmente, a sus relojes caseros. Siempre. Aunque estuviera enojado por discusiones con sus socios, o con su amante, o con la portera. Y hasta cuando llegaba borracho a fondo. Siempre daba cuerda o sus relojes caseros.

Duflair asestó un puñetazo en la mesa y contempló después los dos trozos de su lápiz.

—Tendré que solicitar que me jubilen, porque pierdo facultades. Y aunque me duela, he de reconocer que la juventud posee una mayor rapidez mental. Confieso también que es la única edad en que se posee idealismo, generosidad y audacia. Usted pudo guardarse para su coleto lo que supo deducir y dejarme chapotear en el pantano de mis elucubraciones.

—En cierta ocasión Le Goffic me explicó que los que perdieron la fe en la Humanidad, pero deseaban recuperarla, debían ser tratados con el

máximo respeto y mucha cordialidad. Notarios, médicos, policías... cuando se debaten en dudas, como usted, Charles. Dudando de su propia sombra, pero queriendo creer. No diciendo: "¿Tienes consciencia de tus defectos, reo?", sino: "Somos conscientes de nuestros defectos". Por esta razón, porque es usted lento y circunspecto por imparcialidad, me cae usted simpático.

El inspector carraspeo. Hacía muchos años que desconocía el impulso de decir algo afectuoso. Masculló:

—Abreviemos, muchacho. Harías carrera en mi profesión, pero te prefiero así, como un agradable lunático, repartidor de confianza y fe. ¿Cómo llegaste a la conclusión de que la agenda la escondió Grevil en un reloj?

—Los cortinajes y el batín de Vivian, es un tanto que me apunto a mí favor. Pero el del reloj, no. Yo le llevo ventajilla, Charles, porque tengo conmigo a Claudia. Y ella me responde sin temor alguno a burlas, críticas o incredulidad. Le pregunté si Paul tenía "hobbies". Unos hacen crucigramas y otros pintan colorines. A Paul le daba por reparar relojes y murió con uno empuñado.

—¡Celestin! —vociferó Duflair, abriendo una carpeta. Consultó una hoja.

Del despacho contiguo acudió el subinspector. Rumiaba, interrogante.

—Tráigame la pieza número cuatro del expediente Grevil. El despertador parado.

Al irse Godillot, añadió Duflair:

—Le encajaron un apellido difícil de soportar y menos potable todavía que su nombre de pila. Regresando a nuestro despertador, te aclaro que fue retenido exclusivamente como pieza de prueba horaria y no ha sido examinado bajo ningún otro aspecto.

Celestin Godillot, entrando, colocó sobre la mesa un estuche, convexo por ambas caras, de piel marrón. Tenía una etiqueta numerada.

Volvió a su despacho para ensimismarse en el estudio de los pronósticos del hipódromo. Era también su hora de descanso.

—"Blessing", plegable, de viaje —iba exponiendo Duflair, mientras abría el estuche, sin encajar el reloj en su soporte—. La piel, por ambas cubiertas, recubre un espesor, generalmente compuesto de cartón y relleno, para amortiguar los posibles golpes en el transporte.

Insertaba la afilada punta de un cuchillo en un ángulo de la tapa superior y la piel cedió, desprendiéndose de su engomado. Ensanchando la ranura, semejaba un niño cruel con un juguete nuevo, pensó Brisac.

Extrajo Duflair triunfalmente un pequeño pliego.

Y fue explicando con fruición:

—Cuartillas recortadas en sus octavas partes. Unos ocho centímetros de alto por cinco de ancho y apenas medio de grosor. Cada recuadro es una

hoja de esta especial agenda, que tiene una fecha escrita a pluma y una identidad. Ven acá, Patric.

Sentándose en una esquina de la mesa, Brisac contó al mismo tiempo que el inspector. Dieciocho hojitas.

Duflair volvió a hojear más despacio:

—Trece hojillas con una cruz tachando en aspa total, como el contable que declara liquidada una cuenta.

Y una de estas cruces tacha a Jerome Tissiers y la fecha del siete de noviembre de mil novecientos cuarenta y uno. Vete tomando nota, Patric. Seguirás investigando a tu estilo... Yo continuaré con mi sistema, porque es ya algo tarde, para curarme de mi anquilosamiento. El viejo Tissiers se suicidó a fines de diciembre pasado. Dejando escrito escuetamente que estaba harto de soportar agudos dolores. Padecía la moderna obsesión: en sus tumores, él mismo, se diagnosticaba cáncer.

Alisó el librito, añadiendo:

—Las únicas cinco hojas no tachadas son las siguientes...

Brisac fue apuntando cada dictado sobre un blanco cartón distinto:

—Edwige Rodin, diez de marzo de mil novecientos treinta y siete.

—Michel Legars, ocho febrero del cuarenta y cuatro.

—Romain Gervais, once agosto del cuarenta y uno.

—Gil Belmont, diez marzo del treinta y siete.

—Louis Peysson, tres junio del cuarenta y dos.

Ante la bombilla que acababa de encender, contempló Duflair al trasluz hoja por hoja, comentando:

—No hay nada más escrito. Ninguna alusión a discotecas ni grabaciones. Voy a investigar el verdadero origen de la fortuna de Paul Grevil, ya que la versión oficial es que heredó de su hermano, al morir este, en junio del año pasado. Un mes antes de la fundación de la “Magnus”. ¿Hacia dónde diriges ahora tu brújula?

—Estudios “Magnus-Films”, Sociedad Anónima. Cartón por cartón.

CAPÍTULO VIII

“TWIST-TWIST”, guiñaba el anuncio intercalándose en la cinta luminosa con “CHEZ REGINA-CHEZ REGINA”.

En el bar del sótano, Gil Belmont, en pie ante el mostrador, enlazaba por la cintura a Nana y Gigi, aspirantes a estrellas, sentadas en altos taburetes.

—Es sensacional, sensacional —repetía Nana, con obstinación etílica—. Es un héroe desafiando los celos de la fiera corrupta.

—Edwige es experta y disimula fantástico —afirmaba Gigi.

—Valiente par de borricas —reiteraba Belmont—. Desconocéis el arte de libar sin caer en la monotonía de la insulsez reinante, hermanas. Insulsas abotargadas, esto es lo que sois.

—Insulsas, insulsas —protestó la hermana menor—. Dile que no, Gigi.

—Yo le digo que sí, tan pronto pueda —rio Gigi.

—Sois insulsas aunque bailéis el “hula-panam”, la danza que hace furor en mi domicilio particular. Ninfa que se asoma, ninfa que lo baila. “Hula-hula” —y Belmont vació su enésimo vaso.

—Yo no me dejo poner flecos de paja, ni hablar, ¿verdad que, Gigi?

—Dependerá, Nana. A lo mejor es una de las pruebas para comprobar si somos o no somos fotogénicas, que lo somos, vaya si lo somos.

—Lo que somos es que sois un par de gansas. Ahora bien, el vestuario es sencillo y puede llevarse con gran decoro, si hay conque. Un bombín, un par de guantes, slip y un bastón. Nada más. La ninfa que no tiene conque, se le nota rápido. Se atisba velozmente. Otra noche os haré la prueba del “hula-burra-panam”.

—¿Por qué no esta noche, Gil? Dijiste que estabas libre de toda la esclavitud desde el jueves.

—A causa de una epidemia de funerales y velatorios, a los que no puedo asistir. El único entierro al que me veré obligado a acudir, será el mío. La cuenta a mí cuenta, Gastón, por la cuenta que te tiene. Ahueco. ¡Silencio en las masas! Que os pudráis.

Gil Belmont se dirigió a la escalera, en cuyo rellano esperaba Patric Brisac. El actor se quitó el sombrero tirolés, aplastándolo sobre su costado izquierdo.

—Me citaste a las nueve y el rayo soy, donde me llaman voy. ¿Atisbaste a las dos suculentas hermanitas?

—Atisba los peldaños o te vas a pegar un morrón.

—La menor es imbécil y la mayor no quiere quedarse atrás. Hay epidemia de conatos de Brigittes creyéndose que sirven. No sirven, no

sirven.

En la acera, Belmont aspiró a pleno pulmón, abanicándose con el sombrero.

—La brisa de Saint Germain tiene una fetidez reconfortante. Abajo, me abrumaba el olisqueo a fémina vejestoria... Oye, tu moto se pasó al enemigo o estamos robando un vehículo.

Acabó de instalarse en el asiento, mientras al volante del “Citroën”, aclaró Brisac:

—Hice un trueque y firmé letras. Tú las avalas.

—Avaladas. ¿Por qué no quisiste que trajese mi raudo cohete?

—Porque la red de información cafeteril rumoreaba que andabas vaciando barriles desde temprano.

—Es la angustia de vivir sin dar golpe. Ayer fue fiesta y hoy también —y canturreó—: “Los domingos los cubanos hacen fiesta, y los sábados también”. Un son de mi discoteca que es la reoca. Del año treinta y siete, por Cugat. No te ensañes conmigo. Si bien nebuloso, voy recuperando mis cabales.

—Anoche me oíste describir a Vivian. ¿Quién más se enteró?

—Telefoneé inmediatamente a Michel. ¿Dónde me llevas, doctor?

—A los “Estudios Magnus”.

—Cerrados hasta el lunes, en espera de nueva defunción. Yo, siempre impávido ante la muerte ajena, empiezo a escamarme. ¡Vaya sociedad en la que me incrustaron! El miércoles éramos siete, el jueves nos alegró formar un sexteto, y el sábado, quedamos reducidos a un quinteto. El quinteto de la tijera. Te vendo mis acciones, apenas pase a ser del cuarteto Magnus.

—No seas pesimista. Eres joven y robusto.

—El virus no respeta edades. Y este virus lo encuentro poco gallardo. Morir anemiado por unas tijeras, es humillante, Pat, compinche mío. Quiero que me jures que cambiarás mis tijeras por una lanza.



—¿Dónde escondiste las grabaciones, Claudia?

El coche penetraba por la carretera de acceso privado.

—Atisba estos parajes, Gil. Árboles quejumbrosos, sombras movedizas… Un decorado ideal para filmar un trucaje de cadáveres y vampiros.

—¡Caspa! El néctar que deglutí surte sus efectos en usted, doctor. El público tiene tragaderas anchurosas, pero no tanto… En muertos y vampiros ya no cree ni la infancia.

—Noticias fidedignas cuchichean que el cadáver de Paul merodeaba últimamente por los alrededores.

—¡Vodka! Paul, vivo, no me gustaba ni pizca, pero muerto, debe resultar nauseabundo.

—Dile al de la puerta que ceda el paso a nuestra carroza.

Se asomó Belmont agitando el sombrero. El guardián alzó la barrera. Al ir avanzando el coche hacia el desierto estacionamiento, dijo Belmont:

—Antes había montañas de carruajes, cháchara venenosa y ruidosa actividad. Ahora, tinieblas y fantasmas. Si se asoma Paul, me lo entretienes hasta que me reponga. ¿A qué hemos venido aquí, si no hay nadie?

Bajando del coche, expuso Brisac:

—Yo vine en busca del vampiro y de Paul. ¿Me acompañas o te quedas?

Apeándose, se abanicó Belmont.

—Fresca es la noche. La chunga me deleita, cuando estoy en forma, pero llevo un par de días con un serio problema, y me sales con chirigotas.

—Hazme los honores de la sede social. Solamente conozco el hangar donde Michel y tú, examinasteis mi “kalson”. Aquel de los círculos silbadores con toques amarillos y verdosos.

En el vestíbulo, tanteó Belmont en busca de la hilera de conmutadores. Le retuvo Brisac por el codo.

—No derroches fluido. Vemos lo suficiente. ¿Dónde celebráis las reuniones en consejo amigable?

—Escaleras arriba. Pasa delante, sin ceremonias. Yo soy alérgico al silencio nocturno. Oigo voces y crujidos. ¿Tú, no, feliz mortal?

Llegando al rellano superior, proyectó Brisac el haz de su linterna.

—¡Volkswagen! —imprecó Belmont—. Con tus manejos me estás dando complejo de liebre. Aquella puerta es la sala de discusiones cáusticas.

Apagando la linterna, abrió Brisac la puerta, entrando. A su lado se deslizó Belmont, murmurando:

—No abuses de mi estado. ¡Enciende, caray!

—Cierra la puerta, que pasa aire. Tus ojos repesan en esta grata penumbra. Siéntate en tu lugar habitual.

—Tú enfrente. Entre los dos divisamos así las cuatro esquinas. Es portentoso lo que amilana una estancia en penumbra. Si es uno de tus “tests” en comprobación del verdadero valor masculino, suspéndeme.

—A partir de ahora, en cualquier momento, por aquella puerta entrará

el cadáver de Paul.

—Mira que bien… Sigue así, doncel, y cabaré despejado por completo. O sea, que has convocado a Paul.

—Y al vampiro.

—¡Vaya juerga que nos vamos a correr los cuatro juntos! Abrigaba leves dudas sobre la consistencia de tu estructura craneana, Pat. Crecen con exuberancia. Me ausento si me juras que crees en aparecidos y chupasangres.

—Yo no, claro. ¿Y tú?

—Menos.

—Entonces nos atendremos a realidades, referentes a la sociedad “Magnus”, fundada por Paul. El primer socio, Jerome Tissiers, se suicidó.

—Estaba hecho papilla y sudaba como un pollo cada Tez que se le mencionaba la fatídica palabra astrológica y tropical.

—Paul no falleció de autoeutanasia cancerosa.

Tras la puerta entreabierta, una mujer escuchaba.

—Paul era un gafe, segregando mal de ojo. Todos le teníamos ojeriza. ¿Dónde quieres ir a parar? Si hemos decidido liquidar la Sociedad, aplicando el símbolo de la censura a los socios sobrantes, ¿a ti qué te va y qué te viene?

—Me tenía muy sin cuidado vuestra asociación, hasta que uno de vosotros quiso comprometer a Claudia, sometiéndola a truculencias malignas, con apariciones de cadáveres, ataúdes y vampiros. Tras este macabro trucaje, se esconde uno de los socios de “Magnus”.

—Y supones que las muertes de Paul y Vivian son obra de uno de los socios supervivientes.

—Para pasar del indefinido supuesto al adjetivo demostrativo, aquí nos iremos reuniendo, hasta que cante el gallo de la aurora o confiese el socio responsable.

Gil Belmont hizo algo inesperado. Cruzó los antebrazos sobre la mesa, reclinando en ellos la cara. Su voz sonaba más ronca que de costumbre:

—Contigo no finjo, Pat. A mí me descartes de tus suposiciones. Eres un tipo raro, pero me inspiras plena confianza. Tengo miedo de perder a Edwige… Ella me califica de aprensivo, pero… sigo teniendo miedo de perderla. He llegado a temer que ha sido ella la que suprimió con toda justicia a Paul, y se vio luego obligada a silenciar a Vivian.

—Convendría que hablásemos con Edwige.

—Si se tratase solamente de mí, te contaría la verdad, Pat. Pero no puedo…

—Ni debes.

Las dos palabras coincidieron con el repentino estallido de la luz, encendida por Edwige Rodin. Avanzó ella, y deteniéndose junto al asombrado Belmont, le acarició el revuelto cabello.

No era el gesto de una mujer madura aquietando a su joven amante, pensó Brisac, levantándose, y tuvo la súbita revelación, al unir mentalmente los dos cartones con su fecha idéntica.

—Hasta ahora, no tuvimos el mutuo disgusto de conocernos, señor Pat —sonrió la actriz, aviesamente.

Contorneando la mesa, se detuvo Brisac ante ella.

—Para mí es un honor saludarla, señora.

Observó ella con extrañeza al que besaba su mano.

—A lo que no me opongo, Gil, es que te dejes influir por los aparentes buenos modales de tu amigo.

Belmont se había recuperado de su pasajera emotividad. En pie, rio con aspereza:

—No te fíes de este bretón. Debió firmar algún pacto con las druidesas, porque nenas que en nada creen, juran que posee la fascinación de un *fakir* centenario. Y hablando de fakirismo, ¿cómo demonios apareciste tan oportunamente?

—Os vi salir del "Regina" y preferí venir a buscarte, porque no me agrada tu conducta. Bien sabes que no tengo nada de intransigente, pero una cosa es que bebas por capricho, y otra que te inundes por temores infundados. Dígame, Pat, ¿supone, acaso, que Gil pueda ser un maligno sujeto capaz de cometer bajezas? Me refiero a lo que le haya podido suceder a Claudia.

—Mi compinche, por sí solo, es incapaz de maldades, pero nosotros, señora, necesitamos jugar. Ya no podemos emplear caballitos de madera, y a veces, somos bastante bestias en nuestro afán de diversión.

—¿Por qué trajo aquí a Gil?

—Como catalizador de los demás, ahora que ya me afirmó que no tuvo nada que ver con Claudia ni Vivian. Tengo la convicción de que aquí, esta misma noche, quedará todo aclarado.

—Ya comprendo… Su juego actual es imaginarse detective dotado de poderes mágicos.

—Aspiro a ser un moderno alquimista que trueque el vinagre del sarcasmo en el mosto de la cordialidad. Busco la piedra filosofal que transforme el plomo dañino que todos llevamos dentro, en puro coral de bondad sin empalagos.

Los ojos de la actriz, muy expertos, en interpretar las miradas ajenas, no se podían apartar de la diáfana claridad azul.

—Ya hizo Gil comentarios sobre sus rarezas, Pat. Lo que usted acaba de decir, en otra persona sonaría a rebuscamiento afectado. Usted habla… como iluminado, como si obedeciera a una voz interior.

—La del pastor Le Goffic, señora. Fue mi maestro. Y he oído su voz, en el mismo instante en que usted tocó la cabeza de Gil. El secreto lo compartiremos y seguirá siéndolo siempre…

Belmont quiso disipar la tensión:

—No le hagas caso, Edwige. Si se dedica al teatro, nos hunde a todos. Desempeña magníficamente el papel de apóstol oyendo voces como Juana de Arco.

Rio Brisac divertido. Edwige Rodin sonrió sin la menor ironía:

—Cállate, Gil, cuando hablan las personas mayores. Dijo usted que compartimos un secreto. ¿Cuál?

Del bolsillo de su cazadora sacó Brisac cinco cartones. Eligió dos, rompiéndolos en menudos pedazos.

—La condición esencial de todo secreto, señora, es que no se pregone. Y me complace infinitamente anunciarle que la grabación que explica lo ocurrido en determinada fecha, quedará reducida a cenizas.

Belmont bajó la cabeza, ceñudo, dispuesto a embestir. En su hombro colocó la actriz su mano. Añadió Brisac:

—En esta investigación, colaboro con un hombre que, pese a su aspecto y profesión, posee elegancia, espiritual. Me permitirá obsequiarla a usted, Edwige, con una flor. Simbólica, claro. Pulverizar el disco criminal de Paul Grevil.

—Su actitud es desconcertante, Pat. Le oí decir a Gil que usted le inspira plena confianza. Y ya ve... Ni siquiera yo le inspiro este sentimiento. Quiero compartir la inspiración de Gil. Aludió usted a cierta fecha... Le ruego concrete.

—Diez de marzo de mil novecientos treinta y siete.

Belmont miró a la actriz, alarmado. Y parpadeó viéndola sinceramente expresiva en radiante calma, que tradujo ella en palabras:

—No le solicito explicaciones, Pat. Ignoro el motivo por el cual confío plenamente en usted. Me ha proporcionado tanta seguridad su promesa, que no sé cómo corresponderle. He recibido muchas flores en mi existencia, pero ninguna con un contenido tan... fuera de lo común. Bien...; no sirvo para demostrar patetismo, cuando de verdad siento emoción. Acompáñeme hasta la escalera, Pat. Hasta luego, hijo.

En el corredor, encendió ella la luz. Cogió por el codo a Brisac:

—Usted ya sabe que ni Gil ni yo tenemos nada que ver con las dos muertes, y lo que le sucedió a Claudia. No intervinimos en la muerte de Grevil, no por falta de desearlo, sino por egoísmo y comodidad. Él y yo queremos seguir unidos, sin que nadie ni nada nos separe.

En lo alto de la escalera, añadió ella:

—En el año mil novecientos treinta y seis yo actuaba en Berlín. Conocí a un hombre que no podía casarse conmigo. Era un nazi...; que luego fue odiado en toda Francia, antes de ser ahorcado. Hasta sus dieciocho años, Gil vivió con una lejana pariente mía, con cuyos apellidos quedó inscrito en el Registro Civil. Solo entonces le conté la verdad y convinimos... lo que todos creen. Grevil se enteró, no sé cómo... Pagamos su silencio. Y ahora,

me siento liberada por completo.

La sonrisa era trémula al añadir ella:

—Solamente sé llorar en escena, Pat.

Besó en las dos mejillas a Brisac, y rio:

—Aféitate, hombre. Resultarás aún más fascinante. Hasta pronto.

En la puerta, Gil Belmont contempló al que entrando apagaba las luces:

—¡Caray! Otra vez con la manía de la oscuridad. Me asomé porque aquí dentro me aburría a solas. ¿Le has tomado inquina a la electricidad?

—Cuando Edwige entró, la luz era deliciosa. Cuando, uno a uno, aparezcan los tres socios que quedan, brotará de pronto, otra luz, pero será turbia y venenosa.

—La apagáremos a silletazos, cuando me indiques dónde está. Y escucha... Ella no lo hizo por temor al qué dirán. Fue para no perjudicarme a mí, ¿comprendes?

—Edwige me hizo el honor de explicármelo. Es una gran mujer.

—Así a oscuras da gusto hablar de... estas cosas, sin reparo. Y además, no sé cómo te las compones, pero todo resulta sencillo. Ahora sí que ella olvidará esta pesadilla. Estuviste formidable con el truco de tu flor. Yo también quiero corresponder a tu genial obsequio, compinche mío. Quiero darte una prueba de amor, mago sin cucurucho.

Se palpaba Belmont los bolsillos.

Por el corredor avanzaba lentamente una alta silueta. Colgante de los hombros mía larga capa negra.

—Ahí tienes mi regálete, Pat. Obsequio de Edwige cuando tenía yo dieciocho tiernos años. Dijo que me traería suerte. Tiene mi signo de nacimiento —cogió Brisac la pitillera de platino con un signo astrológico grabado en diamantes. La abrió. En una esquina, unos brillantes componían la fecha de nacimiento de Gil Belmont:, diez de marzo de mil novecientos treinta y siete.

—Esta pitillera me convierte en asegurado contra los días de estrechez presupuestaria —rio Brisac, satisfecho—. ¿Con derecho a empeño, Gil?

—Lo contrario, me ofendería —rio Belmont.

La puerta se abrió y la alta silueta envuelta en negra capa, silbó entre dientes. Gil Belmont, dio media vuelta en su silla, respingando.

Brisac invitó:

—Adelante, caballero. Henos aquí reunidos en busca de la mentira, para que restalle la verdad. Llegó tu turno, Michel Legars.

CAPÍTULO IX

Michel Legars pulsó los conmutadores de luz. Avanzó directamente hacia la cabecera de la mesa y echó atrás los vuelos de su capa.

Erguido en el *smoking* de grises solapas, anunció sin sentarse:

—He de asistir a una reunión de alto copete en la morada de los duques Poully-Poussière, que se jactan de mi benévola asistencia a sus comilonas refinadas. ¿Qué hacéis aquí los dos, acechándome como conspiradores de pacotilla?

—Esperamos a Paul y a un vampiro. Los detalles te los aclarará Patric, que está en plena forma.

Legars extrajo de su chaleco un tarjetón granulado y multicolor. Lo empujó por la bruñida superficie de la mesa hacia Brisac.

—Mi curiosidad de elevado intelecto jamás se sacia —afirmó.

—Siempre habla de elevados temas, tales como la elevación del costo de las provisiones de cocina. ¿Qué dice la tarjeta, Michel?

—He acudido a las diez en punto, porque la invitación no era vulgarmente fastidiosa. Aprende a ser bufón con talento, Gil. Quedas facultado para leer lo escrito al dorso de este muestrario polícromo.

Cogiendo la tarjeta, leyó Belmont en voz alta:

—“Brisac, bretón por gracia de la Providencia y analista criminólogo por culpa de las circunstancias, invita en la sede “Magnus” a las diez en punto, de esta noche del sábado a Legars, figura cumbre del arte fílmico. Tema en discusión: *Tratarás a tu* socio como a *ti mismo. ¿Quién quebrantó este mandamiento?”*.

—Ya conoces a tus socios, Michel —sonrió Belmont.

—Me queda por conocer al quebrantador. ¿Dónde se halla?

—Aquí.

El índice de Brisac apuntaba los recuadros de colores del tarjetón.

—Ya sabes que el bretón es sicópata lüscheriano, Michel. Cuidado con tus mentiras, porque al menor desliz, quedarán descubiertas tus ropas menores.

—Cada desequilibrado con su tema. Considero que matar el tiempo es un suicidio a plazos, pero, dadas las circunstancias, admito la cronofagia. Ahora bien, quede constancia de que siempre he negado la solidez de tus trucos, Patric, aunque admito tienen cierta originalidad. No presentas manchas de tinta ni haces preguntas pesadas.

—Tanto es así, que todavía no abrió la boca —rio Belmont, sinceramente alegre, aligerado de un secreto amenazador—. Te está calando con los rayos “Y” de sus pupilas, Michel. Y lo que promete, lo

cumple. Le ha dado esta noche por cazar vampiros, cadáveres y asesinos. ¿Te opones?

—Me sumo a la jauría, pero ladremos con sentido común, si es posible.

—No exijas imposibles que ni tú mismo, cumples jamás. Recordarás que anoche te telefoneé para comunicarte que la coartada de Claudia era sólida y que Patric con sus “tests” había ya averiguado que Paul nos alegró con su alojamiento en la Morgue, gracias al empujoncito de una mujer de gustos pudibundos.

—Y poco después moría la pudibunda Vivian. Coincidencias. Deja ya de intentar hipnotizarme, Patric. A mí, no. ¿Para qué me citaste? Tengo que llegar a la reunión a las once.

—Pero llegarás media hora después, a tu estilo. Atóntalo a golpes de cartón, Pat.

—Vais a excusarme si a ratos empleo un tono doctoral y pedante, pero es mi “clímax” preliminar y obligatorio. Cada artista con sus manías. Quiero demostrarte, Michel, que, según contestes a mis preguntas, quedará aclarado si participaste o no en los escalofríos de Claudia y en los estertores de Vivian.

Quitándose la capa que tendió sobre la mesa, se sentó Legars, ajustándose más apretadamente las gafas solares. Echó atrás su gorro de astrakán, diciendo:

—Te escucho con exagerada atención.

—Jung, discípulo de Freud, imaginó el test de la asociación de ideas. Lanzaba una palabra y el interrogado debía contestar inmediatamente con otra palabra, que estimaba la respuesta más adecuada. Jung decía: “¡Fruta!”, y si el sujeto analizado contestaba: “¡Melón!”, evidenciaba una imaginación anémica. Estableció así una lista de cuatrocientas palabras “provocadoras” que obligaban al examinado a revelarse.

—¡Vampiro! —exclamó Belmond apuntando con el índice del director de cine.

—Jumento —replicó Legars.

—No vale. Se sabía la respuesta. Siga con su conferencia, doctor.

—El test de Rorschach consiste en mostrar diez tablas con manchas de tinta, negra y roja, y preguntar qué representan, a juicio del que las ve por vez primera. Según las interpretaciones, el especialista desenmascara el subconsciente analizado. Pero tanto el método de Jung como el Rorschach contenían lagunas de arbitrariedad y de imprecisión en el veredicto. A esta conclusión llegó Max Lüscher, suizo, estudiante de Medicina.

—Ojo, Michel. Todo este rollo es preparatorio de preguntas bestiales que mal contestadas, conducen a la guillotina.

—Max sabía que la buena sicología no se aprende solamente en aulas y textos, sino que es preciso hacer como los pintores. Acudir en busca del *motivo,* de la *idea* al sitio adecuado. Para el sicópata, la mejor fuente es el

manicomio. Y allá fui yo también.

—¿Y cómo conseguiste volver a salir? —inquirió Legars secamente.

—Enseñando la tarjeta de visitante.

—Ya lo sabes, Michel. Llévate varias cuando vayas a visitar a tu futura esposa. Con una sola tarjeta no te bastará.

—Orden en la sala. El que rebuznaba era Patric.

—El sanatorio de neuróticos reconocidos que se dejaron encerrar es el manantial donde deben beber con frecuencia los que pretendan comprender a los demás semejantes y que deseen evitarles que sus pequeñas manías se conviertan en grandes obsesiones. Yo me he pasado numerosas horas, interrogando a obsesos en sus diversos grados. Les hacía preguntas de todas índoles y variadas materias. ¿Qué deporte prefieres, Michel?

—Degollar bretones.

—¿Qué música te produce mayor inquietud?

—La del timbre interpretado por acreedores.

—¿Tu plato favorito?

—Ostras con coliflor.

—Has contestado como cualquier humorista de nuestra nueva época. Te escudas dirigiendo películas y así, lo que en otros supone revestir una camisa de fuerza, en ti es considerado genialidad. Max se dio cuenta que obtenía muchas respuestas con mención de degüellos, músicas de timbre y de Wagner, y platos de cangrejos a la vinagreta. Pero no le bastaban. Y una mañana, se levantó tocado.

—Me lo veía venir —afirmó Legars.

—Tocado por la varita de las musas. En vez de preguntar a los asilados sus preferencias gastronómicas, mezcló interrogaciones banales, con la presentación de cartones de diferentes colores, solicitando le designasen selecciones. El resultado fue asombroso.

—¿Se comían los cartones? —indagó Legars.

—Los más normales, sí. Los otros, no titubeaban en sus respuestas. Coincidían con su verdadera personalidad síquica. Y Max siguió aplicando sus *tests* por el mundo libre, tras el telón de nuestras manías. Ningún ciudadano vacilaba. Nodrizas, soldados, intelectuales y analfabetos, todos tenían sus predilecciones y al exponerlas, aunque mintieran eligiendo otras, se traicionaban, delatando su verdadera siquis. Max elaboró pacientemente una especie de herbolario universal de los gustos polícromos, clasificándolos por numeración reveladora del íntimo yo, que todos tratamos de camuflar. Esta noche llevas capa negra y corbata del mismo color, Michel. Matices que revelan afición a las tinieblas.

—No puedo asistir a una reunión de gala, en calzoncillos.

—Acabas de revelar que eres un tímido. Remátalo ya, bretón.

—Las mujeres obesas prefieren el verde, que simboliza pasividad, falta

de control y glotonería. ¿Cuál es tu color predilecto?

—El de los billetes de Banco.

—¿Detestas?

—Violeta.

—¿Tu piropo protector?

—Hijita.

—¿Cómo se obtiene el color facial verdoso?

—Luz amarilla y crema verdegay.

—¿Luz eléctrica?

—Bujías de cera.

—¿Cómo se maquillan unos ojos en blanco?

—Lámina convexa de plástico lechoso inserta entre los párpados con colirio anti-congestivo.

—¿Qué colonia usas?

—Desodorante “Mam”. Me impide oler.

—¿Dónde tienes tu cuarto oscuro para la comprobaron de trucajes?

—No tengo. Hacemos las comprobaciones en cualquier hangar, con telones apropiados.

—¿Desde cuándo fumas marihuana?

—La probé por no parecer anticuado. Tuve vomiteras y desde entonces, me abstengo.

—Última pregunta, Michel. Elige en este cartón dos colores estéticamente de tu agrado.

Con el bolígrafo anotó Brisac en el color blanco: “8-11-44”.

Empujó el tarjetón y Legars, cogiéndolo, dijo sin mirar:

—Azul prusia y oro viejo.

—Tipología 4/1. Anhelas descargar un pesado fardo. Eres “unívoco”. Exiges que nadie frene o ponga riendas a tu voluntad. Gelidez anímica.

Legars estaba leyendo las cifras escritas por Brisac. Se subid las gafas hasta dejarlas montadas sobre el inicio de su rapado cráneo. Sus grises pupilas, aceradas, se clavaron en la claridad azul de los ojos del bretón. Y dijo con lentitud:

—No me importa que esté presente Belmont. La fecha que has anotado es la que empleó Grevil para tenerme atado a su carro. No ya financieramente, sino además obligándome a dirigir filmaciones como esta condenación de “Harpías Ilustres”, que es un atentado al buen gusto de la minoría que me idolatra. No he matado a Grevil. No he matado a la Tissiers. Pero abandonaré mi terca manía de no ensuciarme con la sangre ajena, tan pronto sepa quién es ahora el poseedor de la grabación que relata lo ocurrido el ocho de febrero del cuarenta y cuatro.

—Por entonces eras todavía un mamoncete, ya que en tu hoja de impuestos declaras treinta y dos años —dijo Belmont.

—Y los aparento, gracias al afeitado completo, al masajista, a la sauna,

al tratamiento rumano Asían y a un régimen bestialmente severo. Hace años decidí plantarme en los treinta y dos. En el cuarenta y cuatro cumplí los veintiuno. Te invito a explicar lo que sucedió el ocho de febrero del cuarenta y cuatro.

—La fecha es el único indicio que poseo —y mirando su reloj, añadió Brisac—: No interviniste para nada en el desequilibrio, ya superado, de Claudia. Por raí, no tenemos más por discutir, Michel.

—¡Que te crees tú eso! —y poniéndose en pie, Legars apoyó ambas manos sobre la mesa—. Sospecho ahora que Claudia y tú tenéis las grabaciones... ¡Te juro que me las compondré para hacerte triturar si pretendes el menor chantaje!

Patric Brisac, levantándose, descorrió la cremallera de su cazadora y, avanzando, aconsejó:

—No armes alboroto, Michel.

—¡Segundos, fuera! A mi izquierda, Pat el bretón. A mi derecha, Mike el pelón, boca sucia. Con mis mejores deseos de que te la partan. ¡Gong!

Legars, bajándose las gafas, presentó las palmas de las manos en alto:

—Frena el coraje, bretón. Que yo sepa, no te he insultado.

Deteniéndose, meditó Brisac un instante:

—También es verdad. Dijiste que si pretendía, te las compondrías. Estás desprovisto de cordialidad y sobreexcitado. Es preferible para ambos que nos perdamos de vista ahora. Ya renacerá la calma.

—A mí, no me perdonas tú la vida, ¿estamos?

—Tu *smoking* es precioso, Legars. Me desagradaría convertirlo en felpa polvorienta contigo dentro.

Yendo hacia la puerta, colocándose la capa, afirmó Legars:

—¡Nos volveremos a ver en mejores condiciones, te lo aseguro!

—Indiscutiblemente, Legars. Para ti habrá desaparecido ya la inquietud del chantaje.

En el umbral se detuvo Legars para declarar:

—Yo creía en tu amistad, joven Belmont.

—¿Creer? ¿Amistad? Dos novedades en tu léxico —replicó el actor—. ¿No recuerdas ya cuando el joven Belmont te ofreció su amistad? Replicaste que la creencia en la amistad era un mito inventado por los abusadores. Me envainé el chasco y continuamos empleando la chunga malévola. Pero he comprendido de pronto que es un triste fastidio no tener un amigo en quien creer sin reservas. El doctor aquí presente, me curó de esta dolencia.

Legars replicó desdeñoso:

—Hazle mucho caso a tu nuevo amigo y terminarás arruinado, suscitando pena en la gente positiva y triunfante. Al diablo con vosotros.

Se marchó echándose el embozo de la capa con gesto teatral.

—¿Apago la luz y voy a arrugarle el *smoking*? —preguntó Belmont.

—Apaga y regresa a la amena discusión de alto nivel.

En la estancia, nuevamente en penumbra, fue Belmont a sentarse, y aclaró:

—Lo de la ruina monetaria, lo dijo porque supimos que a veces hacías el primo… Quise decir que dabas dinero a pedigüeños.

—Cuando no son sablistas profesionales. Prestar dinero produce buenos dividendos. Si te lo devuelven, conservas la amistad. Si no, será porque no pueden y sigue la amistad. Si no quieren, te cobras y tan amigos, si el deudor no arma alboroto.

—Asimilada la técnica, vamos al asunto. Ya solamente quedan dos socios. Uno de ellos es el que buscas. ¿Gervais? ¿Peysson?

—No vamos a tardar en saberlo.

—Lo paso bárbaro. Y… ¡un momento, doctor!

Poniéndose en pie con rapidez, Belmont se volvió señalando, la puerta.

—Si has ido citando a los presuntos matadores, el que lo es puede presentarse echando plomo.

—Un riesgo previsto por el mando aliado —aseguró Brisac—. Esta tarde me indicaron que no es preciso correr riesgos imprudentemente. Tenemos la retaguardia bien cubierta.

—De todas las preguntas que le hiciste a Legars, ¿cuáles te revelaron que no intervino en la muerte de Vivian?

—Su piropo y su colonia. ¿Qué le dices tú a una mujercita guapa que te suscita la idea de que eres un hombre superior?

—La llamo "pequeña". No me esfuerzo mucho en elegir calificativos. Ellas no vienen a por el extracto que poseo, sino a por el frasco que soy.

—Es la pega de los galanes de cine.

—¡Ey! Se oyen pasos cautelosos… ¿Será el hombre bueno o el candidato a la guillotina? Apuesto por la inocencia del perverso Gervais, debido a que no puedo tragar a Peysson.

Louis Peysson se inmovilizó en el dintel. Pestañad preguntando:

—¿A qué obedece esta oscuridad, señores?

—A que la luz está apagada. Parece imposible tanta ignorancia. Y pensar que este carcamal es un venerable académico…

—Tus bufonadas son, como siempre, evidencias de tu grosería —y tras encender, avanzó Peysson.

—Doctor Brisac, te presento al laureado Louis Peysson, autor de obras que son un impacto contra el insomnio. EL joven Brisac es criminalista y le está acechando, patriarca.

Peysson se quitó el sombrero para corresponder al saludo, que, en pie, le dedicaba Brisac.

—Pese a la hora tardía de la cita, su invitación me convenció, señor Brisac, porque es, en efecto, muy cierto que siempre que solicitan mi voluntaria colaboración, aporto mi humilde esfuerzo a la resolución de los

problemas morales, por espinosos que sean.

—Vuelva a empezar, pero al revés, para que nos podamos enterar. No lo dejes hablar mucho, o nos soltará espantosos rollos de hipocritón redomado. Es un viejo verde de aúpa y trabaja de zapa, dándoselas de protector de la virtud de las menores, entre doce y catorce años.

Peysson señaló con expresión furibunda a Belmont:

—Señor Brisac, ¿a qué obedece la presencia de este joven cretino?

—A que soy el auxiliar del señor Brisac para evitar que usted le largue cuentos melifluos. Soy el catalizador en el análisis de los embustes. Y hablo yo, mientras él se concentra. Referente al cretinismo, usted me supera en años y práctica, viejo chocho. Empleo la sencilla técnica de exasperar al sujeto analizado, para volverle tarumba y a ver si por una vez en su vida dice la verdad, calvo repelente.

Sentándose, Peysson alzó los hombros, mirando con indulgencia a Brisac:

—Ya estoy habituado a la absoluta carencia de modales de Belmont, cuyo retraso mental corre parejas con su insondable incultura.

Contempló Peysson el dorso de una tarjeta multicolor.

—He de manifestarle, señor Brisac, que no he logrado asimilar el subentendido de la expresión terminal —y leyó—: “Confirmar una teoría de probada eficacia, aplicándola al caso Tissiers”.

Habló Brisac:

—Deseo que no interprete como burlas mis preguntas, aunque le parezcan disparatadas. ¿Cree en el sicoanálisis, señor?

—Puede ser beneficioso aplicable a sujetos que ignoran la placidez mental producida por la conformidad de vivir de acuerdo a los códigos morales. ¿Cuál es el definido objeto de su cita, señor Brisac?

—Comprobar su respetable acatamiento de la ética más elemental, en relación con el deceso de Vivian Tissiers y la última jornada de intenso ajetreo que le fue impuesta a Claudia.

—Solicito una credencial que justifique su capacidad para someterse a comprobaciones.

—Le cederé mi credencial, a cambio de que acepte contestar a todas mis preguntas, sean las que sean.

Escribió Brisac en el recuadro blanco de un cartón polícromo: “3-VI 42”. La iluminación confería pátina profesoral a la pulida calva, el rostro sonrosado y la blanca barba, rizada, del que cogiendo el cartón que le presentaba Brisac, leyó las cifras recién escritas.

Las mejillas palidecieron intensamente.

—Se puso pocho el santo varón —comentó Belmont—. No se piense tanto las respuestas.

—Pregúnteme lo que quiera, señor Brisac. Le contestaré sin la menor reserva.

—En el damero que está mirando, ¿cuáles son sus dos colores favoritos?

—Azabache y topacio.

—¿Perfume preferido?

—Nuez muescada.

—Es imposible lograr que hable como las personas decentes —afirmó Belmont—. Es un pomposo caimán que al viento le llama céfiro y a la lluvia, perlas celestes. ¿Es que no se da cuenta que resulta hueco y momificado?

—Prescindo de contestar adecuadamente a tus insolencias, en honor al señor Brisac.

—No se prive del deber de enseñarle modales a este caballerete que no sabe respetar a sus mayores —aconsejó Brisac—. Forma parte de mi comprobación lüchseriana.

—En este caso, he de explayar mi absoluta repulsa por lo que tú consideras prueba de anarquismo juvenil y que no es sino falta de educación. Si el azar me impuso tu relación, no es óbice para que te reitere mi profunda aversión. Si no tuvieras piel de rinoceronte, deberías abstenerte de dirigirme la palabra.

—Déjese de regar geranios y hacer gárgaras. Puesto en claro, su mensaje declara que no nos podemos ver ni en pintura. Es archisabido. Acósale a fondo, Pat.

—He de participarle, señor, que no puede incurrir en falsedad al replicar o me obligaría a hacer público el contenido aclaratorio de la fecha inscrita. ¿Es fumador?

—Eliminé este pequeño vicio a fuerza de voluntad impositiva. Últimamente, llegué al sacrificio del habano que me permitía quemar tras el almuerzo frugal.

—¿Qué marca de *whisky* prefiere?

—Realmente... No soy aficionado en exceso a esta degustación, considerando que nuestros vinos, siendo insuperables, nada mejor que paladearlos moderadamente, no ya como buenos patriotas, sino obedeciendo a una preceptiva higiénica saludable.

—El venerable simio acaba de pegar un patinazo estruendoso, doctor. En nuestras reuniones se atiza imponentes chorros de *whisky*. Y entonces, bate el *record* de lo insoportable, porque se convierte en un grandilocuente borrachín pesadísimo.

—¿Su marca preferida de *whisky*, señor?

—Me acomodo a la elección de la mayoría.

—Me tiene perplejo el barbián —declaró Belmont—. Siempre nos ha cantado las excelencias del “Vat 69”.

—¿“Vat 69”? —repitió Brisac, levantándose parsimoniosamente.

Sus ojos se fijaban con intensidad en Peysson, que balbució:

—Pues, sí, ahora que recuerdo... Estimo preferible esta marca.

—¿Qué colonia emplea?

—“Tabac”, de Legrain.

—¿Puede concretarme su composición?

—La base aromática es nuez moscada.

—Para olfatos sensibles, puede definirse como punzante olor a macho cabrío, ¿no? —susurró Brisan, sentándose en una esquina de la mesa, junto al académico.

Rio Peysson condescendiente:

—En efecto. Ciertas jóvenes emitieron esta curiosa opinión olfativa.

—¿Conoce a Claudia Grevil?

—Me fue presentada en la noche del jueves.

—¿Es guapita, verdad?

—Sí, en efecto. Es monina.

Patric Brisac aplicó un repentino manotazo sobre la calva del académico, que se encogió, gimiente, súbitamente atemorizado.

—Caray, caray —rio Belmont jubiloso—. Vaya modales, doctor. Has dejado turulato y encogido al honorable vejestorio. Te va a llamar gamberro, merecidamente, aunque con circunloquios.

Cerrados los ojos, Brisac murmuró:

—Es una pena que sea usted sexagenario, Peysson. Realizo un enorme esfuerzo para no olvidarlo, porque me agradaría poder convertirle en un muestrario escayolado de diversos traumas. Vuelvo a su estilo, como puede comprobar.

La inesperada impresión del manotazo, en contraste con el respetuoso tono precedente, iba ya desapareciendo. Peysson, sentándose normalmente, especificó:

—No toleraré una nueva exhibición abusiva de sus facultades físicas, Brisac.

—Bien hecho, hombre. La dignidad ante todo. No vuelvas a tocarle, Pat. La próxima exhibición abusiva será la mía, en forma de un silletazo.

—Cordialidad —aconsejó Brisac—. No nos queda más remedio, Gil. Y como no estás aún enterado, te lo explicaré. Desde la noche del jueves, hasta la muerte de Vivian, Claudia estuvo encerrada en un cuarto oscuro con un esperpento que primero se disfrazó de cadáver y después de vampiro. Obligándola a beber “Vat 69” y a fumar marihuana.

—¿Con que esas tenemos? —silabeó Belmont poniéndose en pie, chocándose un puño contra la palma.

Louis Peysson miraba ansiosamente hacia la puerta.

—Dígale a su compañero que no avance un solo paso más, Brisac. Es altamente improcedente su proceder, Brisac, al someterme a una violenta vejación…

Los tres miraron hacia la puerta.

El inspector Duflair, avanzando, anunció:

—El caso ha terminado. Mi adjunto le conducirá a comisaría, Peysson.

CAPÍTULO X

En su despacho, Charles Duflair señaló la butaca con el lápiz:

—Dada la presencia de Belmont, hice escasos comentarios, aunque admití que tu idea de sondear a cada socio era buena. Y en efecto, Peysson citó la palabrita cariñosa que empleaba el vampiro para calificar a Claudia. Asimismo, tuvo que reconocer que su *whisky* preferido era precisamente el que ella se vio, obligada a consumir para aplacar la sequera de su garganta. Ahora bien, en el caso que nos ocupa y felizmente, terminado, Peysson es absolutamente ajeno a todo.

Asombrado, murmuró Brisac:

—Y yo que no pude reprimir el movimiento instintivo de aplicarle un “hiarato” en la coronilla… Me falló el instinto, claro. Cuanto más le oía hablar, tanto más me suscitaba repugnancia, como si fuese un individuo que para encubrir bajezas empleara la peor máscara: la del hombre intachable. Pero su adjunto se llevó a Peysson detenido.

—Porque no te falló el instinto. La culpabilidad de Peysson data del tres de junio del año cuarenta y dos. Y su delito no ha prescrito. La cita que le diste a Romain Gervais para las once quedó anulada, al quedar convicto y confeso de la muerte de la viuda Tissiers. Cuando acepté tu sugerencia de citar a cada socio, colocando a Celestin al fondo del pasillo, oculto, vigilando el acceso a la sala, lo hice por si uno de los socios se presentaba con intenciones de anular tus interrogatorios por la vía rápida. La detención por mí parte de Romain Gervais no fue una genialidad.

Contemplaba Brisac el reloj de pared, de anticuado modelo, colocado de plano sobre la mesa del despacho, y el moderno tocadiscos a su lado.

Proseguía el inspector:

—Interrogó a Jeanine Gervais.

—La conozco. Una muchacha propensa a la melancolía.

—No le tiene mucho aprecio a su padre, ya que este nunca se ocupó de ella debidamente. Yo la interrogué intentando verificar el empleo del tiempo de Gervais, desde la noche del jueves hasta la madrugada del sábado. Y ella, inocentemente, me dio la clave.

Duflair hablaba cansinamente. Cada caso resuelto, le producía íntima desazón, porque había siempre tragedias vulgares, que quedaban al descubierto y que no finalizaban con la entrega del delincuente a los que habían de juzgarlo.

—En la mañana del viernes, Romain Gervais le dio a Jeanine una cantidad de dinero, instándola a que fuese a pasar unos días a Saint-Tropez. Extrañada ante aquella inesperada generosidad del más bien

tacaño Gervais, ella sospechó alguna aventura paternal. Jeanine se quedó sin madre a los pocos años y estuvo siempre internada, hasta que eligió los estudios de Filosofía y Letras. Pero siguió siempre sola, aunque viviera en casa de su padre.

Brisac recordó la frase que cierta tarde había pronunciado Jeanine: “Si no fuese por “Roquet”, me encontraría tan solitaria como una ostra. Un día plantaré al viejo. Me amarga su despreocupación por mis problemas. Nunca me quiso ni me demostró el menor cariño”.

—Jeanine fingió irse, pero regresó sigilosamente. Pudo ver a Gervais saliendo y entrando con frecuencia. Iba a la calle y volvía para entrar en su taller de fotógrafo, dividido en dos compartimentos. La sala de tomas y el cuarto oscuro de revelado. Ambas salas, provistas de cerrojos especiales, cuyas llaves solamente poseía él. En una ocasión, ella se atrevió a mirar por el ojo de la cerradura, dispuesta a recibir una paliza, si él la sorprendía como en otra ocasión. Y su audacia fue recompensada. Le vio echarse una capa negra, tras colocarse una máscara que le ceñía la cabeza por completo. Y apagando la luz, pasó al otro cuarto. Jeanine abandonó la casa y siguió hospedada en un hotel de la Sorbona, donde le permitían tener su perrito “Roquet”.

—¿No le produjo intriga la actuación de su padre?

—Lo atribuyó a una prueba de tantas, porque al parecer Gervais emplea disparadores automáticos y efectúa estudios de sombras, luces y ángulos, adoptando diversas figuras. Lo llama encuadres anticipados, para así con la cámara de filmar, trabajar con mayor rapidez y perfección. Tuve ya la prueba necesaria. Ordené el registro. No hallaron ataúdes ni máscaras. Pero Romain Gervais pertenece a la clase de inculpados que nosotros llamamos en el argot profesional, deslenguados. Puestos ante evidencias, dan toda clase de detalles, complaciéndose en demostrar su ingeniosidad. No niegan nada. Por el contrario, abruman con toda clase de explicaciones.

—¿Tenía usted evidencias abrumadoras contra él?

Una tenue sonrisa alentó en los delgados labios del normando:

—Yo también pulso resortes poco ortodoxos, Patric. Los medios no importan si la finalidad es lícita. Además del testimonio de Jeanine, alegué el tuyo.

—¿El mío?

—Dije que después de señalarme tú la tipología de la mujer que había asesinado a Grevil, convinimos en hacer vigilar a los socios de la “Magnus” y que acepté tu sugerencia de enviar un agente a la torre de la Tissiers. Tú querías corroborar visualmente tu teoría, y acompañaste al agente. Cuando os aproximabais, visteis salir a Gervais de la torre.

—Objetaría que demoró usted mucho su detención.

—Le evité esta objeción, indicándole que le teníamos estrechamente vigilado, porque necesitaba tiempo para averiguar dónde se hallaban las

grabaciones. La tarjeta que le enviaste a Gervais, citándole para las once con tu referencia a la demostración de culpabilidades, le hizo prepararse para abandonar Francia. Tenía la documentación dispuesta para ausentarse, hecho el equipaje y retirada su cuenta bancaria.

—Celebro que mi testimonio haya sido útil —sonrió Brisac.

—Gervais cantó abundantemente. Tras la muerte de Grevil, dio por seguro que Claudia sabría dónde estaba la discoteca y planeó un medio de obtener la confesión de Claudia. Al llegar a los Estudios, aguardó abajo hasta poder averiar el motor del “Simca”. Tenía ya la máscara facial de Grevil y al abandonar los Estudios, le bastó colocársela y llevarse a Claudia en su “Dyna” tras esconder el “Simca” entre la arboleda. Dejó a Claudia encerrada en el cuarto oscuro, donde ya estaba el pelele en su ataúd. Y fue a visitar a la viuda Tissiers.

—¿Cómo sospechó de ella?

—Belmont telefoneó a Legars, diciéndole que tú habías descrito las características de la Tissiers, como presunta autora de la muerte de Grevil. Legars, a su vez, lo telefoneó a Gervais, que inmediatamente fue a visitar a la Tissiers. Ella reconoció que fue a ver a Grevil para exigirle la devolución de la grabación en que constaba la fechoría secreta de Jerome Tissiers, su difunto marido. Aquella misma tarde, en un exceso de copeo, Grevil le expuso a Vivian que no presumiera de tanta honorabilidad porque era la viuda de un canalla, y él tenía las pruebas. Y Vivian vio claramente, de pronto, por qué su marido había invertido mucho capital en un negocio por complete ajeno al suyo habitual. Y comprendió también por qué desde la fundación de la “Magnus”, Jerome Tissiers vivía abrumado, como temiendo siempre algo. Ella explicó a Gervais que no quería matar a Grevil, pero al decirle este que haría uso de la grabación, si persistía ella en sus constantes chismes a Claudia, la Tissiers cogió lo que tenía más al alcance de la mano. Unas tijeras de Claudia, mientras Grevil, con sarcasmo le volvía la espalda para coger el reloj despertador, dictándole que no era hora de visitar a un hombre en su alcoba.

—¿Por qué mató Gervais a Vivian?

—Porque ella le declaró que se había retirado a su torre de fines de semana, para poner orden en sus cosas y entregarse a la justicia, porque en su conciencia los remordimientos vencían. Gervais comprendió que si ella se entregaba, saldría todo a relucir. Y la creyó en posesión de la discoteca. Tras matarla, registró sin hallar nada. Fue a martillearle a Claudia al oído, la dirección de la torre, llevándola, sin sentido, en el “Simca”, y abandonándola junto a la muerta.

Abrió Duflair el marco encristalado del reloj de pared:

—Un modelo anticuado, de ancha caja, esfera de números góticos y robusto mecanismo. La caja metálica de protección contra el polvo, del mecanismo, no es la original, sino una nueva que le ajustó Grevil. Tu idea

del despertador me dio la clave. Fui al piso de Grevil con un técnico relojero. Desmontó esta caja para mí, y allí terminó su tarea.

Sacando la esfera, la volvió, quitándole la cobertura metálica, ya destornillada. Apareció el vástago central que atravesaba varias esferas planas y delgadas, superpuestas. Las extrajo.

—A propósito de tu error muy explicable con Peysson, Gervais sabía que el "Vat 69" y el perfume de sátiro eran los predilectos del académico. Los empleó para cubrirse contra cualquier posible crédito que se le pudiera dar a las divagaciones delirantes de Claudia.

Duflair hizo flexionar entre las manos el mazo de discos. Eran de un color verde claro. Explicó:

—Cinco pertenecieron al archivo de la organización "Abwher", del espionaje alemán. Los otros dos contienen las voces de Luc y Paul Grevil. Al habla Luc Grevil.

Colocaba Duflair en el tocadiscos uno de los microsurcos. En la etiqueta solo había un nombre: *Luc Grevil*.

El "pick-up" se posó y una voz ronca fue diciendo:

—"Esta discoteca que pasa a tu poder, es mi donación póstuma, Paul. He sido sentenciado por la Medicina y me quedan escasos días. Viví demasiado intensamente y mi organismo ha cedido. Este paquete que te entregué en la clínica, puede ser el arranque de tu fortuna, si empleas con mesura su contenido. Las fechas e identidades de la agenda adjunta, que aparecen tachadas, pertenecen a las grabaciones que vendí. Tardé varios años en decidirme a ser un chantajista. Después, me decidí a vender una por año, cubriendo así todos mis gastos. Siempre te causaron admiración mis constantes viajes de placer, como los llamabas. Venía solamente una vez por año a París. Vendía una grabación y para evitar posibles revanchas del comprador, me ausentaba. Los cinco discos restantes te permitirán prosperar, si los empleas con comedimiento. Su adquisición fue para mí un golpe de suerte. Pertenecía yo a las Fuerzas Libres Francesas que avanzaban por Normandía. Entré en lo que recientemente había sido despacho de un Estado Mayor enemigo. El fuego iba devorando los archivos.

"Las llamas no habían llegado aún al paquete circular que por curiosidad recogí. Contenía dieciocho grabaciones efectuadas por el servicio alemán de espionaje. En correcto francés, un agente enemigo exponía los motivos por los cuales cada persona francesa citada en cada grabación podía ser empleada, si sus servicios fuesen necesarios. Un procedimiento habitual en la Abwher. Si descubrían una tara moral, la favorecían y luego se valían del primer desliz. Ignoro si al legarte los cinco discos, de los cuales no hice uso alguno, te beneficio o te pierdo. A tu conciencia queda destruirlos o valorarlos".

En el silencio que siguió colocó Duflair otro microsauro. En su blanca

etiqueta había una firma: Paul Grevil.

“Cercano su fin, mi hermano Luc quiso convencerme de que los constantes remordimientos del dinero mal adquirido fueron los que abreviaron su existencia. Pero yo encontré una fórmula acomodaticia. No hice chantaje. Fundé la “Magnus”, solicitando de cada uno de los seis socios la donación proporcional del que había de ser mi capital de base como principal accionista. Les obligué aportar el resto del capital, en acciones nominales, demostrándoles que los beneficios que se obtendrían harían productivas sus inversiones. No soy, pues, un chantajista, sino un financiero. Grabo esta declaración para el caso, bastante improbable, de que alguno de los accionistas cometa el acto poco comercial de suprimir al fundador de la Compañía. Cada disco de la Abwher contiene las pruebas documentales referentes a cada caso. Tengo la seguridad de que los beneficios de la sociedad permitirán algún día la inutilización de esta discoteca. Los millonarios nunca eliminan al socio industrial que les reporta grandes dividendos”.

Duflair señaló los otros cinco discos flexibles:

—Uno tiene dos identidades conjuntas: Edwige Rodin y Gil Belmont.

—Ellos me explicaron su caso, Charles.

—Yo lo he oído por un alemán imparcial. Especifica que no se podía hacer uso del secreto contra los dos franceses citados, mientras viviese el prohombre nazi autor de los días de Gil Belmont en colaboración con Edwige Rodin. Una colaboración que ninguna ley castiga, ya que fue amorosa sin más. El nazi fue ahorcado estando ya la grabación en poder de Luc Grevil.

—Me permití asegurar a Edwige y a Gil que no tenían nada que temer porque su secreto seguiría siéndolo, ya que destruiríamos la prueba. Lo hice con la plena confianza que tengo en su hombría de bien y en su elegancia espiritual, Charles.

—Adulador —sonrió Duflair complacido—. Tu compinche nunca tendrá dudas, pero Edwige es madura y escéptica. Apenas se recobre de tu influencia, tendría recelos. Toma el disco y se lo regalas. No me des las gracias. Yo te las doy por tu excepcional cumplido. Hasta hoy ignoraba que poseyese lo que llamas elegancia espiritual. ¿No quieres oír los relatos de las canalladas de Tissiers, Jerome; Legars, Michel, Peysson, Louis; Gervais, Romain? Ya sé que no, pero como investigador asociado, te resumiré los casos. Legars, en los últimos días de la guerra, ingresó en la Resistencia. Cayó preso y fue torturado. A la liberación, recibió una medalla al valor. Solo la Gestapo sabía que para salvarse de la ejecución, confesó el sitio en que se escondía el grupo. Un delito disculpable en cierto modo, ya que la incapacidad de un hombre para resistir torturas, no es punible. El hecho de que los alemanes fusilaran a todo su grupo de íntimos amigos y él pudiera ametrallar a sus guardianes, le convirtió en superviviente heroico.

Mostró Duflair la grabación:

—La devolveré a Legars, a cambio de su medalla. Y de que no vuelva nunca más a jactarse de héroe y valiente. Tissiers facilitaba informes a cambio de prebendas comerciales. Peysson denunció a dos académicos con un testimonio que supuso su ejecución. Dio el primer paso por ambición vanidosa de lograr una silla en la Academia. Siguió, cogido en el engranaje. Romain Gervais delató a su propia esposa. Y siguió, como confidente de la Gestapo, obligado por su primera delación. Nada más, muchacho. Puedes ir a comunicarle a Claudia que previas las formalidades rutinarias, ella queda esposada a tu definitiva tutela. Si necesitáis padrino da boda, acuérdate de mí. Nunca lo he sido. Quiero probarlo.

⋆ ⋆ ⋆

Claudia escuchaba maravillada el diálogo entre Nanette, reservada y poco propensa al abandono confidencial, y Patric Brisac.

La niña, con gran entusiasmo, revelaba a su recién conocido, numerosos secretos. Su preferencia de colores denotaba profunda aversión a la caligrafía de palotes, a las patatas hervidas y a jugar con ferros de peluche.

Y el bretón de mirada infantil prometió solemnemente que en el hogar de Claudia, Patric y Nanette, los perros serían de carne y hueso, las patatas doradas y fritas, y la caligrafía trazada con lápices de colores.

De preferencia el rosa, decidieron de común acuerdo.

FIN



VOLCAN SIN FUEGO

Los extremos del talud eran redondos, como las alas de un pequeño anfiteatro, dando la sensación de que se trataba de dos enormes brazos que intentaban rodear su cuerpo, y descendían en rápida pendiente hasta confundirse con el suelo de la pequeña meseta. La cueva, si la había, se hallaba en la base y en el centro del talud.

Sintiendo su rostro cubierto de sudor, con el corazón latiéndole dolorosamente entre las costillas, Laurie, que había apreciado la situación del terreno en unos instantes, echó a correr hacia el oportuno refugio. Cuando estaba a mitad de camino, un hombre bajó corriendo por uno de los costados del talud y se situó delante de ella, cerrándole el paso.

Laurie se detuvo en el acto, con los ojos desorbitados por el horror. Las pupilas del sujeto, muy claras, como sendos bloques de hielo, la contemplaron malignamente durante unos segundos, en medio de un mortal silencio.

La muchacha dio un paso hacia atrás, aterrorizada. El forajido avanzó hacia ella, sonriendo siniestramente.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain